

D.C. TAVIN

FBI



MAGNUM

contra LUGER

O. C. TAVIN

MAGNUM contra LUGER



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1953
PRINTED IN SPAIN



San Bernardo, 68. Madrid.

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid.

COLECCION F. B. I.

NUMEROS PUBLICADOS

- | | |
|---|--|
| 100. Yo, Director del F. B. I. (1). | 354. Con los pies hacia fuera (21). |
| 200. F. B. I. contra Crimen, S. A. (1). | 255. Una pareja imposible (37). |
| 201. 30.000 dólares (38). | 256. Suso en las manos (21). |
| 202. ¡Ni un paso atrás! (5). | 257. Última pena (5). |
| 203. Viaje sin final (29). | 258. Cogido en el cepo (23). |
| 204. Pistas trucadas (37). | 259. La esquina siniestra (4). |
| 205. Gran Hotel (38). | 260. El astuto Rubén (40). |
| 206. La coartada falló (7). | 261. La Policía lo sabe (3). |
| 207. Lydia (3). | 262. ¡Perseguido! (28). |
| 208. El peso de la Ley (30). | 263. Pistas borradas (4). |
| 209. La única oportunidad (28). | 264. Callejón sin salida (5). |
| 211. La muerte ronda (28). | 265. Sombras de Nueva York (42). |
| 213. Reportero de sucesos (4). | 267. ¡Pánico! (4). |
| 221. Sombras en rojo (37). | 268. Hundida en el ceno (44). |
| 222. Aprendiz de policía (30). | 269. La banda de los abuelos. |
| 225. Muerto en la carretera (4). | Inspector especial (42). |
| 226. Sangre de periodista (23). | 270. Testigo, la luna (5). |
| 228. Dos vidas (3). | 272. Tres muertos para tres (13). |
| 229. Cara es la victoria (30). | 273. Huyendo del pasado (30). |
| 230. Uno contra todos (28). | 274. Los dos aullas (4). |
| 231. Servicio inarabado (21). | 280. Escondite para un cadáver (3). |
| 232. Oscura tracción (41). | 275. El elefante blanco (49). |
| 233. ¡Alerta! (4). | 276. Al margen del deber (21). |
| 234. Solo existe un dilema (9). | 277. Al servicio de la Ley (42). |
| 235. Legión extranjera (30). | 278. El precio del rescate (28). |
| 236. Sindicato criminal (40). | 279. Tres ramas de un mismo |
| 237. Requiem por Larry (4). | Un hombre busca su |
| 238. El triunfo del bien (42). | El fiscal asesinado (9). |
| 239. Entre la espada y la pared (28). | 282. Valija diplomática (30). |
| 240. Los sospechosos (46). | 283. Misterios de Chicago (4). |
| 241. La vida al azul (21). | ¡Expulsado! (37). |
| 242. Los Balcanes en llamas (43). | 285. Diamantes rojos (42). |
| 243. La Ley y él (5). | 286. La trampa (5). |
| 244. Fuente de traidores (17). | 287. Mister Warren descubre al asesino (41). |
| 245. Espionaje (42). | 288. El último asalto (30). |
| 246. Extorsión (4). | 289. Marfosos (4). |
| 247. Noches de pesadilla (3). | 290. La muerte al volante (45). |
| 248. Sin rumbo (9). | 291. Espías en el interior (46). |
| 249. Un caso policíaco (4). | 292. Emigrante del terror |
| 250. Casa del hombre (44). | Habitad criminal (42). |
| 251. En la bracha (17). | 293. Una grieta en el telón de acero (4). |
| 252. Galería de condenados (4). | 294. Y dentro se alborazan (8). |
| 253. Pistas trucadas (42). | |

296. Grow Street (47).
 297. Cuando la ciudad duerme (5).
 298. Dakin del Guapo (42).
 299. Tres sentenciados (80).
 300. National (1177) (21).
 301. La amenaza de Morris (4).
 302. Yo te denuncio (28).
 303. El humo llevaba sangre (8).
 304. Razzia (30).
 305. Injusta acusación (42).
 306. La conciencia me acusa (4).
 307. Nadie escapa a su delito (48).
 308. El pandillero (5).
 309. El último ataque (30).
 310. Sobre un hombre (21).
 311. ¡Yo no lo maté! (44).
 312. Duque en las sombras (28).
 313. Falsa coartada (30).
 314. Rehenes (4).
 315. Noche sin amanecer (5).
 316. El inspector Dirac investiga (42).
 317. Exterminio (30).
 318. Cerco de sangre (44).
 319. Hora decisiva (5).
 320. La muerte viene en clave (41).
 321. John del Audaz (4).
 322. Mensaje secreto (28).
 323. El renegado (5).
 324. El testigo amordazado (8).
 325. Por la espalda (44).
 326. Ayer fui asesinado (4).
 327. De cebo, un gangster (28).
 328. Barrera de odio (42).
 329. La caza de Bucay (5).
 330. Happy sabe cumplir (17).
 331. Doble espina (30).
 332. Acusa al testigo (21).
 333. El crimen está servido (4).
 334. El robot y la muñeca (37).
 335. El castigo del mal (42).
 336. ¡Y no soy culpable! (3).
 337. Niebla en el pasaje (28).
 338. Chantaje en Tokio (50).
 339. ¡Logan vuelve! (30).
 340. Ella y el gangster (17).
 341. La bestia (5).
 342. Descenso al abismo (37).
 343. Tras el telón de bambú (51).
 344. El verdugo soy yo (4).
 345. Ha muerto un valiente (17).
 346. El pequeño crimen (23).
 347. Amarga victoria (28).
 348. Una gota de sangre (28).
 349. Trágica obsesión (42).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|---------------------|----------------------|
| (1) Alf Mans. | (20) Andre O'Sun. | (38) Gary Belson. |
| (2) Fred Baxter. | (21) Fel Marty. | (39) Paul Carter. |
| (3) Frank McFair. | (22) Dana Ynell. | (40) Herman Tell- |
| (4) Eddie Therny. | (23) Al Gallard. | son. |
| (5) O. C. Twain. | (24) Chester King. | (41) Anthony Cuni- |
| (6) Alur Benet. | (25) Josep Tell. | her. |
| (7) A. G. Murphy. | (26) Ned Ryman. | (42) Anthony Ben- |
| (8) Lewis Huron. | (27) L. G. Dark. | son. |
| (9) J. L. Martyn. | (28) Jan Hulton. | (43) Albert Lazar. |
| (10) Jack Brooklyn. | (29) Richard Jack- | (44) Fred William- |
| (11) Thomas Settes. | son. | son. |
| (12) John Nebel. | (30) Jim Murray. | (45) Ray Jones. |
| (13) Thomas Wan- | (31) Sand Buyl. | (46) Richard Har- |
| ten. | (32) Jos Greig. | vey. |
| (14) F. N. Grow. | (33) Bill O'Creigh. | (47) Ben Martyn. |
| (15) Robert Draf. | (34) Don Lassister. | (48) Leo Mason. |
| (16) Edgar Ford. | (35) John Est. | (49) Billy McLean. |
| (17) Alan Carson. | (36) Edward Good- | (50) Ralph F. Re- |
| (18) Al Severo. | man. | werry. |
| (19) Jack Gray. | (37) Angelo de Tar- | (51) M. Szwarcovich. |
| | taris. | |

I



N el reloj del edificio del Metropolitan Oil Company, cuya esfera enorme es visible desde casi toda la ciudad, sobre la gran torre del rascacielos, dieron las dos de la madrugada. Las campanadas, largas, sonoras, vibraron unos cuantos segundos.

En el coche, Marlowe miró su cronómetro de pulsera, y lo puso en hora con el del Metropolitan Oil. Luego se volvió hacia los cuatro hombres, tres de los cuales estaban en el asiento posterior y el otro a su lado, al volante. El vehículo estaba parado en la esquina de la plaza Central Park, esquina a 9th Street.

—Vamos, chicos —dijo, en tono quedo—. Oye, Tom: ¿cada cuánto tiempo hace la ronda por la caja fuerte el sereno?

—Cada media hora. Bueno, como acordamos, yo me quedo aquí. Ya comprenderá que no me conviene que me vea —dijo el llamado Tom, cuya voz denotaba, por su temblor, una gran excitación nerviosa.

Tú vienes, Tom, porque eres el que conoces el Banco mejor que nosotros —respondió Marlowe, el «boss»—. Cierto que nos has dado un plano y las instrucciones, pero he pensado que es mucho mejor que nos guíes tú.

—¡Eso no es lo acordado! —saltó Tom, lívido de pánico—. ¡Me juego mucho más que vosotros, bien lo sabéis! Ya os dije cuánto era necesario para...

—Tom, tú vienes ahora con nosotros. No hay que discutirlo siquiera. ¿Tienes miedo de que el sereno te pueda reconocer? —sonrió Marlowe con aire despectivo—. Pierde cuidado, hombre... ¿Qué es lo que hace falta para

que un hombre vivo deje de ver, de oír, de sentir? ¿No lo sabes?

—¡Yo no me he metido en este asunto para que se asesine a nadie! —gruñó Tom, temblona la voz, ronca por la emoción y el pánico—. Yo estoy conforme con que alivemos la caja blindada y repartamos como buenos amigos su importe. Pero matar al sereno, ni hace falta ni lo deseo.

—Está bien, muchacho. Todos llevaremos pañuelos sobre la cara. ¿Estás conforme? Supongo que así no tendrás miedo de que el sereno te vaya a reconocer si nos encontramos con él. Pero tú vienes con nosotros. Vamos, bájate ya de una vez Ray, ayuda al amigo y llévale de un brazo. Tom, te advierto que vamos a empezar el asunto, y no tolero que por tu estupidez ocurra algo que lo eche todo a perder.

Ray, el segundo de Marlowe, y Marotti, el italoamericano, empujaron a Tom fuera del coche y se colocaron cada uno a un lado del empleado de Caja del Federal Reserve Bank, a cuyo edificio se dirigieron, cruzando el parque, desierto, silencioso.

—¡Cuidado! —advirtió Marlowe, en tono quedo, a sus hombres y a Tom—. Allí está un «cop»... Ray, ¿llevas el saco bien doblado? Sí... Bueno, vamos adelante. Pasaremos por delante del Banco, y llegaremos hasta la esquina, a ver si el agente se larga de ahí.

Los cuatro hombres, charlando, pasaron ante el Banco, cuya mole oscura aparecía sin luces en las ventanas. El «cop», ante la escalinata, en actitud aburrida, paseaba con las manos a la espalda, indiferente, al parecer, a todo cuanto le rodeaba. Solamente al ver pasar entre los jardincillos a los cuatro hombres se volvió y los miró un instante.

Ante la esquina de Quaker Avenue con la plaza, Marlowe y sus hombres acortaron el paso, doblándola. Se detuvieron.

—Anda a ver si el agente sigue su ronda. Ray —ordenó el «boss»—. ¿No me dijiste que no habías visto agentes por aquí a esta hora?

—Las cuatro noches que he venido no los he visto. Pero el que haya uno de cuando en cuando no tiene nada de particular —arguyó Ray, de mal talante.

Se alejó, doblando la esquina. A poco regresó con paso rápido.

—No está ya. Se alejó por la Novena —dijo, en tono agitado—. Es el momento de entrar.

—De acuerdo. Tom, vamos a entrar. Ya sabes lo que has de hacer. El sereno te conoce, y no le extrañará demasiado que llames. ¿Recuerdas lo que has de decirle?

Marlowe puso una mano sobre un hombro de Tom, mirándole fijamente.

—Sí. Que me he acordado de que no estaba seguro de haber dejado la caja auxiliar cerrada, y que voy a comprobarlo, no sea que por la mañana, cuando lleguen las mujeres de la limpieza y la vean abierta, tengan alguna

mala tentación.

—Estupendo. El pretexto es plausible y no te negaré, la entrada, aunque quiera, naturalmente acompañarte. Pero ya sabes que, en cuanto te abra la puerta, entramos en acción nosotros. Lo principal es entrar.

—Sí, ¿verdad? —exclamó Tom, en tono violento—. ¡Lo que yo quiero saber es cómo, si me doy a conocer a él, podré después volver a mi trabajo, que es lo que hemos acordado. O le vais a matar, y eso no lo quiero, o será imposible el que vuelva yo por aquí.

—Mira, Tom: ya te hemos dado plenas seguridades de que todo saldrá bien y que nada tienes que temer. Ahora no vamos a estar aquí discutiendo esas tonterías. Vamos, echa a andar. Y mira —sacó de un bolsillo de la trinchera una «Luger» y apuntó con ella al pecho de Tom—. Esto te puede quitar toda mala idea de jugarnos una trastada, ¿comprendes? Te has metido en el asunto hasta el cuello, como nosotros. Nada de retroceder.

Los cuatro hombres, en vez de subir la escalinata que daba acceso a la puerta principal, se dirigieron a un costado del edificio, donde había otra puerta, más pequeña, que era por dónde entraban los empleados. Era la llamada «puerta de servicio».

Tom, la cabeza inclinada, visiblemente acobardado, rodeado de los tres maleantes, llamó al timbre.

—Te quedas solo —dijo Marlowe, empujando a sus tres secuaces a un lado, de manera que no fueran visibles desde el interior cuando la puerta se abriera—. Ya sabes: sueltas la historia y te haces a un lado cuando el sereno te abra. Lo demás lo hacemos nosotros.

—¡Cuidado, Tom, que te la juegas! —advirtió, duramente el bestial Ray Spencer, segundo de Marlowe—. Piensa, por un lado, que tienes la cuarta parte de lo que saquemos; por otro, una bala en la cabeza si vacilas.

Los tres «gángsters» se ocultaron en una especie de esquina que hacía el muro de piedra, sin dejar de ver por eso la puerta. Tom, inmóvil, esperaba, fija la mirada en la puerta, de una sola hoja de acero pulimentado.

Pasó más de un minuto hasta que alguien, desde dentro, dijo con voz ruda:

—¿Quién es? —y una mirilla, en la puerta, se abrió—. ¿Quién es?

—Soy el señor Morris, ayudante de Caja, Morrow —dijo el empleado, con voz firme, colocándose ante la mirilla.

—¡Ah, sí! —contestó el sereno, con voz más amable—. Ya le veo. ¿Qué le pasa, señor Morris?

—Estaba en la cama, cuando me desperté, sobresaltado, me vestí y he venido a toda prisa. Me ocurre que ayer por la tarde, con la prisa, estuve guardando los fondos de la caja auxiliar, donde hay bastante dinero. Y ahora no estoy seguro de si la dejé cerrada o no. Y como antes que yo irán las mujeres de la limpieza, ya comprende, ¿no? Si la ven abierta...

—¡Ah, claro! Le podría costar un serio disgusto si ocurriera algo. Entonces, ¿quiere que vaya yo a verlo y la cierre? Lo haré, desde luego; no faltaría más.

—Sí, pero hay que quitar la combinación, cerrar con la llave... —repuso Tom—. ¿Tendría inconveniente en que lo haga yo, acompañado por usted, desde luego?

—¡Hum! —la voz del sereno se hizo menos amable, vacilante—. Ya sabe, señor Morris, que si no es por una causa grave, como incendio, robo, aquí no entra nadie sin permiso del jefe de personal. Bueno... yo le conozco de sobra, y la cosa podría quedar entre nosotros...

—Desde luego, Morrow. Comprenda que no voy a publicar que he hecho esto debido a mi falta de memoria. Usted me acompaña, me ve cerrar, me marchó y aquí no ha pasado nada. Es un favor el que le pido, amigo Alex.

—Bueno, bueno. Voy a abrirle —el sereno cerró la mirilla.

Tom se volvió hacia Marlowe y sus tres hombres, que habían oído la conversación. Sigilosamente se colocaron a los lados de la puerta de acero. Sonaba la llave en la cerradura. Tom, delante, esperaba, los brazos colgando, la cabeza inclinada.

La puerta se abrió silenciosamente. El sereno había encendido la luz y apareció su figura alta, recia, en un capote azul oscuro, cubierta la cabeza con una gorra de plato.

—Pase, señor Morris —dijo el empleado, echándose a un lado—. Será cosa de un par de minutos, claro.

Tom se hizo a un lado. Le empujaron a la vez Marlowe, Ray y Steve, que se abalanzaron con la rapidez del rayo sobre el sereno, que dio un paso atrás, atónito, llevando la diestra al bolsillo del mismo lado del capote para sacar el revólver.

Todo fue muy rápido y silencioso. Cuando entró Tom, lívido de horror, con las piernas que se le doblaban, vio al sereno en el suelo, inmóvil, con el pecho cubierto de sangre, que se iba extendiendo por el suelo.

—Adelante, Morris! —exclamó Marlowe, cerrando la puerta—. Sí, no lo mire, no se vaya a desmayar. Era preciso, por usted, por su seguridad y por la nuestra. Supongo que sus parientes percibirán una buena pensión. ¡Vamos, Tom!

—Yo no me comprometí a que esto se hiciera así...! —exclamó el empleado, en tono quejumbroso, apartando la mirada del cadáver del sereno.

—¡No sea idiota! —contestó Marlowe, impaciente—. ¿No se da cuenta de que es ahora cuando tendrá la seguridad absoluta de que nadie le acusará de ser nuestro cómplice y de que podrá venir mañana tranquilamente a su trabajo? Era preciso que este hombre muriera, y nada más.

Fueron por un corredor, guiados por Tom, hasta la escalera y los ascensores del piso primero. Habían dejado abajo el gran «hall», con las ventanillas para el público y los despachos de los altos empleados.

—Subamos a pie —dijo Marlowe, empujando a Tom—. A caja, donde usted tiene ese dinero. ¡Vamos, avive, demonios! —le empujó rudamente—. ¿Vamos a estar aquí hasta que sea de día y vengan los empleados?

—Yo tengo la llave de la caja —advirtió Tom—. La dejé sin cerrar, pero no sé si el cajero se dio cuenta de ello y la cerró. En ese caso habría que forzarla, aunque yo sepa la clave.

—Bien. No se preocupe. Marotti sabe abrir cajas fuertes. Traemos los utensilios necesarios. ¿Cuánto hay en esa caja?

—Según mis cuentas, setenta mil dólares. Son para pagar a los empleados.

—Buenos son. En cuanto a la caja blindada grande, la del sótano... Sí no perdemos mucho tiempo, veremos de meterla mano. Allí habrá millones, ¿verdad?

—No lo sé. Es de suponer. Pero tiene instalación de seguridad, células fotoeléctricas, timbres y sirenas de alarma y una línea con el precinto de Policía del distrito —respondió Tom en tono asustado—. No se metan en ese lío...

—Si fuera por usted, ni siquiera habríamos venido. Al menos, usted no nos hubiera acompañado, aunque le gustará llevarse unos miles de pavos, ¿eh? —dijo Marlowe riendo—. Bueno, vamos a ver esa cajita de sorpresas...

Estaban ya en el piso primero y Tom, a la cabeza les guiaba bajo la luz de las dos linternas eléctricas que llevaban Marlowe y Marotti. Entraron en un amplio despacho.

—Allí está la caja —dijo, señalando con la mano una mesa oscura en un rincón. Se acercó a ella y tiró del volante. La puerta cedió fácilmente.

—¡Está abierta!... —exclamó con júbilo Marlowe—. ¡Qué buen chico es usted, Tom! Bueno, pues vamos al asunto. Ray, trae el saco.

Ray desplegó un saco de lona, dejando a un lado un maletín en el que iban varios útiles para forzar cajas de caudales, incluido un soplete de acetileno y cargas de nitroglicerina.

—Una cosa —advirtió Tom, conteniendo a Marlowe—. Hemos de dejar las cosas de forma que mañana se vea que esta caja ha sido forzada, porque si no es así, todos los empleados de esta sección vamos a ser interrogados por el F. B. I., y ya saben lo que eso supone.

—¿El F. B. I.? —inquirió Marotti, arrugando el ceño—. Será la Policía...

—El F. B. I.—aseguró Tom con firmeza—. Este Banco es oficial, federal, y por eso intervendrá el F. B. I.

—Ya lo sé —afirmó Marlowe, sonriendo—. No soy de esos que creen que el F. B. I. es invencible y que siempre sale victorioso. Si fuera así, yo estaría hace mucho tiempo durmiendo la siesta eterna o en Alcatraz, por ejemplo. ¿Cuál es su plan, Tom, para no verse metido en jaleos con esos federales?

—Sencillamente, hay que dejar las cosas, de forma que aparezca que unos ladrones han forzado la caja esta noche, asesinando antes al sereno. Aun así, el F. B. I. nos interrogará, pero siempre constará que la caja ha sido violentada y en el asunto no han intervenido los empleados.

—De acuerdo. Ahora metemos en el saco los billetes y Marotti empleará el soplete para dar la impresión de que hemos forzado la caja. Los guantes, muchachos —dijo Marlowe, poniéndose unos de lana. Todos le imitaron, incluso Tom.

El trabajo de trasladar el dinero al saco fue tan sencillo, que empleó un par de minutos. Marlowe iba contando los fajos y su valor.

—Setenta y cuatro mil dólares —dijo el «boss» alegremente, cuando terminó la operación—. Sin el menor esfuerzo...

—Gracias a mí —dijo Tom en tono ufano—. Dejé la caja sin cerrar, y eso nos ha ahorrado mucho tiempo. Espero, Marlowe, que mi parte...

—Lo acordado, muchacho. Le daré veinticinco mil, para que vea que no soy desagradecido —sonrió melifluamente Marlowe—. Vamos, Marotti, enfila el soplete sobre la cerradura durante un par de minutos, estropeándola. Hay que dejar la impresión de que hemos dado con la clave, pero al carecer de la llave, hemos tenido que forzar la cerradura auxiliar.

Marotti, hábilmente, puso en marcha el soplete y aplicólo sobre la cerradura, en la parte anterior de la puerta, abrasando la pintura y poniendo al rojo la cerradura.

Luego, Tom dejó marcada la clave, en números, que hubiera permitido abrir la caja de haber estado Cerrada.

—Perfecto —aseguró Marlowe—. Ahora nadie podría decir que usted dejó la puerta sin encajar abierta. Un técnico diría que ha sido forzada. La verdad es que todo ha salido como una seda.

—El sereno... —murmuró Tom roncamente—. No hubiera sido preciso llegar a ese extremo.

—Es usted más terco que una mula —rezongó Marlowe, cerrando el saco con una cuerda—. ¿Qué le pasaría si el sereno viviera? Que le denunciaría, ¿no? ¿Habría otro medio de entrar que no fuera como se ha hecho, gracias a usted? Claro que no. El sereno no nos hubiera abierto la puerta. No diga majaderías y acepte las cosas como son. El que sale más beneficiado es usted, que seguirá aquí como un empleado decente —rio con sorna.

—¿Y qué hay de esa caja grande, la del sótano? —preguntó Marotti—.

Setenta y cuatro mil dólares son una cantidad estimable, pero si hay allí millones...

—¡Ni lo intenten siquiera! —exclamó Tom, aterrado—. Ya les he dicho que hay una serie de dispositivos de alarma, que yo no conozco, que nos pueden delatar y echarnos encima a la Policía. Por otra parte, es una caja fuerte especial...

—No me venga con bobadas —contestó Marotti en tono despectivo—. Yo soy especialista en eso, y le aseguro que toda caja fuerte se abre contando con tiempo y elementos para ello. Lo que hace falta es dar con los aparatos de alarma y dejarlos inútiles. Ya que hemos llegado aquí dentro, Marlowe, debemos intentarlo.

—Claro que sí —aprobó el «boss»—. Si hay millones, seríamos idiotas al renunciar a ellos. Las células fotoeléctricas no son peligrosas si se sabe eludirlas, así como la línea con el precinto de la Policía y las sirenas de alarma. Vamos al sótano. Ray, quita al sereno todas las llaves que tenga encima.

Bajaron al piso inferior. Ray hizo lo que le mandó su jefe. El sereno tenía un gran manojo de llaves encima, así como otro manojo para ir marcando en los relojes de vigilancia, situados en diferentes sitios del Banco y demostrar así que había cumplido con su deber de guardar el edificio sin dormirse.

—Son las dos y veintisiete —dijo Marlowe, examinando su reloj de pulsera. Amanece a las cinco y cuarenta. Tenemos tiempo, me parece.

—¿No tiene idea siquiera de dónde están las instalaciones de las células fotoeléctricas? —preguntó Marlowe a Tom.

—Bueno, sé que están poco antes de llegar a las rejas que cierran el paso a la cámara acorazada, así como la sirena y la línea de alarma directa con el precinto de la Policía, pero no sé dónde se encuentran ni la forma de cortar las corrientes. ¡No se metan en ese lío, Marlowe, que nos va a costar caro!

—Es usted el único para dar ánimos, amigo —contestó el «boss», despectivamente—. Vamos al sótano y veamos cómo están las cosas.

—De las rejas me encargo yo —dijo Marotti—. Y de ver si están conectadas con timbres de alarma o las células. Tengo el zumbador y detector de corriente que me lo dirá.

—¿Qué es eso? —preguntó Tom, con curiosidad.

—Un detector de corriente eléctrica que denuncia si hay funcionando alguna instalación, aunque todas las luces estén apagadas —repuso Marotti, con voz de superioridad—. No lo entendería usted si se lo explicase. Lo que sí verá es que yo sabré si hay en marcha esas células y dónde se encuentran. El detector es como un aparato de radar, ¿comprende?

—O un detector Geiger, para saber si hay radiactividad —agregó

Marlowe—. Lo ha inventado el amigo Marotti.

Marotti, en efecto, sacó una caja no grande, con varios cables y mandos, parecida a un aparato de radio, y la dio corriente mediante unas pilas secas, brillando levemente unas bombillas.

Estaban en el sótano, cuya puerta abrieron con la llave necesaria, de las que el sereno llevara consigo. Bajo la luz de las linternas vieron una verja de acero, con gruesos barrotes. Detrás de ella había un espacio grande, y después otra verja, de unas seis yardas de ancha, y cuya altura comprendía, desde el suelo al techo, siete yardas. Al fondo, un gran círculo brillante, de acero, que era la puerta de la caja acorazada.

—Dentro de la caja hay una pequeña habitación con estantes de acero, donde se guardan los valores —dijo Tom—. He estado en ella varias veces. Suponiendo que podíamos anular los dispositivos de alarma, necesitaremos varias horas para forzar las cerraduras.

—La nitroglicerina hace milagros, amigo —repuso Marotti—. Y el soplete. Usted de esto no entiende nada y debe callarse.

Tom Morris calló, humillado. Sentía un pánico cada vez mayor al estar allí, acechando mil peligros en forma de dispositivos de alarma ocultos que podían funcionar cuando menos lo pensaran y atraer sobre ellos a la Policía.

Marotti, conectado su aparato, se dedicó, avanzando cautamente, solo, a recorrer los muros del sótano, abovedado, con el detector en la mano, mirando atentamente los diferentes indicadores de corriente que habrían de denunciar la existencia de los dispositivos de alarma.

—No se ve nada de particular. Los detectores no se mueven —dijo a Marlowe, que iba tras él—. ¿Será verdad eso de que hay células fotoeléctricas aquí? No lo parece...

—Mira a ver en las verjas esas. Pueden tener corriente de alta tensión o las células, que despierten al ser tocados los barrotes —insinuó el «boss».

El italoamericano obedeció, avanzando cuanto pudo su detector. Llegó a colocar los dos polos del aparato sobre un barrote. Un detector de alta tensión marcó inmediatamente mil voltios. Marotti dio un salto atrás, asustado.

—¡Alta tensión! —exclamó, y lanzó un reniego—. Hay que buscar la entrada de la corriente y quitarla. Estará a la entrada de la conducción de la corriente general del edificio.

—¡Maldita sea! —exclamó Marlowe, mirando su reloj de pulsera—. No vamos a tener tiempo. ¿Sabe usted algo de eso, Tom?

—No. Y si me quieren hacer caso, dejemos por las buenas el asunto. No nos vamos con las manos vacías, me parece.

Marotti, con su extraño aparato, que ahora llevaba a ras casi del suelo, buscaba los hilos de conducción de alta tensión que debían de empalmar

con los barrotes de la verja y la cerradura, poderosa, todo ello de acero.

—¡Aquí está la entrada! —exclamó en tono gozoso y ufano, señalando un rincón—. El detector señala mil voltios, luego está aquí la entrada.

—¿Y cómo vas acortar la corriente? —preguntó Ray Spencer, el segundo del «boss»—. ¿Ves el cable, o está bajo tierra?

—Está bajo tierra, bajo el piso. ¡Vaya tíos listos los que han hecho la acometida! Lo que no sé es si al tocar el cable y cortar la corriente habrá otra conducción que mueva un dispositivo de alarma. Es un lío...

—¡Vámonos de aquí de una vez! —exclamó Tom, aterrado—. ¡Yo me marchó! —y se dirigió hacia la puerta del sótano, pero Marlowe lo alcanzó y le propinó un puñetazo al mentón que le hizo retroceder, acobardado.

—¡No tolero que mis hombres sean así de cobardes, idiota! —rugió, volviéndose hacia Marotti, que tenía su detector aplicado sobre el suelo y consultaba un indicador de corriente de alta tensión—. Qué, ¿podremos desvalijar la caja, o no? ¿Será cosa de mucho tiempo?

El técnico se encogió de hombros, desalentado.

—Temo que si corto la corriente, y puedo hacerlo, se ponga en marcha un dispositivo de alarma que envíe mensaje al precinto policíaco. Hay dispositivos de estos que funcionan precisamente cuando cesa una corriente. Una célula fotoeléctrica, por ejemplo, que despierta al cesar la corriente sobre la que está ajustada. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No, pero si lo dices tú... —murmuró Marlowe, malhumorado.

—Quiero decir que si corto la corriente de alta tensión, la célula fotoeléctrica, que se nutre de esa corriente, aunque con menos voltaje, funciona automáticamente y mueve los dispositivos de alarma, sirenas, timbres, aviso al precinto. Y no podemos franquear las verjas con un voltaje de mil voltios, que pueden ser más aún si tocamos la puerta de la cámara acorazada.

—Eso quiere decir que hay que renunciar a ese tesoro que hay ahí dentro —murmuró Marlowe, apretando las mandíbulas—. Eso es lo que hay, ¡maldita sea!

—Busca a ver si encuentras esas células, Marotti —propuso Ray—. Si consigues anularlas, después podrías anular la corriente de alta tensión.

—Lo dices porque no sabes lo que es eso —farfulló Marotti—. ¿Ves tú algún dispositivo de células? Yo tampoco, pero si corto la tensión alta, funcionarán automáticamente, mucho antes de que yo pueda descubrirlas. Y entonces no tendremos más que salir corriendo para salvar la piel.

—¡Decidido! —ordenó Marlowe con energía—. No vamos a correr ese peligro por lograr un hipotético beneficio. Tiene razón Marotti. Esto es para tener un plano de la instalación de alarma, y entonces hacerlo sobre seguro. ¡Vámonos y démonos por contentos con los setenta y cuatro mil dólares! ¡Vamos, aprisa, que son casi las cuatro!



V A L I E N T E S

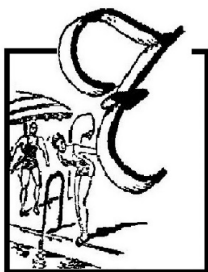
Vallentes hasta la temeridad son los protagonistas masculinos de esa única serie de aventuras modernas en los ambientes más interesantes.

V A L I E N T E S

es una Colección que emociona por su dramáticos argumentos, a la vez que enseña deleitando. Es destinada a

HOMBRES Y MUJERES

II



OM Morris, el infiel empleado del Federal Reserve Bank, llegó a su casa hacia las cinco de la madrugada. Hizo funcionar la llave con gran cuidado para no despertar a su hermana, que vivía con él. Pero Eileen tenía el sueño ligero y muy buen oído, y salió al pasillo cuando Tom entraba de puntillas, pálido, excitado.

—Vaya, querido —dijo la joven, cruzada de brazos, envuelta en una bata color pajizo, mirando a su hermano con cierta severidad—. ¿Sabes la hora qué es? Las cinco y veinte...

—¿Sí? Lo siento. Me entretuve con los amigos... —murmuró Tom, huidiza la mirada, pero sonriendo—. No creí que fuese tan tarde, la verdad.

—Llevas varios días así, hermanito, y me pregunto qué clase de diversiones tendrás con tus amigos, cuando todo está cerrado. ¿Hay faldas por medio? —repuso Eileen, sonriendo con ironía—. ¿Tendré que advertirte que tengas cuidado?

—No hace falta, ciertamente. Me parecería mucho mejor que te ocupases de tus propios asuntos. Soy mayorcito para caber lo que me conviene. En fin, vete a la cama, como voy a hacer yo —Tom, sombrío, rehuía dar más explicaciones a su bella hermana, porque no ignoraba que era mucho más inteligente y astuta que él.

—Perdone el señor. Me pregunto cómo vas a poder trabajar mañana en el Banco cuando no duermes lo que debieras. Eso es lo que me preocupa. Y el que alguna lagartija de esas te esté sacando el dinero y luego nos veamos en apuros por esa causa. Bueno, chico, hasta dentro de un rato.

Tom entró en su alcoba y cerró la puerta. Oyó que su hermana hacía lo mismo y quedó más tranquilo. Había cortado la discusión, que tanto temía.

Sacó de un bolsillo de la trinchera un sobre, del que extrajo un abultado fajo de billetes. Los veinticinco mil dólares que le entregara Marlowe como precio a su felonía.

Los contó rápidamente y luego miró a su alrededor. Su alcoba se componía de una habitación bastante grande, en la que había la cama, un armario ropero, una mesita, dos sillones, dos sillas, una mesilla y en un lado, la puerta que daba al cuarto de baño. Tenía una ventana a la calle.

Estuvo pensando dónde escondería aquel dinero. Por la mañana llegaba una criada por horas, que arreglaba toda la casa y hacía la comida para ambos hermanos. Esconderlo en un mueble ofrecía poca garantía de que Eileen no lo encontrase, pues era quien andaba en ellos, especialmente en el armario ropero.

Como era ya muy tarde, decidió acostarse y meter debajo de la almohada el sobre con el dinero. Tenía que levantarse a las siete y cuarto para estar en la oficina a las ocho. Pero era seguro que antes se iba a descubrir en el Banco lo ocurrido, pues las mujeres de la limpieza iban a las siete.

No pudo conciliar el sueño, como era lógico. Pesaba sobre todo en su mente la muerte del sereno, Alex Morrow, aquel buen hombre a quién él, Tom, pagaba todos los meses y charlaban un rato como buenos amigos. Aquella muerte pesaba sobre su conciencia, como pesaba el haberse puesto en relación con Marlowe, acudiendo a su garito de juego, donde perdió una fuerte cantidad bajo palabra. De aquel hecho nació su asociación con el «gángster».

A las siete y cuarto, aproximadamente, Tom oyó sonar el timbre del teléfono en el cuarto de su hermana. No era esto una cosa extraña, pues como reportera del «Tulsa Record», en la sección de Tribunales y Sucesos, a veces la muchacha no se acostaba o se levantaba cuando un aviso de la redacción o la Policía la hacía desplazarse a toda prisa en busca de la información.

Tom se levantó también. Con el sobre en la mano, buscó de nuevo un escondrijo para ocultar su tesoro manchado de sangre. Fue al cuarto de baño y miró a su alrededor con ansiedad. El baño no era moderno, sino de cuatro patas, panzudo, con un espacio bajo él y detrás, en su forma redondeada.

Vio el rincón que hacía con la esquina del cuarto. Se arrodilló y metió la mano. Estaba lleno de polvo. Allí nadie limpiaba desde hacía mucho tiempo. Entonces, sin vacilar, metió el sobre, del que sacó antes unos cuantos billetes que hacían un total de doscientos dólares.

Cuando se levantó, la puerta se abrió y entró su hermana rápidamente,

excitada, con la sorpresa reflejada en su rostro, de muy lindas y proporcionadas facciones.

—¡Han robado en tu Banco, Tom! —exclamó en tono de asombro, mirando a su hermano fijamente—. ¡Me lo acaba de decir el agente especial del F. B. I. Nat Peel, ya sabes!

—¡Diablos! —exclamó Tom, fingiendo gran asombro e inquietud—. ¿Han robado la caja acorazada? Pues había millones en metálico, aparte los otros valores...

—No; creo que no. En fin, debes ir cuanto antes. Yo me marchó ahora mismo, porque quiero llevarme lo mejor, y Peel, como buen amigo, me ha avisado antes que a nadie. No tardes en ir.

La muchacha, alta, esbelta, de tipo elegante, vivaz, fue a su alcoba y se vistió rápidamente. Tom, en el cuarto de baño, se rascaba el mentón, pensativo. Sí, era de esperar que sucediera aquello. Las mujeres de la limpieza llegarían, llamarían a la puerta y el sereno no acudiría, naturalmente. Alarma y todo lo demás.

Se vistió rápidamente, pues su hermana le urgía desde su alcoba.

—Ve tú —dijo Tom, vistiéndose también—. Yo iré enseguida, pero tú tienes más prisa, por la información. ¿Qué caja será la que han saqueado?

—La de Cuentas Corrientes, creo. ¿No es la tuya? —chilló Eileen.

—¡Cielos, la de mi sección! —exclamó Tom en tono consternado—. Pues había unos setenta mil dólares. ¡Vaya lío para todos nosotros!

—Es de esperar, querido. Me marchó. No tardes, haz el favor, porque tu deber está allí —oyó Tom el portazo que dio su hermana al salir del piso.

Tom se sentó en la cama. De manera que el F. B. I. ya estaba en danza... Sí, le correspondía la actuación. Y aquel Nat Peel, el amigo de Eileen... Bueno, eso sería tal vez una buena cosa. No se trata lo mismo al hermano de una amiga que a un desconocido. El interrogatorio, con respecto a él, sería más benévolo y, desde luego, no sería mirado como sospechoso.

Salió del piso sin mucha prisa. La verdad era que le disgustaba profundamente tener que meterse en aquel jaleo con el F. B. I., los jefes del Banco, los compañeros. Preguntas mis o menos embarazosas de contestar, muchas veces reiteradas. Mucho cuidado en no exponer cosas contradictorias. Marlowe ya le dijo que fuera muy circunspecto; que el que mucho habla yerra mucho. Y, sobre todo, siempre lo mismo, lo mismo.

El autobús le dejó casi al lado del edificio del Federal Reserve Bank. Ante la gran puerta principal había cuatro «cops» de guardia. Muchos coches en la calle, aparcados, de la Policía y el F. B. I. Un grupo de hombres ante la puerta de servicio. Un agente del F. B. I. le pidió su carnet antes de franquearle la entrada.

No estaba ya el cadáver del sereno, ni la mancha de sangre. Subió a pie

al piso inmediato superior. Muchos más hombres, charlando excitadamente. Varios empleados del Banco, con los rostros todavía adormilados, fumando y yendo y viniendo por los pasillos.

En el despacho general estaban varios empleados de su sección contemplando desde lejos la caja fuerte, con las huellas del fuego del soplete, abierta.

—Hola, Tom —dijo uno de sus compañeros, mostrándole con un gesto la caja—. La han desvalijado anoche... Y han matado al pobre Morrow. Me parece que nos van a dar la lata en grande. Esos son del F. B. I.

Ante la caja estaban tres hombres. Dos de ellos examinaban la puerta de la caja con lupas, y extendían una capa de polvos blancos para ver si había huellas dactilares. Otro de los técnicos examinaba el daño sufrido en la cerradura. Conversaban entre ellos en voz baja.

Vio a Nat Peel, que estaba interrogando al jefe de la sección, el cajero, sentado y con el rostro alterado por la emoción.

—¡Venga, Morris! —dijo el jefe, al ver a Tom—. Haga el favor...

—A sus órdenes, señor Kent —dijo el joven, solícito—. ¿Qué tal, señor Peel? Soy hermano de Eileen, si lo recuerda...

—¡Claro que sí! —exclamó el agente especial, sonriendo y tendiéndole la mano—. Es casualidad, ¿verdad? ¿Pertenece entonces a esta sección de Cuentas corrientes?

—Sí. Ya me han dicho que nos han dejado sin un centavo —respondió Tom, afable.

—Bueno, Morris, usted estuvo anoche aquí hasta última hora, haciendo el arqueo. Se quedó el último, ¿verdad? —dijo Kent, el jefe de la sección.

—Sí, jefe. Casi siempre me quedo el último, para hacer el arqueo. Lo hice, cerré la caja...

—¿La cerró bien, como siempre? —preguntó el agente Peel, mirando fijamente a Tom—. Quiero decir que esto lo hace usted normalmente, claro...

—Claro que sí. Si ha visto esa caja, comprobará que la puerta se cierra con empujar solamente, y que para abrirla sería necesario marear la clave y emplear la llave.

—¿Se corren las barras solas, entonces? —preguntó Peel—. ¿Automáticamente? Bueno, los técnicos, cuando acaben su examen, nos dirán algo. Lo interesante es saber que usted cerró la caja, incluso con la llave...

—Eso es seguro —afirmó Tom, con gran energía—. Suelo hacerlo, si el jefe se ha marchado antes que yo.

Kent, el jefe, afirmó con un gesto de cabeza.

—Tienen cada uno de ustedes una llave de la caja? —inquirió Peel, observando a los dos hombres.

—Así es. Y una tercera la tiene el director gerente, como de todas las cajas del Banco, por si se extravía alguna, así como todas las claves.

Apareció Eileen Morris, sofocada, siempre dinámica, con un bloc en la mano y un bolígrafo en ristre.

—Bueno, Peel, aquí me tiene usted —dijo, sonriendo, al agente especial, que se levantó para saludarla—. Gracias por haberme llamado. Veo que hay una gran conmoción, como siempre que ustedes los del F. B. I. intervienen, aunque sea para nada. Claro es que esta vez ha sido algo importante, con la muerte de ese pobre sereno.

—Así es —contestó Peel, frunciendo el ceño—. La muerte del sereno, que cumplió con su deber, pues luchó. Tenía una puñalada en el pecho. Este es un caso algo oscuro, visto así, a primera vista.

—¿Por qué? —preguntó Eileen, tomando notas taquigráficas en su bloc—. ¿Algo misterioso? ¿Quiere decir que el sereno abrió la puerta a los ladrones? Hable, hable, jovencito...

—Indudablemente, abrió la puerta a los ladrones —afirmó Peel, pasándose una mano por el mentón—. El sereno estaba dentro del edificio, casi delante de la puerta, muerto. La puerta no estaba violentada...

—Pero pudieron abrirla, sin violentarla, supongo —dijo Tom, adoptando un aire de inocencia, mirando a su hermana, a Peel y a su jefe—. Y ya dentro, le dieron muerte si Morrow estaba cerca y acudió.

—Es posible —murmuró Peel, encogiéndose de hombros—. Eso lo podría decir Morrow, pero está muerto. Lo que usted dice no excluye, sin embargo, que haya ocurrido que el sereno abrió la puerta a alguien que él conocía y que iba con los ladrones.

—Uno de la casa, por ejemplo —sugirió Kent, el Jefe de la sección—, ¿no es eso? De ser así, la cosa vería profundamente. Un traidor sirvió a los ladrones. Y ese traidor, si conocía la clave que abre la caja, prestó buena ayuda para abrirla.

—Le recuerdo, jefe que la clave solamente la conocemos usted, el director del Banco y yo —indicó Tom, en tono severo, poniéndose pálido—. Su sugestión me parece grave...

—¡Qué interesante! —exclamó Eileen, tomando notas a toda prisa en su bloc—. Anda, Tom, que te van a meter en un lío fenomenal —y rio nerviosamente al ver el enfado de su hermano—. ¿Qué opina usted, Peel, de todo esto?

—Que todo lo que ahora se diga son meras hipótesis —contestó el agente especial, en tono suave—. Me parece que las personas que conocen la clave son de absoluta confianza para pensar Seriamente en una presunta culpabilidad suya. Pensemos en que los ladrones no son tontos y saben encontrar una clave sin gran esfuerzo si se les da tiempo para ello.

—Yo no he querido decir, en absoluto, ni siquiera insinuar, que usted,

Morris, haya podido confiar a nadie la clave que abre la caja —aseguró Kent, confuso—. Ni yo tampoco, y menos el director del Banco. ¿Se sabe a qué hora, aproximadamente, se cometió el robo? ¿A qué hora murió el sereno?

—El forense y un especialista nuestro están haciéndole la autopsia —contestó Peel—. Todo eso irá saliendo a su tiempo. Lo que parece es que, según el arquee que nos ha presentado usted, los ladrones se han llevado setenta y cuatro mil dólares. ¿No es eso, Morris? ¿Está conforme con esa cifra?

—De acuerdo. No metí más dinero ayer tarde en la caja, además de unos títulos de la Deuda con un valor de diez mil dólares.

—Esos están en la caja. Los ladrones consideraron que no eran aprovechables para ellos —contestó Kent.

—¿Eran billetes de todas clases, o nuevos; con la numeración tomada por ustedes? —preguntó Peel a Tom.

—De todas clases: nuevos y viejos. Era una cantidad para pagar a los empleados hoy, fin de mes. No se suele tomar la numeración, no siendo que sean billetes de los grandes, recién llegados al Banco —replicó Tom—. Me figuro que los ladrones no encontrarán dificultad alguna en hacerlos circular.

Peel se levantó del sillón y se dirigió, preocupado visiblemente, donde estaban los técnicos examinando la caja de seguridad. Eileen le siguió, intrigada en alto grado. Pero antes miró a su hermano, que aparecía consternado, la vista fija en el suelo, con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa, Tom? —preguntó ella—. Si sabes algo que pueda ayudar a aclarar el asunto, dílo.

—No es eso. Es ese idiota de Kent —miró Tom con encono a su jefe, que ahora estaba charlando con otro agente especial—. Decir que yo puedo haber soplado a alguien la clave que abre la caja... Si no ha sido él ni el director del Banco, ¿qué quiso decir el muy majadero?

—Bueno, eso no tiene importancia. Ya has visto lo que ha dicho Peel. Un buen «destripacajas» da con la clave de los cofres fuertes si tiene tiempo para ello. Los técnicos dirán la última palabra. Voy a ver si pesco algo de lo que hablan.

Eileen se acercó a los dos técnicos del F. B. I. y a Peel, que hablaban quedamente.

—Y —preguntó ella, sonriente, mirando a los tres hombres con malicia — ¿se puede saber algo?

—¡Hum! —respondió Peel, sonriendo—. Nada noticable por ahora, jovencita.

—Pero ustedes saben algo, ¿eh? Algo han averiguado... —insistió la joven, acentuando su hechicera sonrisa.

—Misterio, señorita Morris —dijo uno de los técnicos, encogiéndose de hombros—. ¿Quiere hacerse la cuenta de que no sabemos nada por ahora?

—Si no hay más remedio... —murmuró Eileen, contrariada—. ¿Podría ser perjudicial publicar eso que ustedes ya saben?

—Podría —contestó Peel—. No insista, amiguita. Ya sabe que lo que podemos decir se lo decimos a usted antes que a nadie, aunque no deben saberlo los demás reporteros —rio, amablemente—. Ahora, ¿quiere dejarnos solos unos momentos?

—¡Cuánto teatro! —farfulló la joven, en tono burlón, dándoles la espalda—. Pero yo diré que ustedes tienen ya una pista. Puedo decirlo...

—No lo diga todavía, señorita Morris —suplicó Peel, sin enfadarse—. Diga más bien que la cosa está oscura y todo eso, ya sabe. Sea buena chica, ¿quiere?

—Luego vendrá otro reportero y se lo sacará a ustedes, y me dejarán con un palmo de narices —murmuró agriamente Eileen—. En fin, toda vea que no voy a sacar nada de ustedes... —se marchó a otro lugar de la estancia, donde estaba su hermano hablando con otros empleados. Tom se apartó de ellos al ver a la joven.

—¿Qué dicen esos? —preguntó, señalando a los técnicos y al agente especial Peel—. ¿Por qué miran tanto la caja fuerte?

—Están también herméticos, hijo —contestó la joven, con mal humor—. Ya sabes lo que son los del F. B. I. Sordos y mudos cuando les conviene.

—Ya le sacarás algo a Peel, ¿eh? —preguntó Tom, tratando de ocultar su gran ansiedad.

—¿Tú crees? Es el mejor hombre del mundo; pero cuando está de servicio y cree que no debe ser explícito, ya puedes irte con la música a otra parte, porque a él no se le saca ni palabra. Más adelante, tal vez.

Llegaron otros reporteros, que acosaron a preguntas a los agentes del F. B. I., a los técnicos, al director del Banco y empleados, tratando de conseguir una información para sus diarios.

Wilmot, del «Oklah Express», se acercó a Eileen sonriendo, melifluo.

—¿Qué sabes? Querida, siempre eres la primera, sobre todo si se trata de algo en que intervenga el F. B. I. ¿No me puedes decir un poquito?

—A buena parte vienes —respondió la joven, sonriendo y aceptando un cigarrillo de su colega—. Bueno, que han robado setenta y cuatro mil dólares, que asesinaron al sereno...

—Mira, eso ya lo sé. Y lo saben hasta los chicos que hay en la puerta. Pero algo de más fondo, Eileen... ¿Se sospecha de alguien ya? ¿Qué dicen esos peritos y Peel?

—Pregúntaselo a ellos. A mí me han echado cuando acerqué la oreja para pescar qué decían. Son más mudos que la misma caja de caudales.

Desde luego, algo raro han visto en la caja. Están muy intrigados, excesivamente intrigados.

—¿Por qué? —preguntó Tom, con aparente aire de indiferencia—. Cualquiera puede ver que la caja ha sido sometida a un soplete, o lo que sea, y que la forzaron. Se dan mucha importancia, me parece...

Wilmot se acercó a los dos técnicos y a Peel, con gran amabilidad. Eileen hizo un gesto de advertencia al agente especial, que sonrió amistosamente. A poco regresaba, mohíno, el reportero.

—Hay algo, no se puede dudar de ello, pero no lo sueltan —murmuró, mirando a la joven, que se encogió de hombros—. Y usted, ¿qué dice que pueda ser interesante? —se encaró con Tom.

—¿Qué quiere que le diga, amigo? —respondió Morris, imitando a su hermana—. Lo que he dicho a esos del F. B. I. Cerré la caja, como siempre...

—Tiene clave y llave, ¿no es eso? —preguntó Wilmot, sacando su bloc de cuartillas y el bolígrafo—. ¿Cuál es la clave?

—Si se lo digo, sabe tanto como yo —contestó ásperamente Tom—. ¿Qué le importa al público eso?

—¿Está seguro de haber dejado anoche, cuando se marchó, cerrada la caja fuerte? A veces uno se puede olvidar...

—Sí sigue por ahí, me olvidaré yo de que es usted amigo de Eileen y le voy a tener que acariciar la cara —bramó Tom, mirando con rencor al reportero—. ¿Por qué tiene que decir esa idiotez?

—Vamos, Tom. Ya sabemos que tienes los nervios dislocados, y es natural; pero no te pongas así —terció la hermana, conciliadora—. Anda, Wilmot, mira por ahí a ver si sacas algo mejor que lo que pueda decirte Tom.

—Hombre, no quise molestarle —dijo el reportero, sonriendo con ironía—. Fue una broma, porque me figuro que, aunque hubiera sido así, un olvido de tu hermano se guardaría bien de decirlo. De eso a creerle cómplice...

Tom avanzó un paso hacia el reportero, que se alejaba, riendo, en busca de más información.

—¡Idiota! —exclamó Tom, muy pálido—. Ya nos veremos, y le diré lo que pienso de él.

—¿Qué le pasa, Tom? —preguntó el agente especial Peel al joven—. ¿Se peleaba con Wilmot? —se había acercado a los dos hermanos al oír las voces de Tom.

—Nada. Que es idiota ese tipo —murmuró Tom, con aire desdeñoso—. Quiere hacer de detective, y por eso pregunta cosas que molestan.

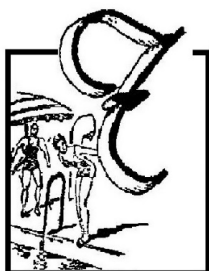
—Bueno, Nat —dijo Eileen, cogiendo de una solapa al agente especial y mirándole fijamente—. ¿Qué pasa con esa caja? ¿Hay misterio?

—Si no lo dice a su periódico —repuso Peel, en vez queda—, la diré algo. Cuando se lo autorice, puede publicarlo. ¿Conformes?

—Está bien. ¿Qué ocurre? —inquirió ella, brillándole los ojos de ansiedad.

—Pues... —carraspeó Peel—. Los técnicos dicen que la caja no ha sido violentada. Una de dos: o estaba abierta, o la abrieron empleando la clave y luego una llave igual a la que se usa para ello. Fabricada, tal vez, sobre modelo.

III



OM estaba lívido. Menos mal que Peel y Eileen le daban un poco la espalda y no se fijaron en él. Retrocedió un poco, sacó un pañuelo de un bolsillo y se enjugó la sudorosa frente, helada.

—Pero, bueno —Eileen frunció el ceño—, eso de dejar abierta la caja, puede haber sido por un descuido, ¿no? Pudiera ser, aunque Tom dice que no la dejó abierta. En cuanto a que los ladrones hayan fabricado una llave sobre modelo... Eso es grave, incluso el sugerirlo, Nat. ¿No le parece?

—Desde luego. Pero es lo que dicen esos peritos, y crea que saben lo que dicen —afirmó Peel, encogiéndose de hombros—. No ha habido forcejeo en la cerradura, pese a que un profano diría que sí.

—Pero está quemada por el soplete, forzada, según he podido ver —terció Tom, en tono mesurado, con el rostro reflejando un auténtico asombro—. ¿Es que esos hombres no pueden equivocarse?

—La cerradura no está forzada, Tom —aseguró Peel—. Está parcialmente quemada por el soplete, pero funciona. Comprendo su situación, no crea; pero eso es lo que hay.

—Bien, bien —dijo Eileen, fruncido el ceño—. Ya sabemos que los ladrones llevan consigo llaves maestras, y con ellas abren sin forzar las cerraduras. Si dieron con la clave, Nat, ya tiene usted...

—Es posible, en efecto, que haya sido así —contestó el agente especial, encogiéndose de hombros—. Pero la llave es especial, como sabe Tom, y encontrar otra llave maestra que la supla y abra, es lo que los peritos no comprenden bien.

—No lo comprenderán, pero lo que yo sé es que no dejé la puerta abierta y que mi llave está siempre conmigo —sacó del bolsillo un porta

llaves de cuero y mostró una a Peel, que apenas si la miró—. Eso es lo que sé. No me digan que no hay llaves maestras que puedan suplir a esta, —sobre todo cuando se quiere forzarla. Gentes listas que son esos ladrones...

—Eso pienso yo también, Nat. Cuando se va a dar un golpe como este, se informa uno debidamente. Quizá el que lo hizo conoce esa clase de cajas de seguridad —afirmó Eileen—. De la misma manera que, sin saber la clave de la caja, atinan con ella por procedimientos propios de especialistas. Experiencia, inteligencia, paciencia...

El director del Banco había ordenado ya que todo el personal ocupara sus puestos y comenzara el trabajo normal, pues eran pasadas las ocho de la mañana y el público pronto llegaría para ser despachado.

Nat Peel se marchó, acompañado de los peritos, pero antes habló con Tom.

—Es posible que tengamos que volver a interrogarle. Será para confirmar por escrito su declaración primera. Conviene que, si ha olvidado algo, lo trate de recordar, Tom. Todo cuanto pueda ayudarnos.

—Ya ha, visto que yo poco puedo decir. Fui el último en cerrar la caja, y lo hice en el sentido de la palabra; es decir, cerrando la puerta, quitando la clave del dial y echando la llave. Como siempre... —murmuró Tom, en tono algo impaciente—. De lo demás, ni palabra puedo agregar.

—Está bien. Eso puede decirlo, naturalmente. Pero si no tiene una absoluta convicción de que dejó la caja cerrada, no lo afirme. Se dará cuenta de que las cosas variarían mucho si los ladrones y asesinos esos hubieran encontrado la caja abierta, sin echar la llave, por ejemplo, a que hicieran el trabajo completo. Los peritos dicen que la cerradura no está estropeada. Y nada más.

Tom se quedó ante su mesa, empezando a trabajar mecánicamente, la mente llena de ideas siniestras y aterradoras. Maldecía con toda su alma a Marotti, el «especialista» de la banda de Marlowe, que había dejado las cosas de tal forma que los peritos del F. B. I. habían visto en un examen de pocos minutos que la caja no fue, en realidad, forzada, pese a que el soplete fue aplicado para causar aquella impresión.

Tenía que decírselo a Marlowe. Tom sabía perfectamente que cuando el F. B. I. encontraba un cabo de la madeja, lo seguía ininterrumpidamente y acababa por desenredarla toda. Se había cometido un grave error por Marotti, y los federales lo encontraron, haciendo sus deducciones.

Por algo Peel insistía en querer tener la seguridad de que él, Tom, dejó cerrada la caja de seguridad. Los peritos afirmaban que posiblemente no fue cerrada, y él debía decir que sí, pese a todo y a todos.

La muerte de Morrow, el sereno, pesaba sobre el segundo cajero, como un mundo. No había contado con que aquel asesinato hubiera de verificarse.

Él estuvo conforme en que se robara la caja, porque necesitaba dinero para pagar su deuda, para divertirse, hacer otra clase de vida de la que llevaba hasta ahora. Pero no a costa de quitar la vida a un hombre honrado, que era amigo suyo y que dejaba esposa y tres o cuatro hijos. De haber sabido que el expolio habría de hacerse a semejante precio, no se lo hubiera propuesto a Marlowe.

¿Qué haría ahora el F. B. I., a la vista del informe de los peritos, en contradicción con lo que él, Tom, declaró tajantemente? Había mucha diferencia, en efecto, entre dejar la caja abierta a los ladrones y el que tuvieran que forzarla. Y los peritos aseguraban que la caja no fue forzada...



—¿Qué cara pondría?

Bueno, gracias a Eileen, podría estar al tanto de lo que el F. B. I. hiciera. Peel era un buen amigo de Eileen, y fue ella la que le hizo decir lo que los peritos opinaban, como una confidencia estricta, secreta. En adelante, Interrogándola con astucia, podría ir sabiendo lo que los federales pensaban y lo que estaban haciendo.

Pasaron así las horas para Tom, en las que su trabajo adelantó muy poco, dado su nerviosismo e Inquietud creciente. Saber que el F. B. I. está

tras de uno, desconfiando, recopilando datos, intentando averiguar la verdad, es algo que puede dar al traste con los nervios del más templado, sobre todo si se es culpable.

Había un robo importante, pero había también algo más terrible: el asesinato del sereno cuando cumplía con su deber.

A las cinco de la tarde dejó el trabajo. Otras veces se quedaba más tiempo, en horas extraordinarias, para acabar lo que tuviera entre manos; pero ahora su atormentado espíritu no le permitía hacerlo. Quería ver a su hermana para saber si había alguna novedad en las investigaciones del F. B. I.

Fue a su casa a paso rápido. Tal vez Eileen no se encontrara allí, porque era sumamente activa en su labor reporteril y no tasaba las horas de trabajo cuando hacía falta. Pero, al menos, podría estar en el piso y poder pensar lo que se le había venido encima con la muerte de Morrow.

Más al llegar al portal, otro pensamiento le hizo detenerse, indeciso.

Tenía que decir a Marlowe lo ocurrido. Que algo había fallado en el golpe y que las cosas no se presentaban tan fáciles como todos creían.

Marlowe, el «boss» vivía en Clarland Acres, en las afueras de la ciudad. En una casa de dos pisos, uno de los cuales ocupaba él, juntamente con su segundo, Spencer, y Marotti, el supuesto especialista en descerrajar cajas de caudales. Toda la culpa era de aquel hombre, por su torpeza en dejar las cosas de forma que no hubiera sospechas.

El autobús le dejó muy cerca, y el resto del camino lo hizo a pie.

Estaban los tres maleantes muy ocupados en jugar a los naipes y fumar apaciblemente, como si la vida para ellos estuviera resuelta completamente.

—Bien, Tom, amigo —dijo Marlowe, mirándole escrutadoramente—. Tiene mala cara, ¡diablos! Siéntese y cuente lo ocurrido. Ya me figuro que estará usted un tanto nervioso —rio, sarcásticamente, dándole una palmada en un muslo—. Beba este buen «whisky» y aleje los temores. ¿Qué dice el F. B. I.?

—Le advierto, Tom —hizo observar Spencer, el segundo de Marlowe—, que no le beneficiará nada el que muestre tan a las claras su inquietud. Parece que lo acaban de desenterrar, y eso puede dar qué pensar a los que están investigando. Ya me entiende, ¿eh?

—¿Qué cara pondría usted si supiera que los peritos del F. B. I. afirman que la caja no ha sido forzada y que se ha simulado tal cosa? —respondió Tom, en tono feroz, lívido su delgado rostro, en tanto que lanzaba una furibunda mirada a Marotti—. ¿Qué dirían ustedes?

Siguió un silencio absoluto, mirándose los tres maleantes con creciente asombro. Marotti sonrió despectivamente, y fue él el que rompió aquel silencio sobrecogedor.

—Yo diría que eso es mentira, joven. Esos tipos se pasan de listos.

¿Cree usted que yo no sé trabajar en eso? Claro es que con tanto apremio de tiempo, con tanta prisa en querer reventar la caja grande... Pero le aseguro a cualquiera que entienda que la cerradura quedó inútil.

—¡La cerradura funciona! —gritó Tom, lleno de ira—. Yo la he visto funcionar, pese a que la llama del soplete la quemó algo! ¡Y de ahí viene la sospecha de que yo pude dejar la caja abierta! ¡Usted no lo hizo bien!

Marlowe, pálido, miraba a Tom y luego a Marotti. Tenía los labios apretados y su mirada se iba cargando de rabia rápidamente.

—Cuenta lo que vio y lo que le han dicho, Tom. Y no sea histérico, o va a tener que sentirlo —dijo, con ronca voz—. Y tú, Marotti, deja de hacer gestos de protesta. Vamos a pensar con la cabeza, no con los pies.

Tom hizo un relato detallado de lo ocurrido. La investigación de los peritos del F. B. I., lo que pudo oír, lo que dijo el agente Peel a su hermana y cómo tenía la seguridad de que los federales iban a sacar la verdad, tomando como base el informe de los peritos.

—Peel me ha preguntado si estaba seguro de haber dejado la caja cerrada —terminó Tom, en tono desmayado—. Puede creermelo o no. Si no me cree, va a llegar a suponer que yo tengo participación en el negocio...

—Eso es suponer demasiado —interrumpió Marlowe, con voz insegura—. ¿Qué ha dicho usted a eso?

—¿Qué voy a decir? Que dejé la caja cerrada, como siempre, y que de lo demás no sé una palabra maldita. Lo afirmé rotundamente, porque es el único recurso que me queda, claro es. Peel tiene confianza en mí, porque es amigo de mi hermana y, hasta cierto punto, mío; pero no sé, no sé...

—No debiera haber venido aquí, Tom —indicó, severamente, Spencer—. ¿Y si le han seguido? ¿Por qué, idiota, no nos llamó por teléfono, citándonos en otra parte?

—¡Callaos! —chilló Marlowe, levantándose de la silla, las manos en los bolsillos del pantalón—. ¿Vamos a perder la cabeza por una cosa así? Tom —le puso una mano sobre un hombro—, tiene que conservar la tranquilidad, ¿entiende? Le interesa más que a nadie, y nos interesa a todos. El que hayan visto que este zopenco de Marotti hizo las cosas mal...

—¡Yo no lo hice mal! —vociferó el italoamericano, dando un puñetazo sobre la mesa.

—¡Calla, bestia! —gruñó Marlowe, amenazándole con un gesto de la mano—. Tom: el que hayan visto eso no quiere decir que usted pueda aparecer como cómplice nuestro. Los del F. B. I. han de admitir forzosamente que las llaves maestras suplen a las originales, lo mismo en una mala cerradura que en una caja fuerte. Y mientras tengan esas dudas, a usted no le pueden acusar de haber dejado la caja abierta.

—Naturalmente —asintió Marotti, con entusiasmo—, una llave maestra no estropea una cerradura del todo, o en nada. Pero yo dejé constancia de

que la cerradura...

—¡La cerradura estaba bien! —exclamó Tom rabiosamente—. Aunque hayan de admitir que se usó una llave maestra, en efecto. Eso me tranquiliza un poco. ¿No podrán saber si se usó la llave maestra o se dejó la puerta abierta?

—¡No! Si se emplea una llave maestra adecuada, que abre sin estropear, uno no sabe después si la caja quedó abierta antes o si la abrió la llave maestra —dijo Marotti, rotundamente—. Crea que esos tipos lo que desean es meterle miedo y hacer que confiese que dejó la caja abierta, porque eso es lo que suponen. O creen que usted dio el «golpecito» y desean lo diga —rió con mala intención.

Pero ni Marlowe ni Spencer le secundaron, pues estaban preocupados con lo sucedido.

—En una palabra, Tom —dijo Marlowe, como colofón—. Por su hermana, por usted mismo, es conveniente sepamos todo lo que hace el F. B. I. día por día. Usted bien puede sonsacar a su hermana, ¿verdad?

—Mi hermana es muy lista, pero creo que lo podré hacer —contestó Tom, de mala gana—. Lo malo es si el F. B. I., Peel, se abstiene de informarnos o no nos dice la mitad de lo que hacen, o no nos dice nada. Son reservados como un muro esos hombres...

—Pues hágalo, porque a todos nos conviene. Si ese Peel mete demasiado las narices en el asunto, entonces —hizo un gesto con la mano sobre la garganta Marlowe, como si la cortara— habrá que silenciarlo.

—¡No me metan en más jaleos, Marlowe! —exclamó Tom, aterrorizado—. ¡Ustedes no saben hacer las cosas si no es matando a la gente! ¡Lo peor que se ha podido hacer es asesinar al sereno!

—¡Miren cómo se pone por nada! —exclamó Spencer, burlonamente—. Y lo dice cuándo, gracias a eso, puede ir a su trabajo y tiene en la cartera veinticinco mil dólares...

—Tom: ni usted ni nadie nos Impedirá que tomemos nuestras medidas, las que sean, si lo consideramos necesario —afirmó Marlowe, mirando con crudeza al joven—. Ni usted ni nadie, ¿entiende? Con eso quiero decirle que si le vemos acobardado o nos hace suponer que se va a ir de la lengua, empezaremos por usted.

—Naturalmente —dijo Spencer, sacando de la funda, bajo la axila izquierda, su «Luger» y mirándola amorosamente—. Tom, no se olvide que usted nos propuso el negocio. Que usted habló con el sereno para que nos franquease la entrada...

—¡Pero yo no dije que había que asesinarlo! —bufó Tom, lívido de pánico—. ¡Y me hubiera negado a que se hiciera de haber sabido que lo querían hacer ustedes!

—Es idiota el amigo —comentó Marotti, con desprecio—. A ver cómo

íbamos a haber entrado de no haber hablado usted con el sereno... Usted sabía que no teníamos más remedio que matarlo si quería volver a su puesto de trabajo como un honrado empleado. Pero ahora se nos pone tierno y asustado, como si no tuviera la culpa, su buena parte de culpa, en el lío.

—Bueno, esto se acabó. —Marlowe dio un golpe en la mesa—. Vamos a seguir jugando. Beba otro trago, Tom. Saque esa cartera, que la llevará bien repleta. ¿Dónde ha metido el dinero?

—No lo llevo encima —contestó Tom, huraño, temeroso—. Lo he escondido.

—Bien hecho. No se le ocurra meterlo en un Banco, ¿eh? Y menos a su nombre. El F. B. I. se podría enterar y preguntarle muchas cosas. ¿No quiere jugar unas manos? Por cierto que me debe cinco mil «pavos». La deuda de marras. Ahora me puede pagar, y lo hará.

—Lo haré. Mañana se lo daré. —Tom se levantó de la silla, y cogió su sombrero—. ¿Cómo he de hacer para vernos? Si no quieren que venga aquí...

—Llámenos por teléfono y le diremos dónde nos podemos reunir —contestó Marlowe—. Sí usted ve que la cosa va bien, podrá venir aquí. Si teme algo malo, nos avisa inmediatamente por teléfono para cambiar de nido.

—Está bien. Me voy, entonces.

—Adiós, Tom. ¿Sabe que tengo en proyecto otros golpes, contando con usted y el puesto de segundo cajero en ese Banco? —sonrió Marlowe al ver la cara de asombro de Tom.

—Más vale que me dejen en paz, por ahora. Yo no soy de la banda. Nos unimos para un asunto nada más; pero no deseo dedicarme a las mismas actividades de ustedes.

—Bueno, de eso ya hablaremos. Lo que he pensado es una buena cosa. Usted nos proporciona las firmas del cajero principal y del director. Un amigo mío las falsifica... y ya sabe. Cobramos cheques importantes, transferencias de fondos y todo eso. Sin exponernos lo más mínimo.

—No crea que eso se puede hacer con la misma facilidad que lo dice. —Tom sonrió con ironía—. Si fuera así, yo hubiera dado el golpe solito, sin recurrir a ustedes. Realmente, deben quitarse esa idea de la cabeza.

—No lo crea. Tenemos que estudiarlo, y verá cómo se puede hacer. Si usted pone buena voluntad. Si no la pone, se expone a un serio disgusto. Adiós, Tom. Hasta mañana.

Tom salió exasperado del domicilio de aquellos maleantes. Se daba perfecta cuenta de que se había metido en un nido de escorpiones y que no le sería nada fácil salir de allí sin ser picado por ellos. Ahora le exigían que siguiera en la banda y que les proporcionara medios para sacar más dinero

del Banco, aunque él se comprometiera más y más. Un chantaje declarado, cosa que no debía de extrañarle, tratándose de aquellos individuos.

Llegó a su casa ya de noche. Estaba Eileen terminando de escribir a máquina un artículo para el periódico.

—Hola, hermanita —dijo Tom, cariñosamente, besándola en la frente—. ¿Qué haces?

—Ya lo ves. El artículo para mañana —ella parecía mostearse reservada, un poco seca, y sus negros ojos, muy grandes, rodeados de unas inmensas pestañas, le miraron fijamente durante un momento—. ¿No has velado hoy en el Banco?

—Diablos, buena tengo yo la cabeza con estas cosas, para trabajar horas extras —farfulló Tom, sentándose al lado de la chimenea, encendida, y cogiendo un cigarrillo—. Hasta que no den con los ladrones no estaré tranquilo. Me ha molestado mucho alguna reticencia de Peel sobre si dejé o no la caja abierta. Lo hubiera dicho noblemente, de haberlo hecho.

—Claro que sí. —Eileen volvió a su artículo, tecleando rápidamente, sin hacer caso de su hermano. Tom la miraba de reojo, estudiando sus lindas facciones con detenimiento. La encontraba un poco rara... Tal vez era aprensión suya, puesto que estaba en constante intranquilidad y temor.

Cuando la muchacha terminó de escribir y guardó su máquina portátil, volvió al lado de la chimenea, sentándose en otro sillón, frente a su hermano.

—Claro que sí, Tom —dijo, cual sí no hubiera pasado casi un cuarto de hora desde que dijera aquellas mismas palabras a su hermano—. Lo hubieras dicho noblemente. ¿De veras lo hubieras dicho, Tom? En confianza...

—¿También tú lo dudas? —exclamó Tom en tono irritado—. Pues creo que me conoces mucho mejor de lo que me conozca Peel... ¿Por qué empleas ese tonillo tan raro? ¿Te ha encargado Peel que me sonsaques en ese sentido, acaso?

—Nadie me ha dado tal encargo, Tom, y no sé por qué te pones así, la verdad —sonrió la joven, sin dejar de mirar fijamente a su hermano; dio la vuelta a varios leños que en el hogar se quemaban—. Lo que pasa es que no es posible que algunas personas —piensen en las circunstancias en que pudo tener lugar el robo y el asesinato del pobre sereno. Unos pensarán que pudiste dejarte la caja abierta y por eso robaron a mansalva, sin tener que estropear la cerradura. Otros pensarán que pudiste haberlo hecho tú todo...

—¡Condenación, eso es una mentira como una casa! —gritó Tom, apretando los puños y mirando a su hermana con encono—. ¿Es necesario que me digas esas estupideces, rica?

—No hago más que decir lo que pensarán muchas personas, Tom, no lo que yo pienso de ti —aclaró la joven con gran aplomo—. Sí recapitulas

sobre lo que ha pasado, verás que si alguien piensa mal de ti, no le faltarán argumentos para hacerlo. ¿Quién fue el que pudo lograr del sereno que le abriera la puerta de servicio del Banco sino un amigo, un conocido, un pariente, un empleado? Esto es justo pensarlo, ¿no?

—¡No! No puede ser así forzosamente. Quién pudo abrir la caja de caudales con una cerradura complicada, bien pudo abrir la puerta de servicio del Banco, creo yo. Pero si metió ruido y acudió el sereno, lo mataron. ¿No admites esa posibilidad?

—Con muchas reservas, Tom, lo confieso. Si hubiesen volado la caja de caudales, tal vez creería que entraron en el Banco con una llave maestra. Pero las dos cosas al tiempo, es duro de creer.

—¿Qué dos cosas? —inquirió Tom, sudorosa la frente—. Fres tan lista, que no te entiendo lo que quieres decir.

—Quiero decir que entraron en el Banco con gran facilidad y que robaron en la caja con igual facilidad, con llave maestra o con lo que haya sido —aclaró la joven en tono un poco irónico—. Demasiada facilidad, a mi juicio. Hasta tal vez no fuera preciso asesinar a Morrow, pero por otras causas lo hicieron.

—¿Qué causas? —Tom se sentía enfermo por instantes y temblaba más por lo que la intención de su hermana revelaba que por las mismas palabras que pronunciaba—. ¿Porque temieron que los denunciara?

—Algo así. Quizá conocía al ladrón o a los ladrones, y por eso lo mataron. Algo raro, Tom, que espero se ponga en claro.

—Yo también. ¿Qué dice Peel ahora? ¿Le has visto después de que os marchasteis del Banco?

—Sí, le he visto. Está muy reservado. Me ha pedido de nuevo que no diga en el periódico eso de que los peritos, ya sabes... No sé si se trata de que no sepan esos maleantes que se ha encontrado algo parecido a una pista, o por qué. Y ya sabes que cuando Peel se muestra reservado no vale el ser amigo suyo para hacerle decir nada.

—Yo lo que siento, hermana, es que fui el último que cerró la caja, y que parece que ahora mis compañeros y los jefes me miran... no sé, pero con sospecha o desconfianza —murmuró Tom, ceñudo, mientras observaba a su hermana de reojo—. Y de eso tiene la culpa el F. B. I., con sus preguntas idiotas.

—No es que sean idiotas, Tom. Ellos tienen que preguntar, indagar, atar cabos, en fin, para dar con la verdad de lo sucedido. Pero no quiere decir que por eso acusen ni piensen mal de todo el mundo. Peel no es de esos que acusen sin motivo justificado. Te llamarán para declarar y que rectifiques o ratifiques lo que dijiste, más no pierdas la tranquilidad.

—Muy bonito de decir —gruñó Tom—. Pero verás cómo en el Banco me quitan el puesto o me envían a otra parte si no dan con quienes lo

hicieron.

—Puedes tener la seguridad de que resolverán el caso —contestó Eileen, sonriendo con aire de absoluta seguridad—. Lo que estoy es muy satisfecha de no ser de esa ralea de ladrones, asesinos, porque sé que tarde o temprano acabaría en la silla o en un penal. No sé cómo hay quienes creen que se pueden burlar de la Ley, de la Justicia. Lo aprenden a su costa, claro, que están en un error terrible.

Tom se inclinó sobre el hogar de la chimenea, aparentando ocuparse de colocar los leños. Aquellas palabras de su hermana le sublevaban, le llenaban de terror y rabia, al mismo tiempo. Parecía como si se las dijera a él mismo, como si supiera que él había hecho algo infame y le esperaba buena...

Eileen se levantó del sillón y se dirigió hacia el pasillo, mientras decía:

—Voy a hacer algo de limpieza, porque la asistenta cada vez se ocupa menos de hacerlo. Con eso de que nadie la vigila y de que estoy todo el día fuera... Está ese cuarto de baño verdaderamente indecoroso.

—Sí, claro. ¿Vas al cuarto de baño? —inquirió Tom, pálido, levantándose rápidamente—. Bueno, espera un poquito, que voy a ir yo. Espera...

Ante la mirada curiosa de su hermana, por la prisa que de repente tenía, pasó a su lado y penetró en el cuarto de aseo, cerrando la puerta con el pestillo. Luego se arrojó al suelo, metiendo la mano hacia el rincón, bajo el baño. Encontró el sobre con los veinticinco mil dólares que dejara por la mañana. Los contó ansiosamente y vio que todo estaba bien. ¡Menos mal que su hermanita, sin avisarle, no hizo lo que se proponía de verificar allí una limpieza! Fue verdadera casualidad el estar allí él y el que ella lo dijo. ¿Dónde metería el dinero? No había un sitio seguro en todo el piso, era la verdad. Cuando no hacía la limpieza su hermana, la hacía la asistenta. Eileen era la más terrible, porque para ella no había secretos: podía abrir muebles, examinar ropas, meter la nariz en todas partes. Solamente llevando encima el dinero podría estar más tranquilo.

Guardó el sobre en el bolsillo posterior del pantalón. Hizo funcionar las llaves del lavabo, tosió, escupió, se peinó un poco y luego salió al pasillo. Eileen estaba en la cocina, ajetreada.

—Puedes entrar cuando quieras, hermanita —dijo en tono indiferente—. Y no te des una paliza con la limpieza. Que lo haga la asistenta, que bien lo cobra.

—De bastante vale pagarla y decirle las cosas —contestó ella, malhumorada—. Tienes que quitarte esos pantalones, que los tienes con unas rodilleras que da vergüenza. Voy a planchártelos ahora.

—¡Vaya por Dios! —gruñó Tom, yendo hacia su cuarto—. Cuando te entra la actividad no dejas a nadie en paz —buscó otros pantalones, de

franela, y traspasó al bolsillo trasero el sobre con el dinero. Estaba claro que mientras lo llevara encima iba a estar siempre en vilo ¿Dónde llevarlo o esconderlo, de forma que nadie diera con él?

Se sentó de nuevo junto a la chimenea. Eileen, en la cocina, cantaba con bonita voz algo que debió oír en algún club nocturno. Realmente, la hermana era para él como una madre. Hasta ganaba más que él, y era quien le «prestaba» dinero, que, naturalmente, nunca recuperaba, para sus diversiones. Pero era tan lista, le conocía tan bien...

Solo, contemplando los ardientes leños de la chimenea, su mente comenzó a trabajar, recordándole lo que él era; al sereno, tendido en el suelo, apuñalado. El dinero que le dieron, como precio a su infamia. Y Peel, mirándole fijamente, de una manera taladrante, que daba miedo...

IV



ARLOWE, el «boss», esperó a que Marotti se marchara al recado a que le enviara para dirigirse a su segundo, Ray Spencer.

—Escucha, tú —dijo Marlowe, dando un manotazo al periódico que estaba leyendo su secuaz—. ¿Qué te parece la pifia que ha cometido este idiota de Marotti, al dejar la caja fuerte aquella de tal manera que se ve que no fue forzada?

—¡Ah, sí! —Spencer miró a su jefe con curiosidad—. Pues... Desde luego, hizo un mal trabajo. Lo malo es si las sospechas recaen sobre ese pobre hombre de Tom y el F. B. I. le acosa y le hace cantar. Yo no sé cómo trabaja realmente Marotti. Lo hemos tomado porque nos hablaron bien de él, y nada más.

—Eso es lo que yo he pensado. Quizá es un técnico en eso como lo pueda ser yo —murmuró Marlowe, arrugando el ceño—. Ahora me hace pensar sí sabía lo que se hacía con su aparato mágico cuando bajamos a la caja blindada y se echó atrás, diciendo que si las células, que si la corriente de alta tensión...

—Bueno, eso tuvo gracia —rió Spencer—. Aunque no la tenga el que le hayas dado cinco mil «pavos» por nada, porque, lo que hizo fue meter la pata, y maldito si le necesitamos para tirar de la puerta de la caja y sacar el dinero. Cuando él intervino, lo dejó peor con su soplete.

—Si ese tipo se ha creído que nos la va a dar de idiotas, se equivoca —dijo Marlowe, apretadas las mandíbulas—. Ya sabes cómo soy yo, Ray. A quien me sirve no le regateo el dinero, pero si se me quiere tomar el pelo... Marotti va a abrir pocas cajas fuertes, me está pareciendo...

—¿Qué quieres decir? ¿Le vas a despedir? —inquirió Spencer, arqueando las cejas y observando a su jefe con leve inquietud.

—Despedir... —Marlowe hizo una mueca de duda—. Mira: cuando uno se ha confiado a un tipo y se le da entrada en la banda y conoce ciertos secretos, es muy expuesto decirle que se vaya, como cuando se despide a un simple empleado porque no cumple. Puede hacer mucho daño, puede emplear el chantaje, puede irse a otra banda y decir lo que no hace falta...

—O se marcha de la Unión y desde el sitio adónde vaya nos denuncia al F. B. I. —terminó Spencer, preocupado—. Entonces, ¿qué idea es la que se te ha metido en la cabeza con respecto a él?

—Una sola. Nos ha metido en un lío innecesario, por una parte; por otra, quizá podríamos haber forzado la caja blindada grande del Banco, y por su incompetencia y miedo no se hizo. Podríamos quizá ahora ser millonarios y no lo somos. Hay que liquidarlo, Spencer.

—Liquidarlo... —Spencer movió la cabeza, como sopesando aquella sentencia de muerte. No es que el segundo de Marlowe se asustara por aquellas cosas, tales como la «justicia» entre maleantes. Alguna vez fue él ejecutor de una sentencia de muerte así, y otras fue sentenciado a igual pena, aunque su astucia le libró de tal trance, huyendo.

—Sí, liquidarlo. ¿Nos vale de algo tenerlo a nuestro lado? Necesitamos un técnico, un hombre que sepa su oficio. Marotti es un farsante, con su caja mágica; y un elemento peligroso para echarlo y dejarlo que se arregle como pueda. Sabe mucho y malo.

—Bien; liquidarlo. ¿Cuándo, cómo, quién? —preguntó Spencer, aceptando el veredicto de su jefe—. No quisiera que me mandaras a mí hacerlo...

—Hombre, pues en ti había pensado —contestó Marlowe en tono huraño—. Todo quedaría entre los dos, que nos entendemos bien. ¿Te da lástima enviar al infierno a ese tipo?

—No es eso. Creo que no nos conviene, a las veinticuatro horas de haber hecho lo del Banco, añadir algo que nos pueda comprometer más, atrayéndonos a la Policía. Ya sabes que, tarde o temprano, la cosa se descubre. ¿Por qué no encargar ese asunto a otro, ajeno a nuestro «gang»?

—Pero hay que pagarlo, y si lo haces tú, como se trata también de tú propia seguridad, lo harías gratis, creo yo —repuso Marlowe, sonriendo con malicia—. Tal vez quieras pagarlo de tu propio bolsillo...

—Déjate de bromas. —Spencer arrugó el ceño, mirando a su jefe con animadversión—. También es por tu seguridad, si vamos a eso. Y tú ganas más que ninguno. Ni quiero liquidar, personalmente, a Marotti, ni pago a quién lo haga. Eso es cosa tuya, como tuya es la idea de matarlo.

—Me parece que estás sublevándote, ¿no? —inquirió Marlowe, en tono suave, y sus grises ojos, de maligna mirada, observaron a su segundo, que

sostuvo aquella mirada sin inmutarse.

—Nada de eso. He expuesto mi punto de vista, y mi negativa a hacer algo que considero inoportuno. Yo no estoy para quitar de en medio a compañeros que no te gusten, sino para trabajar y ganar dinero. No soy un «killer» en ese sentido. Busca quien lo haga. Por cien dólares, o menos lo encontrarás. —Spencer hablaba sin temor aparente, y con decisión.

—Está bien. No te preocupes de eso. Yo veré lo que hay que hacer —murmuró sordamente Marlowe—. Pero he de advertirte algo, que debieras saber ya, y es que mis órdenes no se discuten, sean las que sean. Una banda, sin disciplina, es algo muy malo que solamente favorece a la Policía o al F. B. I. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, sí. Pero también debes saber que un «boss» no debe mandar hacer cosas que disgusten a sus hombres, porque no han sido contratados para eso. Si tienes algo contra Marotti, quítalo de en medio, si es que no lo tienes miedo...

Marlowe, sentado como estaba en su sillón, se abalanzó sobre Spencer, que aunque estaba sentado también, se levantó con la agilidad de un gato. Un segundo después, mientras Marlowe se levantaba del suelo y miraba a su segundo, observó que una «Luger» le apuntaba a la cabeza.

—Y ten cuidado, Phil, que se me puede disparar —comentó Spencer, sonriente—. Sí, levántate si quieres. El dejarse llevar de los nervios es mala cosa, jefe. Si yo no me hubiera contenido, tendrías ya la cabeza con un buen agujero.

Marlowe se levantó, jadeando de rabia, pero calló y volvió a sentarse, echando en su copa una buena dosis de «whisky», que apuro de un trago. Spencer guardó su pistola, como si nada hubiera pasado, y se escanció también una buena cantidad de licor. Se miraron largamente, y ambos pudieron comprobar que en adelante un odio mortal presidiría todas sus acciones, tuesta destruirse. Cada cual pensaba que eliminaría al otro.

—Bien, Ray —dijo al fin Marlowe, sonriendo amistosamente—. Me parece que nos hemos portado como dos chiquillos voluntariosos. Por mi parte ni volver a acordarme más del asunto.

—Y por la mía, jefe —repuso Spencer en tono amable—, igual. Uno se excita cuando las cosas no van todo lo bien que se quisiera, ¿eh? Quedamos en, que con respecto a Marotti...

—Yo me encargo de todo. No pienses en ello —aclaró Marlowe.

Dicho esto, se levantó, fue al perchero, se puso la trinchera y el sombrero y se dispuso a salir. Dijo en voz alta a Spencer:

—Voy a dar el encargo a alguien de confianza. Si viene Marotti, no le hagas concebir sospechas, ya sabes... Es listo, y pudiera olerse lo que le espera.

—Está bien. No me creas tan tonto. Si me permites un consejo, dale el

encargo a alguien a quien después no haya que liquidar también porque constituya una nueva amenaza, un chantaje.

—De acuerdo. Hasta luego.

Marlowe salió del piso. Spencer sonrió aviesamente cuando oyó sonar la puerta. Se levantó y fue hasta el vestíbulo, comprobando que, efectivamente, Marlowe se había marchado. Las cosas se habían puesto de tal forma, con aquella discusión y amago de pelea, que en adelante tendría que vivir con los ojos muy abiertos y los oídos Prestos, en permanente alerta. Marlowe era un bicho de lo peor como enemigo solapado.

Oyó, pasados breves minutos, sonar una llave en la cerradura de la puerta del piso. Se levantó y fue a ver quién entraba. Era Marotti, con un paquete en la mano.

—¿Está el jefe? —preguntó a Spencer, que denegó con la cabeza.

Entraron en el gabinete. Marotti miró fijamente a Ray, pero este estaba contemplando la portada de un «Life» con mucha atención, si bien no se le escapó aquella mirada de desconfianza del italoamericano.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Steve, llenando una copa de «whisky» y paladeándola.

—A encargar a alguien que te liquide —respondió abruptamente Spencer, aunque sonreía maléficamente.

Y volvió a su revista, cual si no hubiera dicho nada de particular.

—Gracioso... —murmuró Marotti, sorbiendo el licor de la copa—. Eso no sería tan fácil como crees, suponiendo que sea cierto lo que has dicho.

—Bueno, allá tú. Marlowe es de los que creen que cuando uno de sus hombres fallan, lo mejor es quitarle de la circulación. Ha ido a eso, Steve, porque yo me negué a hacerlo y él es un cobarde para ejecutarlo.

—Luego es verdad... —el rostro moreno de Marotti palideció, y sus negros ojos lanzaron destellos de asombro y rabia—. Que he fracasado, dice...

—No lo hiciste muy bien, es la verdad; pero Marlowe cree que fue mucho peor aún. Dice que pudimos haber reventado la caja grande del Banco y ser millonarios, pero que tú no supiste hacerlo, o tuviste miedo.

—Marlowe, como no entiende sino de quedarse con la mitad de lo que se saca en los golpes, cree que es tan fácil, en pocos minutos, destripar una caja blindada, con aquella puerta de medio metro de gruesa, las dos verjas con alta tensión, las células y los diablos ocultos... —barbotó el italoamericano, furioso.

—En fin, chico; que, si quieres vivir, lo mejor que puedes hacer es largarte de aquí. No te tengo antipatía, ya lo ves, aunque, si te pasa algo malo, me tendrá sin cuidado —murmuró Spencer—. En nuestro oficio cada cual debe mirar para sí, y nada más.

Sonó otra vez la llave en la cerradura de la puerta. Spencer dijo,

quedamente y aprisa, a Marotti:

—Bueno, ya sabes. No vayas a dejar traslucir algo y que lo note el jefe. Anda con cuidado y vete en cuanto puedas.

—Descuida, y gracias —respondió, sonriendo, Steve.

Entraron Marlowe y un hombre alto, fornido, de rostro muy pálido, al que le faltaba el ojo derecho. Tenía su cara una siniestra expresión de astucia y maldad que le hacía repulsivo al primer golpe de vista.

—Hola, muchachos. Viene a cenar con nosotros Bill —dijo, alegremente. Marlowe, mirando de reojo a Marotti—. ¿Me trajiste los cigarrillos y la botella de «whisky», tú?

—Ahí están, jefe —respondió el italoamericano, en tono amable—. Vamos a preparar la cena, ¿no? Hay fiambres, pero podría freír jamón y huevos, en obsequio al «Tuerto».

—Bien, pues hazlo —aprobó Marlowe, sentándose en su sillón—. Siéntate, «Tuerto». Spencer, Bill quiere entrar en nuestra banda, pues lleva una temporada sin dar golpe. Ya sabes que hace de todo, incluso lo que a otros les produce miedo —rio con sorna.

—Está bien —aprobó Spencer, sin apenas mirar al «Tuerto»—. ¿No has dejado por ahí ningún mal rastro a la Policía? ¿Por qué has estado sin trabajo?

—Ya le he informado al jefe de todo eso. A ti nada tengo que decirte —contestó, brutalmente, Bill—. Cuando seas «boss», veré si me conviene ponerme a tus órdenes.

—Muy bien dicho. —Spencer rio con sarcasmo—. Lo que hace falta es que vivas mucho tiempo para tratar así a la gente. Pero yo soy segundo de Marlowe, y cuando te he preguntado eso ha sido por algo.

—Haya paz —intercedió Marlowe—. Tú, «Tuerto», será mejor que no vengas avasallando. A ninguno nos gusta eso.

—¿Qué hay, «Tuerto», que hace mucho que no te veo? —preguntó Marotti, sonriendo plácidamente—. ¿Te decides a trabajar con nosotros?

—Eso parece —repuso Bill, mirando con su único y maligno ojo al italoamericano—. Me alegro, porque siempre me ha gustado, ya lo sabes, tenerte por compañero. Soy poco demostrativo. Mas ya sabes que te tengo ley.

—Y yo a ti, muchacho. Bueno, voy a hacer de cocinero. Dentro de un cuarto de hora cenaremos.

Se marchó a la cocina, tarareando una canción napolitana, con voz bien timbrada.

—¿Eres tú quien vas a liquidar a Marotti? —preguntó Spencer, en voz baja, a Bill.

—Eso quiere el jefe —dijo el maleante, mirando a Marlowe, quien asintió con un gesto—. Ya sabes que yo sé destripar también cajas de

caudales, de manera que nos ahorramos un, especialista. Yo hago de todo.

Sentados en sus sillones, con la botella de licor delante, silenciosos, leían los diarios de la noche, por si en ellos había noticias sobre el robo en el Federal Reserve Bank.

—Cuando media el F. B. I., parece como si los periódicos se hubiesen vuelto mudos, o lo que sea. Ni una noticia ni un dato... —comentó Marlowe, en tono de fastidio.

—Eso lo hacen para poner nerviosos a los que cometen esas malas acciones —contestó, riendo, Spencer—. Uno supone siempre lo peor, y es lo que desean los federales.

—Yo no les tengo miedo —murmuró Bill, apurando su copa de «whisky»—. Una vez me dijo una gitana que yo moriría de enfermedad, en mi cama, entre el respeto de mis conciudadanos. Por eso me meto en líos y no temo a nadie.

—¿Por qué perdiste un ojo, entonces? —preguntó Spencer, maliciosamente—. ¿Una operación acaso?

—Bueno, eso fue diferente. Una mujer, que me adoraba, según decía, me echó unas gotas de vitriolo en él. Me di cuenta y salvé el otro por muy poco. Ya ves que no fue cosa violenta, sino un episodio amoroso. Las castigo formidablemente, chico.

Poco después, entre todos, menos Marlowe, siempre celoso de su Jerarquía, ponía, la mesa y se ponían a cenar.

—Vas a ir con Bill, esta noche —dijo el «boss», encarándose con Marotti—, a ver cómo se puede dar un golpe en cierta joyería de Elgin Street. Es un establecimiento de los mejores, y ya he visto que tienen unas joyas espléndidas. Hay que estudiar la circulación nocturna allí, la verja de entrada... ya sabes. Después daremos el golpe.

—Bien, jefe —repuso el italoamericano, sonriendo melifluamente—. Todos deseamos llenar la cartera. Habrá una buena caja fuerte, donde guarden el tesoro, y hasta seguramente algún cable telefónico o de señales con el precinto inmediato.

—Es de esperar. Yo iré de nuevo a esa joyería y miraré lo que pueda —afirmó Marlowe—. Es un local pequeño, y en él no hay vivienda. De manera que, por la noche, queda sin vigilancia.

—Eso quiere decir que habrá buena instalación de alarma —dijo Bill, en tono de seguridad—. Bueno, entre Steve y yo despejaremos todo eso.

Después de fumar unos habanos y beber abundantemente, hacia las doce y media, Marotti y Bill «el Tuerto» salieron del piso. Spencer, en un rápido gesto, hizo una señal de advertencia a Marotti, indicándole al «Tuerto». Steve sonrió imperceptiblemente, asintiendo.

—¿Vamos andando? —preguntó Marotti, ya en la calle, a Bill—. Está lejos...

—No, hombre. Mira, el coche del jefe. Nos lo presta para que vayamos en él —contestó el maleante.

Estaba allí, en efecto, en la acera de enfrente, el coche de Marlowe. Marotti cedió la entrada al «Tuerto», indicándole que podía conducir, si lo deseaba.

Arrancó el vehículo a buena velocidad, pues en aquel suburbio no había apenas tráfico.

—Vas dando un rodeo —indicó Marotti, poco después, a Bill—. Debiste haber tomado la carretera Sesenta y Seis, que conduce rectamente al centro de la ciudad.

—Ya lo sé. Es que todavía es temprano para ir allá y examinar con cuidado lo que hace falta en esa calle dónde está la joyería —contestó Bill, en tono indiferente—. Bueno, este coche no va nada bien. Falla algo el motor... —y, en efecto, el motor producía explosiones falsas y parecía marchar con dificultad.

Marotti sonrió con ironía. Sabía demasiado que el carburador estaba medio cerrado y por eso marchaba mal el coche. Quizá entre Marlowe y Bill lo hicieron para tener luego pretexto de detener el vehículo donde quisiera «el Tuerto»... y cometer el asesinato. Por eso también, el muy ladino, se había desviado de lugares concurridos, metiéndose entre Mingo Terrace y Sky Mede, otros suburbios, al norte de Tulsa.

—Yo sé conducir, pero de mecánica apenas sí entiendo —dijo Bill, en tono apurado—. ¿Y tú? ¿Quieres ver qué le ocurre a este cacharro?

—Sí, claro —contestó Marotti, acentuando su siniestra sonrisa—. Voy a ver... —sacó de repente su «Luger» de debajo de la axila y aplicó con rapidez el callón en un costado de Bill—. ¡Baja, amiguito, baja!

—¡Oye! —exclamó «el Tuerto», fingiendo gran asombro, las manos sobre el volante—. ¿A qué viene eso?

—¡Baja, o termino contigo dentro del coche! —exclamó Marotti, en tono muy suave—. De manera que Marlowe te contrató para que me liquides, y tú, un buen amigo mío, lo ibas a hacer por cien cochinos «pavos», ¿eh?

—¡Que te ahorquen si eso es verdad! —vociferó Bill, brillando su ojo siniestramente—. ¡No sé de qué hablas! ¿Crees que yo traiciono a un amigo, a un compañero de peligro como tú? ¿Y por cien monedas?

—¡Baja, te digo, o mancharás el asiento! —rugió Marotti, tirando de un brazo de Bill, sin dejar de apuntarlo con la pistola.

—¡Peor para ti! ¡Ya que lo sabes!... —chilló Bill, echando mano a la axila Izquierda.

Y con rapidez increíble, aprovechando que Marotti estaba tirando de él del brazo izquierdo, sacó el arma.

Pero el italoamericano se anticipó por muy poco. Brillaron dos

llamaradas en la boca de la «Luger», casi apoyada en la cara del «Tuerto», y su otro ojo fue hendido por dos balas.

Cayó al suelo Bill, ya muerto, arrastrado por Marotti. Después subió al coche, y lo puso en marcha, no sin antes hurgar un poco en el carburador, deteriorado adrede, como supuso, y se alejó a toda velocidad.

Llegó a Clarland Acres, y casi frente al domicilio de Marlowe detuvo el coche. No sabía qué conducta seguir en adelante. Bill dijo que «ya que lo sabes», antes de morir, lo cual confirmaba que el «boss» le había dado al «Tuerto» el siniestro encargo de liquidarlo.

Se había quitado de encima a Bill, pero era seguro que Marlowe, al verse defraudado, no se daría por contento con ver vivo a quién sentenció a morir, y que daría el encargo a otro «killer», con lo cual él, Marotti, se iba a ver constantemente amenazado de muerte.

Lo mejor sería poner tierra por medio, ya que tenía dinero para resistir. Iría a Chicago, Nueva York, por ejemplo, donde pudiera buscar trabajo adecuado a su «especialidad» de forzar cajas de caudales.

Se bajó del coche, dejándolo de propio intento medio inutilizado para que no lo pudiera usar Marlowe aquella noche sí quería saber lo ocurrido entre él y Bill.

Fue a una pensión, ya conocida de él, donde, pagando por adelantado la habitación, aunque no se llevara equipaje, lo admitirían sin dificultad, tratándose de un maleante.

Marlowe y Spencer, en tanto, esperaron el resultado del «paseo» que emprendieran Marotti y Bill, «el Tuerto». Spencer no dudaba de que si alguien regresaba sería el italoamericano, advertido por él de lo que iba a hacer Bill: Marlowe, a su vez, tampoco dudaba de que el que regresaría sería Bill, toda vez que suponía a Marotti ignorante de las siniestras ideas que llevaba el tuerto Bill.

Pasaron las horas, bostezando ambos hombres. Marlowe se desperezó y se dispuso a dormir, pues eran pasadas las tres de la madrugada.

—No viene ninguno de los dos —dijo Spencer, sonriendo maliciosamente—. ¿Se habrán matado mutuamente, como buenos amigos?

—«El Tuerto» llevaba ventaja, pues Marotti no podía suponer lo que le esperaba. Además, es menos hombre que Bill para luchar.

—Pero también Marotti es cien veces más listo —respondió Spencer—. Podemos apostar a que Marotti ha liquidado a Bill. ¿Cien dólares, jefe?

—¿Qué tontería! Tienes ganas de perderlos, ¿eh? Bueno, apostado —contestó Marlowe—. Supongo que tú no habrás dicho a Marotti... —miró fijamente a su secuaz.

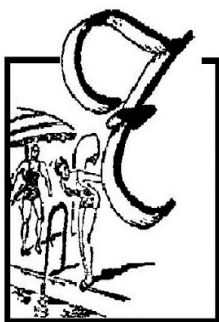
—¿Yo? ¿Por qué iba a hacer esa tontería? Lo que habrá pasado es que se han matado el uno al otro. En fin, aún puede venir Bill. También me voy a la cama.

Se fueron a sus respectivas habitaciones. Spencer rio bajito. Daba por seguro que Marotti se había quitado de encima a Bill y luego se puso en marcha, alejándose de la ciudad. Lo que él hubiera hecho en su pellejo.



**ANTES, AHORA Y SIEMPRE TRIUNFA EL
F. B. I.**

**UNICA COLECCION EN EL MUNDO
QUE REFLEJA LA AZAROSA VIDA DE LOS FA-
MOSOS AGENTES NORTEAMERICANOS.
¡COLECCION TRADUCIDA A OTROS IDIOMAS!**



OM fue citado por el F. B. I. local para declarar, a las once de la mañana siguiente. Le dio el recado el mismo Peel, por teléfono, la noche anterior.

—No tienes más que ratificarte en lo que has dicho, y si te acuerdas de algo más que consideres ha de ayudar a las autoridades, decirlo —aconsejó Eileen a su hermano, al ver el gesto de contrariedad que Tom ponía después de colgar el aparato telefónico.

—Ya lo sé. ¿Qué quieren que diga, vamos a ver? Que dejé la caja cerrada, como siempre. Lo que ocurriera después no es cosa mía. La forzaron, aunque esos peritos y todo el F. B. I. aseguren que no —farfulló Tom.

A las once de la mañana, Tom, sombrío el rostro, lleno de temores, entró en el despacho de Brandon Donnell, el inspector local del F. B. I. Con él estaba Nat Peel, el agente especial.

Brandon Donnell, hijo de irlandeses, era alto, fornido, de rostro moreno, ya casi gris su pelo, y ojos grises escrutadores. Después de saludar a Tom amistosamente, dado que era amigo de Eileen, le invitó a sentarse, con un gesto, ante su mesa.

—Bien, Morris —dijo, con voz gruesa, profunda—. Le mandé llamar para cumplir el trámite de dejar escrita y firmada su declaración primera en el asunto del Banco al que pertenece. Peel le va a leer lo que usted dijo anteayer, por la mañana, a ver si está conforme con ello.

El agente especial tomó unos papeles y los leyó despacio, mirando de

cuando en cuando a Tom para pedirle su conformidad a lo que decía. Tom asentía gravemente, conforme con ello.

—Bueno. Hasta aquí su declaración —dijo el inspector después—. Veamos ahora si tiene usted algo más que agregar como resultado de haberlo recordado. Usted afirma categóricamente haber dejado la puerta de la caja cerrada, como siempre, ¿no es eso? No tiene duda alguna de ello...

—Ninguna, señor —contestó Tom, con énfasis—. Es más: como era bastante importante la cantidad que metí en la caja, aquella noche puse más atención en hacerlo. Cerré, di varias vueltas al dial de la clave y quité, naturalmente, toda posibilidad de poder utilizarlo. Y eché la llave, cerré la caja. De esto no tengo duda alguna, y me ratifico en ello.

El inspector Donnell, sin decir nada, sacó de su carpeta de piel un papel, que examinó por encima, fruncido el ceño. Luego miró a Tom fijamente.

—Perfectamente, Morris. Esto es un informe redactado por dos peritos del F. B. I. que examinaron la caja de caudales del Banco donde se cometió el robo. Dejemos a un lado el asesinato del pobre sereno. Este informe asegura, Morris, que la caja no fue forzada, que la cerradura no quedó inutilizada, aunque se trató de hacerlo, torpemente. Las barras de acero que entran en el perfil de la puerta, y que son accionadas por la cerradura, estaban corridas, sin deteriorar.

—Bueno, ya dije a Peel que, usando una llave maestra... —interrumpió Tom, en tono un poco impaciente—. Eso lo sabrán mejor que yo los peritos esos. Los ladrones, todos lo sabemos, que se dedican a abrir cajas fuertes saben dar con las claves, y asando llaves maestras...

—En efecto —aseguró Donnell. Peel, silencioso, observaba a uno y otro con aire impasible—. Pudieron dar con la clave, que ya hemos visto no es difícil. Pudieron abrir con la llave maestra, que tampoco es Imposible. Pero, entonces, ¿por qué usaron un soplete de mucha potencia, si las dificultades estaban vencidas de antemano? Quemaron la pintura de la puerta y luego lo aplicaron sobre la cerradura, durante medio minuto, ya que no estaba averiada ni imposibilitada de funcionar. ¿Por qué eso, Morris?

—No estaba yo allí para verlo, inspector —contestó Tom, encogiéndose de hombros—. ¿No lo dicen los peritos?

—Pues sí, Morris. Lo dicen —Donnell miró aún más fijamente a Tom, y luego cogió el informe pericial—. Dicen que «se trató, seguramente, de causar la impresión de haber forzado la cerradura bajo la acción del soplete, cosa que no consiguieron». Esto es lo que dicen, y puede usted tener la seguridad de que son dos técnicos los que aseguran esto, y que antes de hacerlo lo piensan mucho y tienen pruebas irrefutables de ello.

—No lo discuto. —Tom estaba pálido, y sacó un paquete de cigarrillos,

ofreciendo al inspector, que no aceptó, y a Peel, que accedió, sin despegar los labios—. Aseguran una cosa de la que dicen se trató «seguramente» —recalcó la palabra Tom—. Si fue seguramente, no es afirmarlo rotundamente, ¿no? No están seguros de ello...

—Quieren decir los técnicos que se trató, por causas no conocidas, de causar esa impresión de haber forzado la cerradura, pero que no la forzaron. Eso quiere decir, para mí, que los ladrones y asesinos trataron, indudablemente, de dejar esa sensación de violencia.

—En todo caso, inspector, ¿qué tengo yo que ver con todo eso? ¿Debo entender que usted me acusa de haber hecho eso: asesinar al sereno y robar la caja de caudales? —preguntó Tom, airadamente, volviéndose hacia Peel, que siguió silencioso, impasible, como mero espectador de aquella entrevista.

—Todo depende de que averigüemos sí usted lo hizo, si usted dejó la caja abierta, en complicidad con los ladrones, o bien la dejó abierta por descuido y temiendo la responsabilidad derivada de tal acto, lo niegue ahora —el inspector se expresaba con tranquilidad, si bien su voz se hizo más severa y enérgica—. Voy a preguntarle ahora algo...

—No tiene la obligación de hacerlo, Tom —intervino Peel—. Quiero decir, el contestar a las preguntas que se le hagan, si no es delante de su abogado, que puede nombrar.

—Es cierto —afirmó el inspector—. ¿Quiere contestar a mis preguntas ahora, o delante de un abogado? Si es esto, le citaré nuevamente mañana.

—Contestaré ahora. Solamente para decir que yo no cometí el asesinato ni robé. Que no dejé la puerta abierta para que los ladrones lo hicieran y que no dejé inadvertidamente la caja abierta —replicó Tom, con rapidez—. Puede preguntar lo que quiera, inspector.

Donnell tragó saliva. Se iba poniendo más y más severo e impaciente, y Peel le miró con cierta inquietud.

—¿Dónde estuvo usted la noche en que se cometió el asesinato y el robo? Es decir, la noche de anteayer, justamente —preguntó el inspector. Donnell cogió unas cuartillas y se dispuso a tomar nota—. ¿Salió de su casa esa noche?

Tom se inmutó un poco. Dio varias chupadas a su cigarrillo, mientras los dos hombres del F. B. I. le miraban escrutadoramente.

—Salí aquella noche, en efecto. Regresé muy tarde, hacia las... cinco o cosa así —contestó al fin.

—¿Dónde estuvo? —preguntó Donnell.

—En casa de unos amigos, en el veinticinco de la calle Séptima de Clarland Acres. Pueden informarse allí. Éramos cuatro hombres y dos mujeres.

—Bien. ¿De quién es la casa o el piso adonde fue usted? ¿Qué

profesión tienen los hombres?

—El piso es de Phil Marlowe, un hombre de negocios. Creo que compraventa de solares, coches y otras cosas. Los demás hombres son socios suyos.

Tom empleaba ahora un tono más optimista. Aquella coartada estaba preparada por Marlowe para el caso de que Tom tuviera que presentarla.

—¿Y las mujeres, Morris? —preguntó Donnell, como si se diera por contento con lo dicho por Tom.

—Las mujeres... bueno; las mujeres, son unas amigas. No sé mucho de ellas, la verdad. Creo que trabajan en almacenes o son modelos... Puede interrogarlas. Se llaman Judith y Ethel. Marlowe le dirá dónde viven.

—Perfectamente. Según nuestras noticias, su situación económica ha venido siendo más bien precaria, ¿no es así? —siguió Donnell sus preguntas.

Peel levantó la cabeza para mirar fijamente a Tom.

—Cuando no se gana mucho, la situación no suele ser tampoco muy buena, inspector —contestó Tom, con aplomo—. Le han dicho en el Banco que de cuando en cuando pido anticipos sobre mi sueldo, ¿verdad? Es cierto. Me gusta divertirme un poco.

—Nos han dicho que juega usted. Morris —interrumpió Donnell, con voz un poco dura—. ¿Es cierto?

—El jugar unas manos de póker con los amigos no es «jugar», tal como creo entender quiere usted decir. —Tom se puso más pálido, y su voz tornóse más impaciente de nuevo, más hosca—. No puedo perder mucho, porque no tengo dinero para eso.

—Puede usted jugar sobre su palabra, como empleado de un Banco importante —afirmó Donnell—. Lo que hace falta es poder cumplir la palabra de pago cuando uno se empeña...

—No ha habido tal caso, inspector. Unas veces he ganado unos dólares y otras los he perdido, sin entramparme. Juego con amigos, no en un garito con tahúres.

—Todo eso lo tenemos que comprobar, Morris. Peel, mande que pasen esas declaraciones a máquina, y luego las firmará Morris. Después se podrá marchar usted. He de advertirle que si cualquiera de las declaraciones que ha hecho resulta falsa, Morris, tendrá que responder ante nosotros por perjurio, y podremos entonces pensar que es usted cómplice de esos asesinos y ladrones, o bien asesino y ladrón único.

Salieron Tom y Peel del despacho del inspector. Tom se volvió hacia Peel, cuando entraron en otro despacho, vacío.

—¿Qué se propone ese hombre, Peel? —preguntó, airadamente, Tom—. ¿Es que me cree culpable?

—El inspector se ha hecho cargo personalmente de este caso, y lo lleva

a su manera —contestó Peel, encogiéndose de hombros—. Yo solamente haré lo que me ordene. ¿Usted ha dicho toda la verdad a las preguntas que le ha hecho?

—Toda la verdad —exclamó, con ira, Tom—. ¿Por quién me toma ese tipo?

—No es un tipo, Tom. Es un hombre íntegro, honrado, justo y ecuánime —respondió Peel, con severidad—. Y quiere saber si también lo es usted.

—¡Pero usted me conoce, Peel, y sabe que he dicho la verdad! —contestó Tom, nervioso, sentándose ante una silla.

Peel oprimió el botón de un timbre, sobre la mesa, y a poco entró un empleado. Le ordenó pusiera en limpio, a máquina y con dos coplas, las declaraciones de Tom. Luego se encaró con Morris.

—Le conozco, en efecto, Tom. Por eso mismo le pedí amistosamente dijera la verdad, aunque le perjudique. Usted ha dicho que no dejó la caja abierta, ¿no es eso?

—¡No la dejó abierta! —chilló Tom, rojo de ira—. ¡Es la verdad!

—Calma, Tom —recomendó Peel, impasible—. Nosotros no tenemos la menor duda de que la caja estaba abierta. Dos técnicos, cada cual por su lado, Investigando a su manera, se ponen de acuerdo para dictaminar que la caja estaba abierta, no forzada. Contra eso está su aseveración...

—¡Y no me creen! —exclamó Tom, impetuosamente.

—Creemos que la caja estaba abierta. Lo que no podemos decir es que «usted» la dejó abierta, ¿comprende? Alguien la dejó abierta. Usted, el cajero, el director del Banco... —Peel le miraba escrutadoramente—. Por eso le pedimos la verdad. ¿Dijo usted a algún otro empleado cuál era la clave de la caja, o se dejó olvidada alguna vez la llave, de forma que sacaron una copla?

—Eso... —se rascó el mentón Tom, viendo una salida en aquellas preguntas—. Tanto me aprieta usted... No lo recuerdo, pero no juraría que pudo suceder. Yo tampoco puedo poner las manos sobre el fuego y afirmar que el cajero no fue, o el director. Cada cual con su conciencia... Lo que sé es que no fui yo.

—Hemos interrogado al cajero y al director, Tom, y han jurado que nunca han dicho a nadie cuál es la clave de la caja ni han dejado su llave olvidada. Y mucho menos que, consciente e inconscientemente, dejaran la puerta abierta, anteanoche, de la caja. Fue usted el último que la manejó.

—Me ratifico en lo declarado, Peel —afirmó Tom, con renovado tesón—. Lo que no juro es que alguien viera la clave de la caja o que no me haya dejado la llave olvidada alguna vez y sacaran copia de ella.

—Está bien. —Peel suspiró profundamente—. La cosa se complicará, pero la verdad será hallada, y el culpable o los culpables verán que no es

posible engañarnos.

—Eso es lo que deseo. Mi situación es muy delicada en el Banco, y a nadie le interesa más que a mí que todo se resuelva bien.

Tom pareció estar conmovido, mirando con ansiedad a Peel, que hizo un gesto afirmativo solamente.

Poco después el empleado trajo la declaración de Tom. Peel la leyó, y al dar su aprobación, Morris la firmó con satisfacción.

—Por ahora nada más, Tom —dijo el agente federal, abriendo la puerta del despacho—. No olvide una cosa, por favor —le cogió de un brazo y le miró fijamente a los ojos—: si tiene algo que rectificar o añadir a lo dicho, no deje de hacerlo, sin temor a quedar mal por no haberlo hecho antes. Lo digo por su propio bien, Tom. Estimo mucho a Eileen, y quisiera que por ella...

—Se lo agradezco, pero he pensado bien sobre todo esto, y nada tengo que agregar o quitar. Buenos días, Peel.

Cuando salió a la calle, compró en un quiosco de periódicos un ejemplar del «Tulsa Récord», en el que trabajaba su hermana. Sabía que no habría ninguna referencia, seguramente, acerca del asunto del robo en el Banco, pero quería cerciorarse de ello.

En primera plana vio un grabado estremecedor. Un hombre, muerto, con un ojo saltado por la bala, y el otro, cerrado. Una cara espantosa, llena de sangre, y una expresión que causaba repulsión.

Con grandes letras se indicaba lo que aquel grabado, bastante grande, representaba: «Hombre asesinado de un balazo en un ojo, hallado en las cercanías de Mingo Terrace, al borde de una carretera». Y más abajo, otro epígrafe: «La Policía está buscando al autor o autores del crimen».

Y nada más, como no fuera detalles complementarios que no indicaban cómo se llamaba el muerto, si se encontró sobre él documentación que permitiera saber quién era.

Siguió su camino hacia el Banco, pensando que quizá Eileen supiera algo más sobre aquel caso del hombre asesinado, De lo otro, del robo del Banco, el F. B. I. seguía mudo. Bueno, ya le habían dicho bastante el inspector Donnell y Peel. Evidentemente, desconfiaban de él. ¡Pero nunca podrían probarle su culpabilidad!

... ..

El conserje de la casa donde vivía Marlowe compró también el periódico, y lo primero que se echó a la cara (por estar en primera plana) fue el grabado siniestro. Calvert, el conserje, lo miró con repugnancia, arrugando el ceño, y buscó la escasa información referente a aquel asesinato.

Su esposa, Carel, que estaba en la cocina, entró donde estaba su marido, y vio la fotografía.

—¿Qué es eso? ¿Cómo publicarán esas cosas, Dios mío? —dijo, en tono asustado.

—Asesinado anoche, cerca de aquí —repuso el conserje—. Y oye... —se rascó el mentón, pensativo, mirando fijamente aquel rostro espantoso—. ¿No ves algo raro en esta cara?

—Que es horrible, hijo mío. Le han saltado un ojo... —murmuró ella.

—Sí, bueno; pero... —el conserje acercó el diario más aún—. Escucha. Anoche vino a casa de esos sinvergüenzas un tipo que, si no es este, se parece mucho. ¿No recuerdas que entró con Marlowe? Un hombre tuerto...

—Espera, a ver... —ella cogió el diario y lo acercó a la luz eléctrica, mirando con atención el grabado—. Sí, Tony, se parece, aunque como tiene la cara llena de sangre, no sé. Yo diría que se parece, y mucho.

—¿Verdad que sí? Pues, bueno, este hombre salió después con el medio italiano, el tal Marotti. Eso lo vi yo. Ahora aparece asesinado...

—Siempre he dicho que esos inquilinos son unos maleantes —aseguró, con enojo, Carol—. No dice si la Policía sabe quién lo asesinó.

—No. Lo estarán buscando, y para no darle ninguna pista, lo callan.

—Claro. Pero, bueno, Tony: si nosotros sabemos algo, me parece que no debemos dejar las cosas de forma que el culpable no pague su cuenta.

Carol puso una mano en un hombro de su marido, que asintió.

—Claro que no. Pero nosotros, ¿qué podemos hacer? —Tony contemplaba la fotografía fijamente—. Eso habría que denunciarlo, ir a la Morgue, ver el cadáver...

—Pues ya sabes lo que debes hacer. Por otra parte, estoy deseando quitarme de encima a esos maleantes.

Un hombre entró en el portal y miró a su alrededor, buscando al conserje. Tony salió de la vivienda con el diario en la mano. El hombre era muy alto, joven, bien vestido, y su rostro revelaba energía, pero también amabilidad.

—¿Qué desea? —preguntó Tony, examinándole de pies a cabeza—. Soy el conserje.

—¿Vive aquí el señor Marlowe? —preguntó el hombre, sonriendo, mientras ponía delante de la cara, de Tony una insignia del F. B. I.—. Asunto reservado, amigo.

—Comprendido, señor. —Tony se estremeció de placer. Ahora iba a decir todo cuanto deseaba acerca de aquellos inquilinos indeseables—. Pase a mi vivienda. Carol, el señor es agente del F. B. I. —dijo en voz queda.

—Viene que ni pintado —rezongó Carol—. Mi marido iba a salir precisamente a decir algo sobre este nombre asesinado anoche —señaló el

diario—. Habla tú, Tony, puesto que eres el hombre. Y suelta todo, no seas majadero.

Peel miraba a los porteros con curiosidad y simpatía, queriendo infundirles confianza. Se sentó y sacó la pitillera, ofreciendo a Tony, que aceptó el cigarrillo. Luego cerró la puerta de la vivienda con un gesto misterioso.

—Pues sí, tenemos algo que decir, señor —dijo cuando se sentó frente a Peel. Su esposa, en pie, temblando de emoción y curiosidad, asintió con un gesto amplio—. Puedo decir, primero, que me parece que ese muerto que aparece en el periódico lo conozco, aunque de vista. Tendría que ver el cadáver para asegurarlo, claro.

—¿Le conoce? —preguntó Peel, con curiosidad extrema—. Explíquese.

—Lo conocemos los dos, caballero, porque anoche entró aquí y lo vimos los dos. Es un tuerto...

—Sí —afirmó Peel—. Tuerto. De oficio, ladrón, «gángster», pistolero y otras lindas cosas. Desvalijaba cajas de caudales, como especialidad.

—¿No te lo decía yo? —exclamó Tony, volviéndose hacia su mujer—. ¡Los amigos de los inquilinos! Porque, agente, ese tuerto vino anoche con el señor Marlowe...

—¡Lo juramos, señor! —afirmó Carol, con gran energía—. Yo no digo que esos hombres de arriba hayan matado a ese otro, pero tampoco diría que no lo han hecho. ¡Son unos maleantes!

—Vamos por partes. —Peel trataba de calmar la indignación de los porteros y encauzar su parloteo nervioso, quitándose mutuamente el uso de la palabra—. Empiece por el principio. Yo le preguntaré, y usted contesta concisamente.

Bajo la dirección hábil de Peel, con preguntas certeras, fue saliendo la historia de aquellos hombres del piso segundo. Taquigráficamente, el agente especial tomaba notas, añadiendo algún dato que Carol agregaba a lo dicho por su marido.

Cuando la información terminó, Peel se levantó de la silla.

—Tengo el coche a la puerta. Le voy a llevar a la Morgue, para que reconozca el cadáver de ese hombre. Después seguiremos la investigación de acuerdo con la Policía, aunque supongo que va a entrar en nuestra jurisdicción. Tal vez el que forzó la caja de caudales del Banco fue este individuo, Bill, apodado «el Tuerto».

—Ya sabes, mujer —dijo Tony, con aire importante—. Ni una palabra a los de arriba, si los ves. Ni los mires de mala manera, ¿eh? No se vayan a escapar. Y si los ves con maletas, telefona al F. B. I. inmediatamente.

—No es preciso —dijo, sonriendo, Peel—. Voy a telefonear yo para que vigilen esta casa.

Así lo hizo, y poco después, acompañado del conserje, salían y partían

en el coche del agente especial. Carol, fruncido el ceño, con aire feroz, cogió una silla y se sentó en el mismo portal, dedicándose a hacer calceta. Por allí no saldrían los maleantes del segundo sin verlos ella.

.....

Marlowe, que había comprado el periódico cuando salió a desayunar, muy temprano, vio el grabado de primera plana, y sofocó una exclamación de rabia. Subió después al piso y se lo mostró a Spencer, con un gesto de ira.

—Nos la jugó Steve —dijo, roncamente—. Lo «madrugó»...

—El asesino, asesinado —comentó Spencer, sonriendo y moviendo la cabeza—. Demasiado listo Marotti para una bestia como «el Tuerto», desengañaate.

—Sí. Pero me gustaría saber si alguien no le advirtió a Steve el peligro que corría —murmuró Marlowe, mirando fijamente a su segundo.

—¿Eh? —Spencer se encogió de hombros con aire inocente—. No lo creo. Marotti, como medio italiano, es más sagaz que una zorra, y se las sabe todas. Lo da nuestro oficio, Phil. ¿No es lo normal en nuestro delicioso ambiente el estar conspirando unos contra otros, como buenos hermanos?

—Sí, claro. Bien, ahora estará la Policía buscando a quién le cerró el otro ojo a Bill. Como verás, apenas sí dice nada la información. Yo me siento muy decaído cuando guardan ese secreto. Siempre es para que de repente se echen encima, sin avisar.

—El remedio es fácil para evitarlo —contestó Spencer, levantándose del sillón—. Nos vamos de aquí y en paz. Y sin perder tiempo. No sabemos si Marotti nos habrá denunciado.

—¡Condenación! —bramó Marlowe, saltando de su asiento, los ojos brillantes de rabia y miedo—. ¡Es verdad! ¡Vamos, Ray; metamos en una maleta lo indispensable! El coche está en el aparcadero, lo he visto. Lo dejó Steve, aunque yo creía habría sido Bill.

—No seré yo el que salga por el portal. —Spencer levantó un dedo, deteniendo a Marlowe—. Están esos condenados porteros que todo lo fisgan y no nos pueden ver. Tenemos la escalera de incendios.

—¡Estupendo! —Marlowe metía en una maleta, de cualquier modo, alguna ropa y efectos. Y en su cartera, fajos de billetes grandes, mirando con desconfianza a Spencer, que le observaba sonriendo, muy tranquilo al parecer.

Ya con todo preparado, Marlowe y su segundo fueron a la cocina, saliendo a una especie de plataforma o pequeña terraza de donde arrancaba, plegada, una escalera para casos de incendio, que se desplegaba por medio de unas poleas con cables.

Spencer, con cuidado para no producir excesivo ruido, fue dejando caer la escala, dando a la manivela de la polea. Marlowe, pistola en mano, vigilaba la posible llegada al patio de portero o su mujer, atraídos por el chirrido de las poleas.

Más no sucedió esto, y pudieron bajar al patio, que tenía dos puertas al exterior: una a otro patio, de la portería, y la otra a una calleja, a espaldas del edificio.

Ya en la calleja, caminaron aprisa, temerosos de ser sorprendidos por los porteros, a quienes temían, pues sabían les vigilaban siempre con disimulo, sin recatarse mucho en demostrarles su antipatía.

—Hay que ir por el coche —dijo Marlowe a Spencer cuando llegaron a la esquina de la calleja—. Siempre será mejor que no tomar un taxi.

—¿Y adónde vamos? —preguntó Spencer, mirando a su jefe con aire intranquilo—. ¿Nos vamos de la ciudad? ¿Podremos alejarnos mucho sin que la Policía no nos salga al paso?

—Estaremos en la ciudad, por eso precisamente —resolvió Marlowe—. Hasta ver si nos buscan o no. ¡Como nos haya denunciado Marotti y alguna vez me lo encuentre, no necesitaré pedir a otro que lo meta una bala entre los ojos!

Spencer, dando un rodeo, se acercó al coche, aparcado un poco más arriba de la calle. Subió a él y dio al encendido del motor, pero fallaba siempre. Se bajó, levantó la tapa que cubría y hurgó en él durante un par de minutos. Volvió a tratar de ponerlo en marcha, pero estaba averiado y no podía, con la prisa que tenían, tratar de arreglarlo. Regresó donde Marlowe lo esperaba con impaciencia.

—Está estropeado el cacharro —dijo Spencer—. Marotti debió dejarlo así, para fastidiarnos un poco más. Lo mejor será marcharnos en un taxi a un lugar y allí tomar otro, para, despistar, y... ¿adónde vamos, al fin?

—La casa del otro lado del río, en Garden City, ¿no te acuerdas? —contestó sonriendo Marlowe—. Siempre he sido precavido y me ha gustado tener más de un domicilio en los puntos en que he residido. Esa casa no la conoce Marotti. Vamos, muchacho, demos la vuelta a la calleja por el otro lado. En Clarland Park hay un punto de taxis.

Tomaron el taxi en aquel lugar y Marlowe indicó al chófer les llevara al otro lado de la ciudad, a Riverside Drive, a orillas del Arkansas.

Durante el trayecto guardaron silencio, para que el chófer no pusiera mucha atención en ellos ni en lo que pudiera decir.

En Riverside Drive, Marlowe ordenó parar al conductor frente a un edificio que pertenecía a un Banco. Bajaron y comenzaron a subir la escalinata del edificio, como si fueran a entrar en él. Spencer se volvió y vio que el taxi ya se había marchado. Entonces bajaron y comenzaron a bajar hasta llegar a la calle.

—Hay otro punto de taxis cerca —dijo el «boss»—. Pero no iremos a ese, por si el coche que acabamos de dejar se detiene allí. Vamos más allá.

—Mejor será cruzar el río a pie por el puente —insinuó Spencer—. Un paseito no nos vendrá mal. ¿Está amueblado el piso adónde vamos?

—No es un piso, sino un hotel pequeño, en bastante mal estado, pero que nos servirá para ocultarnos durante unos días. El coche es el que lo voy a perder, maldita sea... Cualquiera va por él, estando estropeado, para que me enganchen, como si fuera un cebo.

—Era un cacharro que no valía ya ni doscientos «pavos» —refunfuñó Spencer—. Bien puedes comprarte otro con lo que has sacado del robo en el Banco y lo que tienes guardado. Apuesto a que tienes más de cien mil...

—Tú cuenta lo tuyo y deja en paz lo mío —farfulló Marlowe en tono desabrido—. He de reorganizar el «gang», y para eso hace falta dinero.

Iban por el puente ya, marchando aprisa, pues aunque no era la primera vez que se veían seguidos por la Policía, siempre sentían gran desazón y miedo en tales trances.

En Suburbian Highlands, al sur de Garden City, pintorescas barriadas de villas y hoteles, en zonas verdes, con parques y recintos de praderas para jugar al golf, vieron un taxi que se disponía a regresar a, la ciudad, entrando en el puente Marlowe lo detuvo y le ordenó les subiera a Garden City.

—No está mal —dijo Spencer cuando vio el pequeño hotel, enclavado en Maybelle Street. Estaba rodeado por una empalizada de madera, medio derribada, y el jardín solamente era un caos de plantas silvestres, entre las que crecían ocho o diez árboles de sombra, ahora con las ramas desnudas.

El edificio estaba muy deteriorado. Era de dos plantas, con una terraza en el piso último y un porche. Despintado, con las ventanas igualmente deslucidas, y la puerta de entrada, daba claros testimonios de estar deshabitado desde hacía mucho tiempo.

—Un cobijo como otro cualquiera —dijo Marlowe cuando estuvieron dentro y revisaron ligeramente las habitaciones y alcobas, grandes, con muebles llenos de polvo.

—¿Y dónde vamos a comer? ¿Hay que pedir los víveres? —preguntó Spencer, muy glotón siempre.

—Al lado de la escuela hay un restaurante en el que sirven bien de comer —contestó Marlowe—. También podemos pedir comestibles en las dos o tres tiendas de aquí cerca. Mira a ver si funciona el teléfono, en el vestíbulo.

El aparato funcionaba, y esto le puso de buen humor a Spencer, quien pidió a una de las tiendas, mirando en la guía telefónica, víveres en abundancia, licores y conservas, todo ello con cargo a Marlowe.

—Hay otra cosa —dijo Marlowe, pensativo—. Tenemos que estar en contacto con Tom Morris. No es porque nos valga de mucho ahora, sino

para saber por medio de su hermana si el F. B. I. nos busca o no. Tengo el proyecto de la falsificación de los cheques, empleándole a él en eso, que nos puede dar mucho dinero.

—Llámale al Banco y dale nuestra nueva dirección —aconsejó Spencer, mientras quitaba el polvo a los muebles, con un paño cogido en la cocina.

Marlowe lo llamó al Federal Reserve Bank. Tom se puso al aparato.

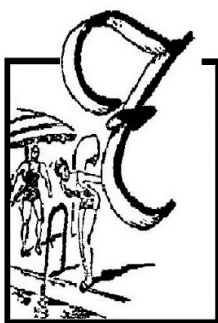
—¿Hay algo nuevo, Tom? —le preguntó, después de darle la nueva dirección y el número del teléfono.

—Sí hay —repuso cautamente Tom—. ¿Dónde le puedo ver? ¿En su casa?

—Bueno, venga cuando salga de ahí, pero tome precauciones, ¿eh? No venga en un taxi que tome cerca del Banco, sino en otro más, o en dos, para despistar. ¿Son malas noticias, Tom?

—Pésimas —contestó el segundo cajero.

VI



OM fue a ver a Marlowe y a Spencer a su nuevo domicilio, tomando aquellas precauciones que le indicara el «boss».

—Bueno, desembuche —dijo Marlowe cuando estuvieron sentados alrededor de la mesa del comedor, sobre la que colocó una botella de licor, copas y un paquete de cigarrillos—. ¿Qué es lo que pasa? Le veo muy alarmado.

—El F. B. I. me está apretando de una manera... —murmuró Tom, moviendo la cabeza con desaliento. Marlowe y Spencer cruzaron una mirada expresiva—. Esta mañana me interrogó el inspector Donnell, un tío desconfiado como él solo...

—Bien. Era de esperar que lo hicieran. ¿Qué fue lo que le preguntaron? Procure recordarlo y lo que contestó usted. Recuerde que le recomendé que en boca cerrada no entran moscas. Cuanto menos se habla, mejor.

Tom, después de beber media copa de «Whisky» puro, encendió un cigarrillo con mano nerviosa. Marlowe y Spencer volvieron a mirarse, guiñando un ojo el «boss». Y Tom fue relatando, sin ser interrumpido, en qué consistió el interrogatorio y lo que él contestó.

—Dejó caer amenazas veladas contra mí el inspector —siguió Tom, la cabeza baja, pensativo—. No sé cómo demonio logran enterarse de las cosas que uno hace, cosas privadas... Que si jugaba, que si pedía anticipos al Banco, que sí, pese a lo que yo diga, ellos tienen la seguridad de que la caja no fue forzada, y que alguien la dejó abierta...

—Todo eso no significa que tengan tal seguridad, Tom —aseguró Marlowe en tono conciliatorio—. ¿No sabe que un medio que suele dar buen resultado es sacar la verdad por medio de la mentira?

—Yo lo negué, como es natural, pero insisten, insisten... Que si averiguan que he mentido me acusarán de perjurio y de no sé qué más cosas... Y Peel, el muy hipócrita, aconsejándome haga memoria y diga si no se me olvida nada. Que lo diga, que será por mi bien... —se llevó Tom las manos a la cabeza, desesperado. Marlowe y Spencer se miraron, sonriendo.

—Claro, usted no tiene costumbre de sufrir interrogatorios —comentó Marlowe, dando una palmada en la espalda del joven—. ¡No se asuste, no sea bobo! Mire, si ellos tuviesen la menor prueba de su culpabilidad, ya estaría encerrado, no lo dude.

—Por otra parte, Tom —dijo Spencer, con voz helada—, le conviene no soltar ni una sola palabra que le comprometa ni nos comprometa, porque sí, malo es el F. B. I., nosotros, si nos traiciona... no aplicamos más que una sola pena.

—Es verdad —afirmó Marlowe—. Mire: sí hace falta, para otros interrogatorios yo le proporcionaré un abogado listo de verdad, que le ayudará a salir del paso. En resumen: que no veo que esté usted en una grave situación.

—Claro que no —dijo Spencer, encogiéndose de hombros—. Lo que le han preguntado es lo corriente, mezclado con mentiras, para que usted se asuste y cante, y amenazas que no cumplirán si se mantiene en su línea defensiva.

—¡Ellos no tienen pruebas, ni pueden tenerlas, de que yo dejé la puerta de la caja abierta! —exclamó con frenesí Tom, desquiciado, buscando en la expresión de las caras de los maleantes una afirmación rotunda, una ayuda moral a sus palabras—. ¿No es eso, amigos?

—Claro que no, hombre... —contestó Marlowe, dando un puñetazo sobre la mesa—. Usted diga siempre, siempre, que no y que no. Ya verá cómo ellos ceden. Mire: precisamente, para evitar algún lío, nos hemos mudado de domicilio...

—¡Ah! ¡Es verdad! —exclamó Tom—. Me preguntaron dónde estuve la noche del robo. Me olvidé de decírselo a usted. Y como usted me indicó que dijera que estuve con ustedes, lo dije. Era la coartada que acordamos...

Marlowe y Spencer, a una, palidecieron. Era cierto lo que decía Tom, pero aquello fue una mentira ocasional para darle confianza a Tom, antes de dar el golpe, y suponiendo que las cosas no se pondrían tan mal para ellos como se estaban poniendo.

—¿Y les dijo también lo de esas muchachas? —preguntó Marlowe, las mandíbulas apretadas por la rabia—. La hizo buena, imbécil...

—¿No habíamos quedado en que yo podía presentar esa coartada? —preguntó Tom, asombrado, inquieto, mirando a uno y otro con desesperación—. ¡Ustedes me lo aconsejaron! ¿Y qué va a pasar si el F. B. I. ve que se han mudado ustedes? ¡Esto sí que es un lio!

—No se apure —contestó Spencer, suavemente—. Tenemos arreglo para todo. Usted no tema nada. Ya verá cómo no le vuelven a molestar más.

—Eso es. Vamos a poner los medios para que no vuelvan a molestarle —afirmó Marlowe, sonriendo amablemente—. Nuestros abogados le van a sacar del aprieto. Ha sido, eso sí, una contrariedad que dijera eso; pero ya ve que no hemos andado...

—¡Pero el F. B. I. va a desconfiar aún más de mí, compréndalo, si van a la otra casa y se enteran de que han desaparecido!... —clamó Tom, confuso, mirando con desconfianza a los dos maleantes—. Yo les dije que usted es agente de compraventa de casas y otras actividades. No comprendo nada de esto...

—Déjelo de nuestra mano, no sea idiota —aconsejó Marlowe, en tono impaciente—. Usted es un novato, pero nosotros somos perros viejos en estas argucias. ¿Sabe lo, que voy a hacer?

—No. ¿Qué? —preguntó Tom, con ansiedad—. ¡No pueden dejarme solo, acosado por el F. B. I.!

—No, no, hijo mío —contestó suavemente Marlowe—. Nosotros nunca abandonamos a un buen colaborador, y mucho menos a usted, que nos seguirá siendo muy útil. Pues bien: voy a ir al F. B. I. mañana mismo, y les daré todas las garantías necesarias para confirmar la coartada esa.

—Muy bien —afirmó Spencer, con entusiasmo—. Será un golpe maestro de audacia, que les hará renunciar a desconfiar de usted. Bien pensado, Phil.

Tom se tranquilizó en el acto. Necesitaba, para no sentir aquella terrible angustia, que le prometieran ayudarle en su lucha contra el miedo, la alborotada conciencia, cada vez más exigente, y el poder gozar de aquel dinero que ahora tenía y que solamente le estaba proporcionando terrores.

—Va a cenar con nosotros, amigo mío —dijo Marlowe, cada vez más amable—. Después estudiaremos la posibilidad de que usted nos ayude en mi proyecto de la falsificación de cheques.

—No, por ahora, Marlowe —respondió Tom, con desaliento—. Deje que salgamos de este apuro.

—Sí, claro. Pero podemos esbozar planes. Usted, por pertenecer a Cuentas Corrientes, tendrá a mano las fichas de los clientes, ¿no es eso? —insinuó Marlowe.

—Sí. ¿Y qué? —Tom movió la cabeza, asustado.

—Muy fácil. Usted nos entrega esas fichas, dónde está la firma del

cuentacorrentista. Uno que tenga mucho dinero, por ejemplo. Falsificamos su firma, llenamos un cheque de los talonarios que usted nos dará y lo presentamos al cobro. Ya sé que hay que tomar precauciones...

—Hay que saber falsificar las firmas —indicó Tom, escéptico—. Hay que tomar muchas precauciones, no crean. El cliente, al ver que se le cargan cantidades que no ha sacado, protesta, y se arma el lío.

—Ya lo sé. Los falsificadores los tenemos, y buenos. Lo otro, el que el cliente reclame, usted puede hacer que no se le curse la nota de cargo con su estado de cuentas hasta que hayamos dado unos cuantos golpes buenos.

—Claro. No se trata de hacer eso indefinidamente, sino en una racha de ocho o diez, pero sacaremos centenares de miles de «pavos» —intervino Spencer—. Y como la sección de Cuentas Corrientes de su Banco tiene muchos empleados, que vayan a averiguar quién lo hizo.

—No es eso solo. Es que el F. B. I. puede suponer que no son los empleados del Banco, sino gente de fuera, falsificadores que dan esos golpes. Ya sabe que hay gente para toda clase de actividades —rio con sorna Marlowe—. Es un buen asunto, Tom, en el que usted se podría hacer de oro.

—Sí, claro —murmuró Tom, más convencido—. Yo puedo detener el envío de las notas de cargo a esos clientes, y ellos no se enteran de que su cuenta ha sido menguada. Hay clientes que no la tocan casi nunca. La tienen como garantía de otras operaciones fuertes. Me va gustando...

Cenaron casi alegremente después. Marlowe y Spencer, optimistas, rehuían toda conversación sobre el asunto del Banco, haciendo que Tom bebiera en abundancia. Luego se pusieron a jugar a los naipes, a los dados. Tom ganaba mucho, y esto hizo que aumentara su euforia. Marlowe y Spencer, cometiendo torpezas a sabiendas, se dejaban quitar el dinero, mientras cambiaban guiños y señas de inteligencia y burla.

Hacia las doce de la noche, Marlowe miró su reloj de pulsera y lanzó una exclamación de asombro.

—¡Caramba, y cómo se pasa el tiempo cuando tres buenos amigos se entienden! —dijo, levantándose de la silla—. Tom, debe marcharse ya. Es por evitar el que le vuelvan a preguntar dónde está hasta estas horas.

—Es verdad. Yo le acompañaré hasta el puente —dijo Spencer—. Usted no conoce estos barrios, y puede extraviarse. Al otro lado del río hay un punto de taxis. Guárdese ese dinero, amigo. Ha tenido una suerte espléndida.

—Doscientos —contó Tom, sonriendo vanidosamente.

Le ayudaron a ponerse la trinchera y el sombrero, le dieron palmaditas en la espalda y le contaron algún chiste.

—En fin, Tom, usted no tiene nada que temer del F. B. I. Mañana iré yo a ver a ese inspector traga —niños, y le diré cuatro cosas bien pensadas,

garantizando que usted estuvo de juerga con nosotros la noche del robo.

—Gracias, Marlowe —contestó Tom, satisfecho—. Eso está bien, porque se me mirará en el Banco mejor y podremos poner en marcha su proyecto.

—Desde luego. Vaya usted tomando sus medidas para hacerlo. Adiós.

Salieron a la calle Tom y Spencer, que le acompañaba hasta el puente.

Era una noche bastante oscura, con cielo anubarrado, y del Arkansas brotaba una neblina blanquecina y helada, muy densa.

—Estos barrios son tranquilos —aseguró Spencer a Tom—. A estas horas no se ve un alma por la calle. Ni un agente de Policía. Nadie...

Las calles, en efecto, estaban desiertas y silenciosas. En las villas y hoteles apenas se veía alguna luz que indicase que sus moradores estaban aún levantados.

Caminaban despacio, charlando, hasta que llegaron al comienzo del puente. Spencer se acercó a la barandilla, y llamó a Tom con un gesto.

—¿No ha visto nunca los peces luminosos en este río? —preguntó al joven—. Por la parte de arriba del cauce no se distinguen, por las luces de la ciudad, pero aquí, sí. Mire allí...

Tom se inclinó. Spencer sacó algo de dentro de la manga izquierda de la trinchera. Y levantó el brazo, descargando con gran fuerza un golpe sobre la nuca de Tom, que no lanzó ni un grito, inclinándose sobre la barandilla.

Spencer lo cogió de la cintura, lo hizo bascular y lo lanzó al río rápidamente. Después, mirando a su alrededor, emprendió aprisa la marcha hacia el hotel. No se fijó en que sobre el cemento de la acera quedaba una mancha grande de sangre.

—Ya está —dijo Spencer, roncamente, mirando fijamente a Marlowe, que asintió con un gesto—. Una puñalada en la nuca, y al río.

—¿Muerto? ¿Estás seguro? —preguntó Marlowe—. Si no es así, ya podemos salir corriendo.

—Claro que muerto. El golpe era como para eso —afirmó Spencer—. No es el primero que doy. Ahora podemos estar tranquilos, creo yo.

—Sí. Estaba desmoralizado, a punto de darse por vencido, y nos iba a delatar a poco que los del F. B. I. le apretasen en los interrogatorios. Ahora queda otra cosa... —se rascó el mentón, pensativo.

—¿Qué? —preguntó Spencer, arrugando el ceño.

—Que Tom dijo al F. B. I. que podía pedir informes respecto a su coartada en nuestro anterior domicilio, a mí. Y como nos hemos marchado de allí de una manera extraña, por la puerta de atrás... Van a buscarnos, Ray, si es que no han estado ya allí a eso. Es una, complicación.

—Bueno, que nos busquen. Aquí podemos estar cierto tiempo, hasta que podamos salir de estampía a Nueva York, Chicago o San Francisco.

—Sí; aquí estamos seguros. Nadie nos conoce, y si no hacemos nada que llame la atención de los vecinos, siendo juiciosos... Bien, aquí estaremos.

... ..

A la siguiente mañana, casi al amanecer, un guarda que prestaba servicio en la pequeña presa del río Arkansas, paseaba por la margen izquierda, vigilando aquellos lugares.

Salló el sol, de un día mejor, luminoso, con cielo despejado, y gracias a aquella buena luz vio algo que le llamó poderosamente la atención.

Girando sobre las aguas, al borde de la presa, vio un bulto alargado, de color caqui. Su forma, sus dimensiones, correspondían a un cuerpo humano, un hombre. Un hombre envuelto en una trinchera, seguramente. Un ahogado, sin duda alguna.

El guarda, cuando vio de lo que se trataba, no se asustó mucho. Más de una vez había visto cadáveres de personas bajando por el río, procedentes de la ciudad. Accidentes, riadas, suicidas...

A todo correr, antes de que el cadáver fuera sumergido por los remolinos de la presa o la corriente lo arrastrase, haciéndolo saltar, fue a un pequeño muelle, saltó a una barca y puso el motor fuera de borda, en marcha. Después enfiló la canoa, y poco después estaba al lado del cadáver.

Lo examinó, sujetándolo con un bichero. Era un hombre joven el ahogado. Bien vestido, y además bien calzado. Sin soltarlo con el bichero, lo arrastró corriente arriba, hacia la margen izquierda, poniendo la canoa a marcha moderada.

Ya en tierra el cadáver, el guarda lo examinó atentamente. Vio que aquel hombre no parecía haber muerto ahogado. No revelaba su rostro la asfixia por inmersión, ni estaba hinchado.

Le dio la vuelta, y vio, ahora con asombrada expresión, que tenía el muerto una profunda herida en la nuca. Una herida en forma de ojal, como producida por un cuchillo u otro instrumento cortante.

Pensó que no debía perder tiempo en más averiguaciones. Aquello correspondía a la Policía, y con lo de la herida, mucho más. Le daba en la nariz que aquel hombre había sido asesinado y luego arrojado al río.

Fue a la casilla, más arriba, donde los guardas de servicio pasaban la noche, y se puso en comunicación con el Cuartel General de la Policía, donde dio cuenta de su hallazgo. Después regresó al embarcadero.

Media hora después llegaba una ambulancia y dos coches de la Policía, que comenzaron las indagaciones. El teniente Wright examinó la documentación del muerto, que resultó ser Tom Morris.

—Buen encarguito para el F. B. I. —dijo, sonriendo, bastante satisfecho

con poder traspasar a dicho organismo aquel nuevo lío—. Se van a quedar muy asombrados al ver a este hombre en condiciones tan lamentables.

Usando el mismo teléfono del guarda, llamó a la División del F. B. I. inmediatamente para que ellos siguieran las indagaciones, teniendo en cuenta la personalidad del muerto y el caso en el que había estado mezclado.

Donnell y el agente Peel llegaron a toda prisa en un coche. Examinaron el cuerpo de Tom y se miraron dubitativamente.

—Bueno —refunfuñó el inspector, arrugando el ceño—. La cosa se complica, ¿no? ¿Lo han matado para que no constituya un peligro con sus declaraciones o era uno de los culpables, que, estorbando ya, ha sido liquidado?

—Desde el primer momento he considerado que Tom era cómplice, si no el único autor del asesinato y robo cometido en el Banco —repuso sombríamente Peel—. Hacía una vida muy irregular, tenía mucha ambición y pocos escrúpulos... Ahora veo que era cómplice, puesto que sus secuaces lo han asesinado. Lo peor va a ser para Eileen...

—Sí. Es digna de compasión. Hemos de ver la manera de que ella no sepa lo bajo que había caído su hermano. Sería horrible que, después de muerto, lo maldijera y se sintiera justamente escandalizada de la conducta de su hermano, avergonzada —expuso el inspector.

—Trataremos de que así sea, señor —contestó Peel, conmovido por la bondad de su jefe—. Todo cuanto hagamos será teniendo en cuenta que ella no debe saber la verdad de lo sucedido. Ahora no hemos de descansar hasta dar con los asesinos.

—Deben ser Marlowe y Spencer, que han desaparecido de su domicilio de Clarland Acres —murmuró Donnell—. La tonta de la portera los dejó escapar olvidándose de que la casa tenía salida por la parte de atrás. Ahora cualquiera sabe dónde estarán ocultos.

Un coche se aproximaba velozmente al lugar del hallazgo de Tom, muerto. De él bajó Eileen Morris, en su calidad de reportera de sucesos del «Tulsa Record». Habían recibido en la redacción la consiguiente notificación telefónica de que se encontró «un cadáver» en el río, y ella acudía a hacer la información.

Al verla, Peel y Donnell se miraron, perplejos, asustados. El cadáver de Tom estaba todavía en la orilla del río, aunque cubierto con una sábana, en disposición de ser llevado a la ambulancia. Había que evitar que la joven viera a su hermano...

—¿Qué quiere usted aquí? —gruñó Donnell, fingiendo enojo y cogiéndola de un brazo—. Un ahogado, y nada más. No puede verlo...

—¿Secreto de Estado, acaso? —preguntó Eileen, sonriendo con malicia.

—Mire, Eileen —comenzó Peel, titubeando—. Creo que de una forma u otra habrá de, saberlo; de manera que... —miró a su jefe, que asintió, apenado.

—¿Qué dice? —preguntó la joven, palideciendo—. ¿Qué quiere usted decir? ¿Quién es el muerto?

Se zafó con violencia de la mano de Donnell, que oprimía aún su brazo, y corrió hacia donde estaba el cadáver de Tom. Los policías, el guarda, los dos hombres del F. B. I. la miraron, consternados.

Levantó Eileen la sábana de un tirón, lívida, y durante unos segundos, silenciosa, contempló a su hermano muerto. Peel se acercó a ella y la obligó a levantarse y alejarse. Fue entonces cuando Eileen, sin fuerza en las piernas, cayó desvanecida, vencida por el dolor, no pudiendo llorar.

—Vamos, no prolonguemos más esta situación —dijo el inspector secamente—. Que se lleve la ambulancia el cadáver y nosotros, en el coche, a esta pobre criatura. Hay que evitar que se entere ella de cómo era su hermano. Vamos, vamos de una vez...

La ambulancia partió hacia la Morgue. Antes habían atendido a Eileen, haciendo que volviera en sí. Y el guarda quedó de nuevo solo, comentando para sus adentros lo ocurrido y lo fea que muchas veces es la vida, con sus penas, sus dolores.



EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. — WINCHESTER — EXTRA-OESTE
NOVELISTAS DE HOY — VALIENTES
AVENTURAS del F. B. I. — JEQUE BLANCO
MENDOZA COLT — RECORTABLES
WALT DISNEY.

VII



A en casa de Eileen, el agente especial y el inspector, compadecidos de ella, pues sabían que muerto Tom no contaba con más familia, subieron con ella a su piso y la dejaron cómodamente sentada en un sillón. Eileen era de esas personas que no pueden llorar,

y ello contribuía a que su dolor fuera aún más intenso, más reconcentrado.

—Voy a hacerla un poco de café —dijo Peel— y echaremos unas gotas de licor, si lo tiene —dijo en tono cariñoso. Y se fue a la cocina, donde sabía estaba todo lo necesario para hacerlo. Buscó en un armario y halló el café y una botella de buen «whisky», otra de coñac francés, eligiendo esta última por creer que el licor francés sería mejor para reanimarla.

—Lo han matado... —murmuró Eileen, mirando a Donnell con espanto—. Lo han matado para que no hablara...

—Así es, hija —murmuró el inspector, compungido—. Son unos canallas. Pero lo pagarán, puede tenerlo por seguro. Tal vez su hermano debiera haberse ausentado hasta que diéramos con esos condenados perros.

—Él estaba muy tranquilo, con la conciencia libre de todo mal pensamiento —aseguró la joven, suspirando penosamente—. Estaba sumamente apenado por ser él quien más directamente tenía que ver con el asunto. Esta era su mayor preocupación. La de que alguien sospechara de él.

—Tonterías, hija. Todos sabíamos que él nada tenía que ver con eso.

Peel preparaba rápidamente el café, poniendo la cafetera eléctrica para que cociera el agua. Se miró una mano y vio que la tenía manchada de

sangre, de la que brotaba aún de la herida en la cabeza de Tom. Fue al cuarto de baño para lavarse. Eileen charlaba nerviosamente, como si con ello encontrara cierto alivio, con el inspector.

Observó Peel que había un charco de agua bajo el baño y supuso que la cañería de desagüe estaba rota o atascada. Si el agua seguía saliéndose así, llegaría a inundar el cuarto.

Buscó la avería, arrodillándose y metiendo la cabeza por debajo de la parte trasera del baño. Sí, allí estaba la avería. La llave que cerraba el paso estaba abierta y por ella manaba el agua. La cerró y todo quedó arreglado.

Fue entonces cuando vio un sobre, algo mojado, que estaba en un rincón. Un sobre sin cerrar, abultado. Lo cogió y se levantó, observándolo con curiosidad. Sacó su contenido y lanzó un ahogado silbido de sorpresa.

Billetes grandes de Banco, de mediano valor, pequeños... Una suma importante, sin duda alguna.

Cerró con el pestillo la puerta del cuarto, perplejo, anonadado. Y contó aquellos billetes, un poco mojados por el agua. ¡Veinticuatro mil ochocientos dólares!



—*Billetes grandes...*

Quedó pensativo, dando rienda suelta a la imaginación. Pero no era cosa imaginativa, sino realidad abrumadora. Su perspicacia habitual, aguzada por la costumbre de investigar, le dijo que allí había una prueba, irrefutable de la culpabilidad de Tom en el robo del Banco. ¿De dónde iba a haber sacado el hermano de Eileen aquella cantidad, cuando era bien sabido su precario estado económico?

Se guardó en un bolsillo de la americana el sobre repleto de billetes y

volvió a la cocina. Ya el café cocía y llenó tres tazas, echando en ellas un poco de coñac. Lo puso todo en una bandeja de plástico y fue al gabinete, donde Eileen y el inspector seguían sus tristes comentarios sobre la muerte de Tom.

—Tome esto, que le irá bien —dijo Peel, mirándola con ternura. Ella le devolvió aquella mirada, cual si viera en el buen amigo de siempre el único hombre a quién en adelante pudiera confiar y esperara de él ayuda, apoyo moral, comprensión.

—Nunca creyó usted que mi hermano fuera culpable de nada, ¿verdad, Nat? —preguntó ella con ansiedad—. Era inocente, aunque alguien creyera que... no sé. Se quejaba de que en el Banco le miraban de reojo y cuchicheaban.

—La gente es mala muchas veces, Eileen —murmuró Peel con afecto—. Los que le conocíamos sabemos que estaba libre de toda culpa. No se preocupe por eso, querida. Lo horrible ha sido que le hayan asesinado. No debe dudar de que los que lo hicieron lo pagarán muy caro.

—Lo sé, Nat. Deseo que se haga justicia con ellos y que el buen nombre de mi hermano quede en su lugar. Yo le ayudaré, porque la más interesada en que eso sea así soy yo. Gracias, Nat.

—Mi esposa vendrá a verla, señorita Morris —dijo Donnell, levantándose—. Yo tengo que marcharme para dar ciertas órdenes.

—Yo también —dijo Nat—. Diré a mí madre que venga a pasar un rato con usted, y si en algo podemos ayudarla, ya lo sabe...

Salieron los dos hombres del F. B. I. Ya en el coche, Nat al volante y teniendo a su lado al inspector, sacó de un bolsillo el sobre conteniendo los billetes que había encontrado bajo el baño, en casa de Eileen.

—Una prueba más, señor —dijo a Donnell—, de la culpabilidad de Tom —y le explicó dónde los había encontrado—. Si hubiera sido la pobre Eileen la que los hubiera hallado, figúrese...

—No sé si será una blasfemia decir que ese Tom ha muerto a tiempo, que ha tenido el final que merecía —murmuró sordamente el inspector, apretando el sobre con el dinero—. No podemos olvidar que por su culpa fue asesinado el infeliz sereno, que cumplía con su deber. Tom debió ser el que franqueó la entrada a los demás. Bien, yo creo que Dios ha hecho así las cosas, y bien hechas están.

—No parecía que tuviera posible redención Tom —dijo Nat, apenado—. Yo intenté convencerle de que le convenía decir la verdad, confesar su culpabilidad, porque de todas maneras nosotros llegaríamos a saberla; pero se mostró irreducible, llevado de la ambición. Ya lo vio usted, señor.

—Demos al olvido a ese muchacho, que ahora estará frente a quién no puede sufrir engaño ni ser injusto —contestó Donnell—. Vamos por los otros, los que quizá arrastraron a Tom a la delincuencia, a tales extremos.

¡Ese Marlowe y sus secuaces!

—Es seguro que han sido ellos los que lo han asesinado —opinó Peel—. Es la misma táctica de siempre, cuando se valen de una persona que ocasionalmente les puede ser útil. Una vez hecho el negocio, lo liquidan, para evitarse complicaciones.

En su despacho ya, Donnell requirió de Oklahoma City, donde estaba el Cuartel General del F. B. I. del Estado, refuerzo de agentes jóvenes, activos, dispuestos a todo. Y la respuesta que recibió acreditaba, una vez más, el dinamismo, la tremenda fuerza de la Organización: por avión especial serían enviados veinte agentes especiales aquel mismo día.

—Siga usted, Peel, sus investigaciones —dijo después Donnell al joven agente—. Si los encuentra y ofrecen resistencia, tire a matar, según está dispuesto.

Peel, como electrizado, poseído por el ansia de encontrar a aquellos maleantes, verdadera chusma, que debiera estar a perpetuidad recluida en un penal, o eliminada de entre las personas decentes, se dedicó infatigablemente a la búsqueda de Marlowe, Spencer y los que formaban la banda.

Se recibió en la División un análisis de la sangre hallada en la acera del puente sobre el río. Un agente de uniforme denunció el hecho, y se personó un químico del F. B. I., que tomó una muestra para su análisis. Quedó demostrado que aquella sangre pertenecía a Tom.

Peel, pensando cómo pudo ocurrir que Tom fuera asesinado en aquel puente, tan lejano del centro de la ciudad, y dado que no cabía ya admitir que el empleado del Banco fuera muerto mucho más al Norte, en la ciudad misma; arrojado al río y que el cadáver bajara corriente abajo, hubo de admitir que quizá Marlowe y sus hombres, huyendo de Clarland Acres, se hubieran refugiado en algún lugar cercano al puente.

El agente especial, sagaz, bien instruido para la profesión suya y de un temperamento tenaz, metódico, se dedicó a investigar precisamente por aquellos contornos.

Recorrió West Tulsa, al Norte; Red Fork, Walker Eights, Bridges Park, Norte Taneha, todas las barriadas al otro lado del Arkansas y relativamente cercanas al río. Lo cruzó y llegó a Houstonia Homesite, Alta Dena, Riverview Village. Habló con los agentes de la Policía locales, con los comerciantes, que conocían a la vecindad, y sus informes fueron imprecisos, cuando no denegatorios. No habían visto a Marlowe, cuya descripción les diera Peel.

En tanto, muchos agentes especiales más buscaban por otros sitios, en los barrios sospechosos de la ciudad, datos que permitieran dar con el paradero del «boss». Era una criba metódica, de la que fueron saliendo tipos extraños, maleantes, tahúres, estafadores, degenerados, rateros, gentes

que permanecían al acecho, como ratas que esperan llegue la noche para Invadir los lugares donde poder alimentarse.

Peel llegó una tarde a Berry Hill, una barriada pequeña de hoteles, todos con apariencia respetable, habitados por vecinos de los que el agente de la Policía local dio buenos informes.

—Hay una mujer —dijo después el agente, recapacitando— que admite huéspedes. Se llama ella Norma Vale, y es viuda. Ha tenido mucho dinero, pero su marido quedó arruinado y poco después murió. Es una viuda, joven todavía, muy bonita —sonrió maliciosamente el agente—, y admite huéspedes...

—¿Dónde reside? —preguntó Peel, sacando un carnet de un bolsillo y un lapicero.

—Aquí cerca, en la Sesenta y Uno Avenue. Un hotelito que da al campo. Le acompañaré, si quiere. Es el número siete.

—Gracias. Iré solo. No creo que haga falta se moleste en hacerlo usted.

Peel partió inmediatamente hacia el hotel de la viuda que admitía huéspedes. En el camino, por una carretera estrecha, en medio del campo verde, con aislados árboles, sacó su «Magnum» de la funda, bajo la axila Izquierda, comprobando que entraba y salía perfectamente.

En efecto, en el 7 de la avenida estaba un pequeño edificio, rodeado por un jardín muy cuidado, con arriates, paseos enarenados y una fuente, cuyo surtidor se elevaba graciosamente. Tenía por cerca una baja valla de madera, pintada de blanco.

Peel franqueó la puerta y entró en el jardín, deteniéndose ante el porche, llamando en el timbre eléctrico. Las ventanas del edificio tenían visillos echados, que impedían ver el interior del edificio.

Se abrió la puerta y apareció en el umbral una mujer joven, con una bata color grosella muy ceñida. Podría tener unos treinta y cinco años, y, desde luego, era bonita, como dijera el agente de la Policía local. Un rostro alegre, de labios gordezuelos, nariz proporcionada y mentón delicioso. Sus ojos, oscuros, eran igualmente expresivos, quizá ardientes, grandes, rasgados.

—Buenas tardes —dijo Peel, y aunque la mujer le cerraba el paso, expectante, avanzó y penetró en el vestíbulo, bien amueblado—. ¿Es usted la señora Norma Vale?

—Desde luego —repuso ella, un poco asombrada ante lo que le pareció audaz forma de entrar, sin ser Invitado a ello, de Peel—. ¿Y usted? ¿Qué desea?

Peel sacó su carnet del F. B. I. y se lo mostró a la viuda.

—Me llamo Nat Peel, como ve. Deseo saber si tiene usted actualmente algún huésped en esta casa.

Norma Vale, cuando hubo mirado el carnet de Peel, se sobrecogió

visiblemente, mirando fijamente al agente especial.

—¿Huéspedes? —contestó, con voz algo alterada—. De cuando en cuando tengo alguno, pero actualmente...

—¡Norma, a ver esos zapatos, hombre! —gritó de repente una voz de hombre en una habitación cercana. Peel y Norma Vale se miraron durante un par de segundos. Ella palideció, restregándose las manos, con muchas sortijas en los dedos. El agente especial, suavemente, apartó a la viuda a un lado, sacando con movimiento rápido el «Magnum» de la funda.

—No es un huésped, señor —dijo Norma, asustada—. Es un pariente...

—Deseo verlo y hablar con él —repuso, fríamente, Peel.

Y avanzó por un pasillo. Norma quedó en el vestíbulo, apoyada en un sillón, como si le costase trabajo permanecer en pie.

Llegó Peel ante una puerta. Adentro, en la habitación, alguien tarareaba en voz baja una canción napolitana.

—¡No abras, Steve! —gritó de repente, con voz aguda, Norma—. ¡No abras! ¡Es del F. B. I.!

Peel se volvió a ella, ceñudo, amenazador, apuntándola con el «Magnum». Se apartó de la puerta, cautamente.

—Gracias, señora. Ahora veo que es el que yo buscaba —dijo, en tono irónico—. ¡Abra, Steve, al F. B. I.! ¡Le recomiendo no haga tonterías!

Siguió medio minuto, angustioso, de espera. Adentro, en la habitación, el hombre llamado Steve, y que no era sino el italoamericano Marotti, especialista en fracturas de cajas de caudales, removía algo con rapidez, como si fuese un mueble.

Peel hizo funcionar el picaporte de la puerta, aunque esta debía de tener la llave echada o un cerrojo. Entonces apoyó el hombro y empujó con fuerza. Norma, en el vestíbulo, le veía hacer, aterrada, apretándose la cara con ambas manos, espantados los hermosos ojos.

Sonó una fuerte detonación, y la puerta retembló al recibir el balazo, que hizo un agujero astillado. Otro disparo siguió, y Peel se hizo a un lado para evitar ser herido.

—¡Salga, Steve, y no ofrezca resistencia! —gritó Peel—. ¡Salga!

Otro disparo sonó, y la puerta recibió otro nuevo impacto, en forma de agujero. Norma chilló, dejándose caer en el sillón, mientras contemplaba a Peel como si fuese un monstruo abominable.

El agente especial corrió al vestíbulo y cogió una pesada silla de madera con asiento de cuero. Regresó ante la puerta y blandió con fuerza el mueble, descargando después un tremendo golpe, precisamente sobre la manivela del picaporte, que abajo tenía un agujeró, señal de que también tenía cerradura para llave.

La puerta retembló y quedó rota la manivela del picaporte. Otro disparo sonó, y Peel se hizo a un lado, para nuevamente descargar otro golpe aún

más fuerte sobre la cerradura. Algo crujió en el marco, que vio Peel, porque descargó varios golpes más con renovada furia, sin importarle el fuego que desde dentro hacía Marotti.

Oyó de repente, en un interregno de silencio, que una ventana, que tendría el cuarto y que daría al jardín, se abría casi silenciosamente. Marotti iba a escapar por la ventana al jardín...

Peel tiró la silla, sacó de nuevo el «Magnum» y avanzó a la carrera hacia el vestíbulo para salir al Jardín.

—¡Corre, Steve, que va! —gritó Norma con todas sus fuerzas.

Y para impedir que saliera el agente especial, lo abrazó fuertemente, mientras trataba de golpearlo y arañarlo.

Peel la separó de sí, la volvió a coger por la cintura, elevándola sobre su cabeza como si fuese una criatura, y la arrojó con violencia sobre el sillón.

Después abrió la puerta del porche y saltó los tres escalones.

Marotti corría, pistola en mano, hacia la salida de la valla.

—¡Alto! —gritó Peel, deteniéndose y apuntándole con el «Magnum»—. ¡Alto, o disparo!

Marotti se volvió, y mientras lo hacía, disparó su «Luger» con gran celeridad. Después, sin mirar si había hecho blanco o no, dióse a correr de nuevo.

Peel, con el codo pegado al cuerpo, disparó su revólver una sola vez.

Marotti avanzó, trompicando, tres o cuatro pasos, extendió los brazos, se detuvo y finalmente cayó cuan largo era, de bruces. Norma, en la puerta, chilló frenéticamente, metiéndose una mano en la boca, y se adentró, sin dejar de gritar.

Peel avanzó despacio hacia Marotti, sin dejar de apuntarlo con el «Magnum». Un charco de sangre se iba extendiendo bajo el cuerpo del maleante.

Lo examinó y vio que aún no estaba muerto. La herida de bala la tenía en la espalda, y como le brotaba sangre por la boca, debía de interesarle los pulmones. Algo muy grave.

—¡Avisé a la Policía y que vengan con una ambulancia! —gritó Peel a la aterrorizada mujer—. ¡Vamos, muévase!

El agente especial no se atrevió a mover a Marotti por si le sobrevenía una hemorragia que le pudiera causar la muerte. Si había probabilidad de reanimarlo y hacer que declarara, sería mucho mejor.

Casi a la media hora llegaron dos coches de la Policía y una ambulancia. Mientras cargaban a Marotti a toda prisa, Peel explicó a un sargento quién era y lo sucedido, y cómo el F. B. I. era quien llevaba aquel caso.

Subió a uno de los dos coches y fue al hospital Municipal, sin abandonar a Marotti. Presenció cómo le curaban de primera intención y le

inyectaban estimulantes, además de transfusiones de sangre.

—Será difícil que salga de esta —dijo el médico de guardia—. La bala la tiene en un pulmón, y, al parecer, ha hecho grandes destrozos. Veremos de conseguir que pueda hablar algo.

Peel telefoneó al inspector Donnell, el cual se presentó en el hospital enseguida, ansioso por saber si Marotti había declarado ya.

Pasaron varias horas antes que el italoamericano pudiera tener algunas fuerzas para poder hablar. Su estado se agravaba por momentos.

Ante las preguntas de Donnell, movió la cabeza negativamente cuando le preguntaron si sabía dónde se encontraba Marlowe, puesto que en su domicilio anterior de Clarland ya no estaba.

—¿Fue usted uno de los que dieron el golpe en el Federal Reserve Bank, Marotti? —preguntó de nuevo Donnell.

El maleante afirmó con otro gesto.

—¿Y Marlowe? —inquirió Peel.

—Sí... Y Spencer... Spencer, mató al sereno. Nadie más —susurró Marotti.

Unos minutos después moría.

—Bueno, ahora ya tenemos la seguridad de que perseguimos a los culpables —dijo Donnell, y se volvió hacia los dos médicos y una enfermera que habían presenciado y oído la entrevista—: Ustedes son testigos de lo que ha dicho este hombre. Serán citados, si es preciso, ante los Tribunales.

—La banda, entonces, ha quedado reducida a la mitad con la muerte de Tom y la de Marotti —dijo Peel cuando regresaron a la División para cambiar impresiones y ver los resultados obtenidos por los agentes especiales que buscaban a Marlowe y a Spencer.

—Al parecer, los dos más importantes —contestó Donnell—. Spencer, el asesino del sereno, y Marlowe, el «boss». Quisiera que fueran capturados vivos para que los sentaran en la silla eléctrica.

—Sí, pero también hablarán y acusarán a Tom —murmuró Peel—. Y su hermana lo sabrá. No habrá posibilidad de evitar que ella ignore lo que hizo Tom.

—Considero que eso va a ser imposible de evitar, Peel. —Donnell se encogió de hombros—. Siempre hay almas perversas, que gozan con hacer daño, aparte de que declaren esos maleantes la verdad sobre Morris.

Los otros agentes no tenían nada que decir sobre la captura de Marlowe y Spencer. No encontraban ninguna huella, ningún dato que permitiera suponer dónde se ocultaban. Ni siquiera se podía saber aún si habían salido de la ciudad o no. Todas las comunicaciones estaban bloqueadas y se adoptaron grandes precauciones para impedir que huyeran.

Peel fue a ver a Eileen a su casa. La habían concedido unos días de

permiso, comprendiendo que la muchacha bastante tenía con soportar su dolor.

—¿Algo nuevo, Nat? —le preguntó al agente especial, cuando ambos se sentaron frente a frente, ella muy pálida, aunque sin muestras de excesivo abatimiento.

—Sí. Hemos tenido que matar a otro de los que robaron la caja. Se resistió y... —Peel bajó la cabeza—. Pero declaró antes de morir.

—¡Ah! —Eileen miró con ansiedad al agente especial. ¿Dijo quién lo hizo, Nat?

—Sí. Marlowe, Spencer y él, Marotti. Spencer mató al sereno —respondió Nat, con relativa tranquilidad.

—Y... ¿nadie más? ¿Mi hermano...?

—No. Marotti los nombró a todos, y se nombró a sí mismo, pero no a Tom —mintió Peel, contemplando el cigarrillo que fumaba—. No debe usted preocuparse de eso, Eileen. Ahora vamos tras Marlowe y Spencer, aunque parece que se los haya tragado la tierra.



UNA NUEVA PUBLICACION PARA JOVENES,
DIBUJADA POR UN ARTISTA MAGISTRAL
MENDOZA COLT

El famoso *gun-man* de raíz española, cuya terrible velocidad en *esacars* siembra el terror entre los bandidos que saquean los poblados del lejano Oeste. Persigue con ahínco al culpable de su desgracia hasta que...

- PUBLICACION QUINCENAL. 3.50 pesetas

VIII



EEL prosiguió, separado de los demás agentes especiales, por encargo expreso del inspector Donnell; las pesquisas para hallar a Marlowe y Spencer, al parecer los dos que quedaban de la banda, aunque fueran los más peligrosos.

Estuvo indeciso acerca del lugar donde podrían encontrarse escondidos los dos asesinos y ladrones. La ciudad estaba siendo materialmente «cribada», con una meticulosidad propia del F. B. I., con sus técnicos, sus ficheros, sus especiales métodos para desenmascarar a todo delincuente, por muchas precauciones que hubiese tomado para ocultarse.

Lo poco que pudo declarar Marotti, aunque fue de mucha utilidad, no permitía seguir una pista que diera con el paradero del «boss» y su criminal secuaz. Marotti se había separado de ellos y por ello, interrumpía con su hallazgo y muerte, la otra pista en pos de sus compañeros de latrocinios.

Volvió por aquellas barriadas del otro lado del Arkansas, ya que allí encontró a Marotti. Eran si tíos tranquilos, con vecindad reducida y fácilmente inspeccionada por un hombre hábil como el agente especial. Podía decirse que los vecinos de cada una de las barriadas, como en una aldea, se conocían, y un forastero que llegase allí sería fácilmente señalado, y hasta observado con curiosidad.

Peel, una mañana, a hora todavía temprana, llegó a Partridge, una barriada algo más grande que las demás, en el condado de Tulsa. Ya sabía que lo mejor era dirigirse a los agentes locales de la policía, a los carteros, a los tenderos, a las estaciones de servicio de gasolina; donde los vecinos se

surtían y eran vistos a diario, por una u otra actividad.

Encontró al cartero local, que iba por la 49th Avenue, parándose ante las villas y hoteles, para dejar la correspondencia. Cuando salía de una de estas edificaciones, lo detuvo con un gesto amistoso.

—Buen día, amigo —le mostró su carnet del F. B. I.—. ¿Puedo hacerle una pregunta? En secreto...

—Venga... —repuso concisamente el empleado, mirando fijamente a Peel—. ¿Busca a alguien?

—Sí. Busco a dos hombres que se llaman Marlowe y Spencer. ¿Ha repartido correspondencia a esos nombres en esta barriada?

El cartero arrugó el ceño, concentrándose. Luego movió la cabeza negativamente.

Seguro que no. Yo conozco bien a todos los vecinos de aquí y puedo decirle que ninguno de ellos responde a esos nombres. Ni tampoco que pueda residir en casa de un vecino. Al menos no he tenido correspondencia para ellos.

—Eso es más justo, amigo. Pueden estar aquí y, sin embargo, no recibir cartas a esos nombres. ¿Y a nombre de otros, en casa de un vecino conocido de usted? Pueden haber cambiado de nombres...

—Tampoco. Solamente he traído cartas para una señora anciana, a la que he visto y desde luego, no es ningún hombre —rió con buen humor.

—Lo siento. Gracias por todo —contestó Peel ofreciendo su pitillera al cartero, que tomó un cigarrillo, lo encendió y siguió su camino.

El agente especial no se desanimó por aquel primer fracaso. Se dirigió al precinto de Policía local que constaba de tres agentes uniformados. Una vez allí, indagó de nuevo el paradero de Marlowe y Spencer, y como llevaba una descripción de cómo eran, físicamente, la dio a los agentes.

—No hemos visto a nadie por aquí que sea como los que usted indica —dijo uno de ellos—. Actualmente no hay en la barriada ningún forastero, a excepción de una señora vieja, que está con los Forrestal.

—¿Nadie que haya alquilado una villa? ¿No hay aquí ninguna pensión u hotel para viajeros o turistas? —insistió Peel.

—Nada de eso —contestó el agente uniformado, sonriendo—. Ahora, si me dice usted que pueden estar escondidos en casa de algún vecino, me callo. Pero los vecinos de aquí son buena gente, acomodados. Podemos indagar...

—Háganlo, pero discretamente, por favor —pidió Peel—. Se trata de dos criminales de mucho cuidado. Los del Federal Reserve Bank. Anteayer murió uno de ellos, no lejos de aquí...

—Lo leímos en la Prensa —contestó el agente—. Lo mató usted acaso...

—Pudiera ser —respondió Peel, moviendo la cabeza—. Cosas que uno

no quisiera tener que hacer, ya saben. Bien, voy a seguir buscando. Buenos días.

Las dos tiendas de comestibles, la gasolinera, los dos bares, no arrojaron mayor luz en aquella Paciente búsqueda. Eran desconocidos Marlowe y Spencer allí.

Bajó a Loongbeach aún más pequeña que la anterior. Ni siquiera había allí Policía, y el cartero lo era el de Vern, a corta distancia. Solamente un bar podía indicar que era un sitio público. Y allí Peel recibió la desagradable noticia de que los hombres buscados por él no residían en la barriada.

Conduciendo su coche por la carretera, a orillas del río, Peel pensó sí no estaría perdiendo el tiempo lastimosamente en aquella parte de la ciudad. Pero también, al parecer, lo estaban perdiendo los demás agentes, que no encontraban a los dos maleantes. ¿No estarían ya en la ciudad?

Llegó a la factoría de la Texas Oil Company, en una zona grande de terreno, entre West Tulsa y Garden City. Las torres de elevación del petróleo, la maquinaria, le indicaron que allí trabajaban muchos obreros, muchos hombres. Si entre ellos estuviera Marlowe y Spencer...

Entró en las oficinas y pidió ver a uno de los secretarios y al jefe de personal. Su carnet oficial cortó en seco todo intento de soslayar una ayuda que les pidió.

—Quisiera saber si entre los obreros y empleados hay estos dos hombres. Pero antes quiero saber cuánto tiempo hace que no admiten ustedes empleados, o si los han aceptado hace muy poco, ocho días, por ejemplo.

—Hace más de un mes que no admitimos obreros o empleados —respondió el jefe de personal—. Tenemos las plantillas cubiertas —y miró varios papeles, mostrándoselos a Peel, que los examinó.

—¿Y han venido a solicitar empleo? —preguntó el agente especial.

—Por carta, sí; pero no personalmente. Veamos los nombres de los pretendientes —y pidió las cartas y los avisos del sindicato ofreciendo personal. No estaba ningún Marlowe ni Spencer entre ellos.

Peel subió de nuevo al coche, suspirando. Si en aquel momento le hubieran dicho que Marlowe y Spencer estaban en California, lo habría creído.

Entró de nuevo en Garden City, donde ya estuvo días pasados, aunque muy de pasada. Le fastidiaba ya ver siempre hoteles, villas y palacetes, que equivalían a castillos misteriosos, donde no sé podía entrar, por ser los dueños personas honorables, pudientes. Sin embargo, allí mismo se podían ocultar, como amigos, por medio de chantaje, por amenazas, Marlowe y Spencer.

Entró en el precinto de la Policía, cuyo personal consistía en dos

agentes, uno para prestar servicio de día y el otro de noche. Hizo las preguntas, que ya para él eran como de ritual, y el agente le miró fijamente, como si estuviera haciendo memoria.

—Bueno, no puedo decir que ha tenido usted mucha suerte, agente —dijo a Peel—. Esos dos tipos han estado viviendo aquí unos cuantos días, y si llego a saber lo que eran...

—¿Es que ya no están? —preguntó el agente federal, haciendo un gesto de contrariedad—. ¿Se albergaban en casa de algún vecino, pensión u hotel?

—No, no están. Se marcharon anteayer por la mañana, en un taxi. El mayor, el que dice usted que se llama Marlowe, parece ser que tenía alquilado el hotel donde residían ahora, desde hace tiempo. Me lo dijo el tendero, que les servía los comestibles y bebidas. Una lástima que por días escasos...

—Se marcharon en un taxi, dice usted —comentó Peel, pensativo—. ¿Hay por aquí cerca algún punto de taxis, o alguien de esta barriada que lo tenga y lo ponga al servicio de los vecinos?

—Aquí no hay ningún taxista. Es gente de dinero, en general. Y para que venga un taxi, o se van al otro lado del puente, o lo llaman por teléfono.

—Quisiera ver dónde han vivido esos maleantes, agente —pidió Peel, un tanto malhumorado por su fracaso—. ¿Vive aquí el dueño o administrador?

—Vive aquí el dueño —respondió el policía—. Podemos ir a pedirle la llave para que entre usted. ¿Por qué no nos cursaron aviso a los agentes de estas barriadas, y quizá nosotros hubiéramos hecho algo útil? Si yo lo llego a saber, los detengo inmediatamente.

—Es cierto —respondió Peel, contrito—. Ya sabe que no siempre se le ocurren a uno las mejores ideas en determinada situación. Pero aunque hayan huido de aquí serán capturados. Vamos a ver al dueño del hotel.

El propietario indicado estaba arreglando su jardín, y cuando llegaron el agente federal y Peel, los miró con cierto susto, aumentado al saber la clase de personas que habían alquilado su hotel.

—No se llama Marlowe el que me lo alquiló, sino Barrie. Tengo copia del contrato, y así firmó él —dijo, cuando fueron a su despacho—. Bueno, si era un granuja... Yo lo ignoraba, claro es. Me dijo que era agente de compraventa de fincas, y quería mi hotel para descansar. Pagaba bien...

—¿No se despidieron de usted anteayer, antes de marcharse? —preguntó Peel.

—No. Tampoco me dijeron que habían llegado hace días. El hotel era suyo mientras pagaran y podían venir y marcharse cuando quisieran. Ahora veo que no volverán más, ¿eh? Bueno, me pagó por giro tres meses, de

manera que le debo dos aún.

—¿No ha hablado usted con ellos, entonces? —insistió Peel.

—No, no. Me enteré que estaban aquí hace cinco días, o así, y me dije que debía ir a visitarle, como acto de cortesía, pero lo fui dejando...

—El agente quisiera hacer un registro en ese hotel, señor Brown —dijo el policía—. Le aconsejo le autorice a hacerlo. Es del F. B. I.

—Tome la llave y haga lo que quiera —respondió Brown, complaciente—. En adelante ya sé que debo pedir ciertos informes a quién quiera alquilarme el hotel. No deseo tener inquilinos maleantes.

Peel y el agente uniformado entraron en el edificio y practicaron un registro. Allí no había más que suciedad, deterioro en habitaciones, muebles en no mejor estado. En la cocina dejaron Marlowe y Spencer los cacharros sin fregar, restos de comida, colillas, papeles de periódico en el suelo. Las camas estaban deshechas.

—Han huido precipitadamente —comentó Peel, viendo todo aquello—. Aparte de que son dos cerdos que no les importaba vivir entre suciedad —fue al teléfono y miró la pared donde estaba empotrado. Vio, como suponía, algunos números de teléfono escritos a lápiz, de los que tomó nota.

Ese número, el CHU-5678 —dijo el agente uniformado, señalando uno con el dedo— es del aparato telefónico de la columna que está en el punto de taxis al otro lado del puente. Luego lo avisaron por teléfono.

—Es lo único que me queda como asidero para intentar saber adónde se fueron esos tipos —respondió Peel—. Pensar que los he tenido al alcance de la mano...

Subió a su coche el agente federal y partió hacia el puente que cruzaba el Arkansas. Estaba de un humor infernal, no tanto porque se hubieran marchado Marlowe y Spencer de allí, sino porque cuando el pasado día estuvo él allí, se encontraban también sus dos perseguidos, y los hubiera podido detener sin dificultad.

En la esquina de Riverside con Boston Street, a la salida del puente, estaba el punto de taxis, con media docena de ellos aparcados, esperando clientela. Sus conductores, en grupo, charlaban y fumaban.

Peel se acercó a ellos, haciendo un gesto amistoso. Sacó su carnet y lo mostró a todos. Los hombres le miraron con curiosidad.

—Anteayer, por la mañana, alguno de ustedes fue llamado desde Garden City, para prestar un servicio. Recogió a dos hombres, cuyas señas —y las citó, leyéndolas de un papel que llevaba en la mano—. ¿Quién de ustedes acudió a la llamada?

Uno de los taxistas, de unos cuarenta años, se destacó, levantando la mano.

—Me tocó el turno, porque aquí las llamadas por teléfono las recoge el

que lleve más tiempo sin prestar servicio, en orden de llegada al punto. Yo fui, agente, el que recogió a esos dos hambres, que estaban esperando en un hotel. Llevaban una maleta.

—¿Reconoce, por la descripción que le he hecho, a esos dos individuos? —preguntó Peel, mirando fijamente al taxista.

—Desde luego. El más bajo llamó al otro Phil, lo recuerdo. ¿Se llama así el más alto?

—Sí. Phil Marlowe. Bien, entonces, ¿adónde los llevó usted? —preguntó el agente federal, sintiéndose invadido por la alegría.

—Pues nada menos que al norte de la ciudad, en Burgess Hill. ¿Sabe dónde está eso? —contestó el chófer sonriendo—. Una buena carrera...

—Sí; sé dónde está. ¿En qué calle los dejó? ¿En qué número le mandaron parar? —Peel sacó su pitillera y ofreció cigarrillos a los chóferes, que aceptaron complacidos, amables, con deseos de servirle.

—Ahí es donde me parece que se va a encontrar usted con el misterio, amigo —repuso el taxista, moviendo la cabeza—. Me mandaron parar en Jasper Street, esquina a Independence Street. Un lugar muy transitado. Se bajaron y quedaron en la esquina como dos palurdos que no saben dónde se encuentran, mirando a todas partes. Yo me marché, aunque algo extrañado.

—Comprendo. Allí debieron tomar otro taxi... —comentó Peel, arrugando el ceño—. No querían que usted supiera adónde iban.

—Bueno, en Independence Street hay otro punto de taxis cerca —dijo otro de los taxistas—. Si hace usted lo que ha hecho ahora con nosotros, tal vez consiga seguirles la pista, ¿no cree? ¡Buenos pícaros deben ser!

—Tal vez lo consiga —recapacitó Peel—. Bien, les doy las gracias por su ayuda. No es preciso que esto lo divulguen, ¿eh?

—Descuide, señor —contestó el taxista—. Sabemos que estas cosas a nadie le interesan.

Partió Peel en su coche hacia Burgess Hill, al otro extremo norte de la ciudad. No estaba muy satisfecho del resultado obtenido, porque ahora se iba a meter en una de las zonas más habitadas, donde Marlowe y Spencer podrían ocultarse bien, si es que tenían dónde hacerlo.

Media hora después detenía su coche en la esquina de Independence Street con Jasper. Se bajó del vehículo y observó el tráfico, que era bastante intenso. Después se dirigió al punto de taxis que le indicaran, y que se hallaba situado en la intersección de Independence con Wilson Drive, en una plazoleta donde había una escuela.

Allí había solamente dos taxis aparcados. Peel arrimó su coche y se bajó. Con un gesto llamó a los dos taxistas, que se acercaron. Les mostró su carnet, como antes a los otros.

—Anteayer por la mañana debieron de alquilarles dos Individuos, que responden a estas señas —y repitió la descripción de Marlowe y Spencer

—, un taxi. Llevaban una maleta. ¿Saben algo de esto?

Los dos taxistas, intrigados, se miraron, haciendo memoria.

—Si fue anteayer, la verdad es que es mucho tiempo para recordarlo, señor —murmuró uno de ellos—. Tenga en cuenta que aquí hay mucho movimiento y que estamos casi siempre yendo y viniendo con viajeros. Uno ve muchas caras...

Yo no recuerdo a esos hombres, la verdad —repuso el otro—. Claro es que, por lo general, somos aquí unos doce los que habitualmente venimos a este punto. Están de servicio y quizá le convenga esperarlos y preguntarles.

—Ya, ya... —Peel se sintió desfondado—. Ni aun con el detalle de la maleta los recuerdan...

—No, señor. Recuerde usted que en Greenwood hay una estación subterránea del ferrocarril y que por eso muchos viajeros nos alquilan, llevando maletas. Eso está muy cerca de aquí —señaló el chófer al sur, entre las calles.

Peel arrugó aún más el ceño. Aquello de la estación subterránea le desanimó aún más. Marlowe y Spencer quizá se marcharon andando a dicha estación, o tomaron un taxi en la misma esquina de Independence con Jasper, sin necesidad de ir al punto. Lo evidente era que había perdido de nuevo la pista, y ahora no sabía dónde encontrarla.

—Bueno —dijo, titubeante—. Lo siento. Les voy a pedir que, conforme vayan llegando sus compañeros, les indiquen esto que les he dicho. Si alguno de ellos fue alquilado por esos individuos, debe telefonar a la División y ponerse de acuerdo con nosotros sin tardanza. Esos hombres son dos asesinos, ¿comprenden?

—Diablos sí. Lo haremos, descuide usted. No hace mucho, a un amigo nuestro lo llevaron al final de O'Conner Park dos tipos, en el taxi que le alquilaron, y le quitaron la recaudación, dejándole además malamente herido de una paliza. No crea que nos gustan los maleantes, y ayudaremos.

Peel iba a subir a su coche, cuando un nuevo taxi llegó al punto y se dispuso a hacer la maniobra para aparcar. Esperó a que la hiciera, y se dirigió al chófer, que podría tener unos treinta años. Le puso en antecedentes y el hombre se rascó el agudo mentón, entornando los ojos.

—Puedo asegurarle que yo llevé a esos fulanos en mi coche, señor —repuso en tono resuelto—. Sus señas concuerdan con los que me alquilaron. Los recuerdo porque cuando subieron al coche comenzaron a reñir, y yo los miraba por el espejo retrovisor. Llevaban una maleta de cuero muy usada.

—¡Buen Dios! —exclamó Peel, sonriendo—. He tenido suerte. Bien, ahora recuerde adonde los llevó. ¿Vinieron a este punto a alquilarle?

—Sí. Y los llevé... —reflexionó un poco, sacó un cuadernito y consultó en él la recaudación de aquel día—. Fue lejos y tengo apuntada la recaudación por cada viaje que hago. Ya está aquí... —señaló un renglón

—. Fue al Aeropuerto Norte, señor, lo recuerdo. Creí que irían a tomar un avión.

—¿Y fue así? —palideció Peel al preguntarlo.

—Me huelo que no, amigo —el chófer sonrió con malicia—. Se quedaron en la puerta de entrada, mirándome de reojo. Yo hice la maniobra para marcharme y ya lo hacía, cuando asomé la cabeza por la ventanilla, pues estaba intrigado. Ellos abandonaron la puerta de entrada, entonces, y comenzaron a alejarse. No iban a tomar un avión, seguro.

—Claro que no. —Peel sonrió anchamente—. Son unos buenos granujas, amigo —y tendió su mano al chófer—. Dos asesinos, si no le asusta la noticia y se desmaya. Me ha prestado un buen servicio y se lo agradezco. Pero de esto, ni una palabra, ¿comprenden?

Subió a su coche y, silbando bajito, lo puso en marcha hacia el Norte, en busca del North Airport de la ciudad. Ahora creía haber encontrado de nuevo la pista de los maleantes. Sabría si tomaron o no un avión, y de ser así, adónde los llevó.

En el pequeño aeropuerto, habló con el jefe, exponiendo sus deseos de saber si hacía dos días habían tomado algún avión dos individuos, cuyas señas dio; uno de ellos que se hacía llamar Barrie.

—No son muchos los datos, si se trata de maleantes, como usted indica, que acostumbran a cambiar de nombre como de camisa —expuso el jefe, sonriendo—. En fin, hablaremos con los encargados de taquillas, los mozos que cargan las maletas, por si recuerdan esas caras. También podremos interrogar a las azafatas que se encuentren aquí, y a las que vayan regresando de los viajes.

Peel tenía casi la certeza de que Marlowe y Spencer no habían tomado ningún avión, por, lo que le dijo el chófer, que se habían marchado del edificio apenas él se alejó un poco, pero quería tener la seguridad de ello.

En la espera, se acercó a él Twining, un agente especial, sonriente.

—Ya me ha dicho el jefe del aeropuerto lo que quieres. ¿No sabías que estamos también aquí de vigilancia? Bueno, pues esos tipos no han salido volando, te lo garantizo —dijo a Peel.

—Ignoraba que estuvierais aquí alguno —contestó Peel, satisfecho—. Y el caso es que anteayer estuvieron a la puerta de este edificio. Los trajo un taxi, y el chófer me ha dicho que los dejó aquí, a la puerta, pero que se alejaron cuando él se marchaba. Lo hicieron para despistar, indudablemente.

—Son zorros, los condenados —murmuró Twining—. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—Pues no sé... —Peel se encogió de hombros—. Me queda el recurso de pensar que así como se marcharon a Garden City, por ser un lugar apartado, ahora se pueden encontrar no lejos de aquí. Por ejemplo, en

Standard Heights.

—Eso está a un par de millas de aquí. Es una colonia de hoteles. También está muy cerca Wilshire y Reservoir Hill —insinuó Twining—. ¿Los vas a buscar por esos sitios?

—Sí. Creo que tengo una pista de ellos y no quiero perderla. Pero ya es la hora de tomar algo —dijo, mirando su reloj de pulsera—. ¿Me quieres acompañar?

—Sí que es la hora —aceptó Twining—. ¿Vas a pedir ayuda a la División para esa búsqueda? —entraron en el comedor, donde había varios viajeros comiendo, y se sentaron ante una mesa.

—No. No sé si tendré la suerte de ser yo el que los detenga, pero me gustaría mucho. Ya sabes lo que ocurre con la hermana de Tom Morris. No debe saber nada de lo que era él.

Comieron aprisa, pues Peel estaba deseando reemprender las pesquisas para hallar a Marlowe y Spencer.

—Suerte —dijo Twining, cuando Peel estaba ya en el coche—. Si das con ellos, pide ayuda para detenerlos. No debes correr riesgos innecesarios, y, por lo visto, ellos tiran a matar por menos de nada.

—Si me dan motivo y oportunidad, no seré manco yo —aseguró Peel, sonriendo—. En fin, hermano, ya sabes que nos la jugamos siempre, y eso no nos desanima. Ten cuidado con los viajeros que entran y salen, por si acaso.

El rápido «De Soto» de Peel pudo correr velozmente por la autopista que iba desde el aeropuerto a Standard Heights, la barriada donde vivían personas acomodadas, pilotos del aeropuerto, algunos jefes del personal, y donde también había un hotel o residencia para los viajeros que llegaban a altas horas de la noche y saldrían pasado poco tiempo.

Peel recorrió rápidamente la colonia para orientarse acerca de la situación y sus edificaciones. Había varios comercios, bares y hasta un club o cabaret, sin duda para distraer a los pilotos cuando llegaban para descansar.

Se detuvo ante el recinto de la Policía, cuyo personal era más numeroso, pues constaba de un sargento y seis agentes uniformados. También había funcionarios de Aduanas en el inmediato edificio.

Peel se dio a conocer, y nuevamente expuso sus deseos al sargento de la Policía.

—En lo posible, llevamos bien la vigilancia en esta colonia —contestó el jefe del recinto—. Ahora bien: muchos viajeros que llegan en la madrugada, en un avión y han de salir pasadas cuatro o cinco horas después, en vez de estar en la sala de espera o marchar a la ciudad, vienen al hotel Opportunity, como se llama el de aquí, y pueden dormir.

—Ya comprendo. Sobre esos viajeros no es posible tener una vigilancia

estrecha —contestó Peel—. Cabe suponer que si esos dos maleantes se han alojado aquí, no habrán dado sus nombres verdaderos.

—Pero podemos ir al hotel e interrogar al dueño y a los empleados de recepción —aconsejó el sargento, deseoso de ayudar al F. B. I. y que constara su ayuda—. Dando la descripción de ellos, quizá recuerden.

El hotel Opportunity tenía cuatro pisos y era de moderna construcción, bien instalado para albergar viajeros que permanecían escaso tiempo allí.

El dueño, un italiano nervioso, activo, amable hasta la exageración, parlanchín, acogió a Peel con grandes zalemas y reverencias.

—Yo no recuerdo, comprenda, las caras de todos los viajeros que llegan aquí cada noche. Vienen cansados, marcados, y lo que desean es poder comer y acostarse un rato. Luego se marchan... —dijo, en tono preocupado—. Cuánto quisiera poder servirle, señor; pero por mi parte...

—Veamos sí los empleados recuerdan mejor que usted —aconsejó Peel, pacientemente—. ¿No tiene usted huéspedes fijos, que estén varios días?

—Solamente los pilotos, que van y vienen de sus viajes, y, algunos empleados del aeropuerto, señor. Alguna azafata, también.

—Esos no me interesan, de momento. Quiero decir forasteros que se albergan aquí por tiempo indefinido —dijo Peel.

—No suele suceder, y ahora no los hay. Cuando van a estar varios días, prefieren bajar a la ciudad, donde hay más movimiento, más diversiones. Es comprensible, ¿verdad?

—Sí. Bueno, voy a interrogar a sus empleados —murmuró Peel, que iba poniéndose de nuevo malhumorado.

Tras el mostrador estaba una linda muchacha, a la que Peel expuso los motivos que allí le llevaban. La muchacha le miró, sonriente. Encontraba que Peel era un hombre interesante, atractivo. Y puso toda su atención en poder servirle, no escatimándole sonrisas ni miradas maliciosas.

—Veamos el registro de entradas y salidas de anteayer —dijo, abriendo un libro—. Un tal Barrie, ¿no? —buscó en el registro y las firmas atentamente—. Anteayer entraron setenta personas, señor. De ellas, sesenta y cinco, caballeros —siguió buscando, marcando con el dedo. Finalmente miró a Peel—. No hay ningún Barrie aquí. Lo siento.

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. — WINCHESTER — EXTRA-OESTE
NOVELISTAS DE HOY — VALIENTES
AVENTURAS del F. B. I. — JEQUE BLANCO
MENDOZA COLT — RECORTABLES
WALT DISNEY.

IX



EEL adquirió la seguridad de que no era posible averiguar si Marlowe y Spencer estuvieron alojados en el hotel. Sí se cercioró de que actualmente no estaban allí, y esto le sumió de nuevo en dudas y desazón, por cuanto cabía suponer que los «gángsters» quizá estaban lejos de allí, en un lugar ignorado de él. ¿Cómo encontrar de nuevo la pista perdida?

Regresó al precinto de la Policía, y el sargento le recibió amistosamente, deseoso de poderle ser útil.

—Parece que esos individuos no estuvieron en el hotel —dijo Peel, arrugando el ceño—. Solo me falta saber si han tenido oportunidad de ocupar alguna villa de aquí, o ser admitidos como huéspedes de algún particular. ¿Alquila alguien habitaciones o un edificio, sargento?

—Bueno, verá usted —el policía fue a su mesa y sacó de un cajón un cuaderno, que miró un instante—. Llevamos nota de aquellos vecinos que alquilan habitaciones...

—¡Diablo, eso es otra cosa! —exclamó Peel, súbitamente animado, tendiendo la mano para coger el cuaderno—. Es lo que yo quería saber. Veamos.

—Está el matrimonio Harward, que alquila dos alcobas, cuando pueden. No se encuentran en muy buena posición, pues él es rentista, y así obtienen ciertos ingresos. Buena gente...

—¿Qué más? —preguntó Peel, muy interesado por aquellas noticias.

—La señora Mellon, una anciana, una pensionista, que también admite huéspedes. Y, por último, el matrimonio Webster. El empleado en el aeródromo, que también da entrada a huéspedes. Son todos decentes,

dentro de la Ley.

—Los que tienen que estar dentro de la Ley son los huéspedes, sargento. Voy a empezar por los Harward. ¿Dónde viven?

—En Francfort Avenue, en el treinta y seis. Muy cerca de aquí. Saliendo, la verá a mano izquierda. ¿Quiere que le acompañe?

—No, gracias. Deme las otras dos direcciones —contestó Peel.

Y las apuntó cuando el sargento se las dio. Inmediatamente salió a la calle, y a pie fue en busca de Francfort Avenue. Disimuladamente metió la mano en la funda de su «Magnum» y comprobó que lo podría sacar sin esfuerzo.

Ya en la avenida, buscó el número del hotel de los Harward, que no estaba lejos. Era un edificio situado en medio de un jardín pequeño, bien cuidado. La puerta de la verja estaba abierta, y Peel entró y recorrió el sendero de piedras pequeñas, entre hierba, hasta llegar a un porche, sostenido por dos columnas de madera pintadas de blanco. Llamó al timbre y esperó, la mano metida en el lado izquierdo del pecho, entre la americana y la camisa, tocando la culata del revólver.

Una mujer de mediana edad abrió enseguida. Tenía un rostro apacible, amable, de suave mirada. Peel se quitó el sombrero, saludándola.

—Buenas tardes. ¿Tiene usted actualmente huéspedes aquí, señora? —preguntó, amablemente.

—Buenas tardes, señor. ¿Tal vez quería usted alquilar alguna habitación? Lo siento mucho, pero las dos alcobas las tengo, ocupadas en este momento. ¿Quién le dijo que viniera?

—¿Están ocupadas? Precisamente busco a dos personas. No pretendo alquilar habitación para mí. ¿Son dos hombres los que tiene usted?

—En efecto, señor. Hace dos días solamente. ¿Cómo se llaman sus dos amigos? —inquirió la mujer.

—Creo que uno de ellos se llama Barrie... —aventuró Peel, mirando fijamente a su interlocutora—. No recuerdo bien...

—No. Ninguno de los dos se llama así —replicó la señora, sonriendo—. Tal vez en el hotel, o en casa de Mellon, o Webster, que admiten huéspedes.

—Bueno, no estoy seguro de que se llame así uno de ellos. Verá usted —y dio la descripción física de ambos «gángsters». La señora Harward asintió, complacida.

—Son ellos, aunque uno se llama Grove y el otro Wren —dijo, sonriendo.

—¿Están ellos aquí, en esta casa, ahora? —preguntó Peel, con voz tensa, poniendo una mano sobre la puerta.

—No. Hace cosa de unos minutos fueron al bar que hay un poco más arriba. Suelen salir a tomar el aperitivo, ¿sabe? Los encontrará allí.

—Bien, señora. Será así mucho mejor. Gracias por todo —dijo media vuelta Peel, apretadas las mandíbulas, la mirada extraña.

La señora Harward, asombrada, le miró alejarse con un atisbo de inquietud.

Peel sacó su «Magnum» de la funda y lo metió en el bolsillo del lado derecho de la trinchera. En aquel momento se acordó del ofrecimiento de su camarada Twining para ayudarlo; si hiciera falta. ¿No sería imprudente tratar de hacer él solo la detención de Marlowe y Spencer? ¿Y si se le escapaban, o le herían... o le mataban? También podría recurrir a la ayuda del sargento del precinto policíaco local.

No lo pensó esto durante muchos segundos. Un agente especial debe saber salir por sí solo de una dificultad. Donnell le mandó hacer a él solo aquel servicio, y lo haría. Por otra parte, quería ofrecer a Eileen aquel triunfo.

El bar estaba enclavado en un edificio construido ex profeso para aquel fin. Era un establecimiento que, por la noche, se convertía en club o cabaret. Bien construido, de estilo muy moderno, tenía dos pisos, con amplio fondo para salón de baile y comedor.

La puerta, grande, de cristal, permitía ver el interior. Había una barra extensa, en forma de herradura, con el personal de servicio dentro y las altas banquetas rodeándolo.

Peel, rígido, las manos en los bolsillos de la trinchera, recordaba ahora a aquellos «bravos» del Oeste de hacía setenta u ochenta años, cuando penetraban, con ganas de pelea, en los pintorescos «saloons», las manos cerca de los pesados «Colts», mirando furtivamente a su alrededor para avizorar el peligro y ser rápidos en la acometida.

Entró con paso lento, mirando a su alrededor, sin apenas mover la cabeza. Peel era de Arizona, y, por la tanto, un hombre del Oeste. Sus abuelos fueron de aquellos hombres que se jugaban la vida cada día, en un ambiente hostil, donde la cobardía era el medio mejor para no llegar a viejo.

Había como una docena de individuos, sentados en las banquetas, tomando bebidas, charlando, fumando. Pilotos de aviones, empleados del aeropuerto, viajeros que esperaban, entre avión y avión, proseguir su ruta.

Vio de repente a Marlowe y Spencer, juntos, sentados en las banquetas, charlando en voz baja. Tenía en la memoria su descripción, y por ello los reconoció como si otras veces los hubiera tenido ante él.

Se aproximó a ellos y se sentó en una banqueta. Estudió la forma de poder detenerlos sin escándalo, y, sobre todo, sin darles ocasión a que hicieran resistencia, sacando sus pistolas, y tal vez produciendo víctimas.

Dos o tres hombres, en pie, detrás de los dos «gángsters», charlaban mientras apuraban unas copas. A un lado y otro también había otros

individuos, sentados o en pie, ocupados en beber y fumar o leer un diario.

La cosa no iba a ser fácil con aquella concurrencia. Tal vez fuera mejor esperar a que salieran Marlowe y Spencer a la calle, y entonces intimarlos a la rendición. Pero la calle incitaba a la huida, y entonces se cruzarían disparos. Si cada uno de ellos huía por un lado, ¿qué haría él sino disparar sobre ellos?

Se bajó de la banqueta y fue a colocarse tras ellos. Spencer, el más sagaz y desconfiado, se volvió y lo miró fijamente. Tal vez desde que entró Peel lo había estado observando.

—Marlowe, Spencer —dijo Peel, en voz baja, pero audible para ellos.

Ambos, a una, sobresaltados, se volvieron rápidamente, los vasos en la mano.

—¡Quietos! —ordenó Peel, sacando la mano derecha del bolsillo de la trinchera, y con ella el «Magnum»—. ¡Quietos y tranquilos! Salgan despacio...

—¿Quién es usted? —preguntó Marlowe, levantando la voz con irritación—. Nosotros no somos...

Peel hizo un gesto a los concurrentes, que ya los miraban con asombro e inquietud, para que se apartaran de allí. Los hombres, obedientes, se retiraron, formando un semicírculo, pues en ellos predominaba la curiosidad morbosa.

Spencer, que tenía en la mano un vaso de cerveza, con el codo apoyado en el mostrador, lo lanzó sobre el rostro de Peel con la velocidad del rayo. Su segundo movimiento fue llevar la diestra al interior de la americana, buscando la «Luger» en su funda, bajo la axila.

Peel dio dos pasos atrás, la cara mojada por la cerveza. Los asistentes buscaron la salida. Los camareros se apartaron, precipitadamente, al otro lado del mostrador.

Marlowe también sacó su «Luger». Ambos parecían no estar nada conformes con entregarse al agente especial sin tratar de evitarlo. Veían que se trataba solamente de uno, y esto les envalentonó y les dio confianza.

—¡Levanten las manos! —exclamó Peel, en tono autoritario, feroz la mirada—. ¡Si tratan de hacer resistencia, dispararé!

Spencer se bajó de la banqueta, como si realmente hubiera desistido de luchar. Se puso delante de Marlowe, y entonces Peel, que se había alejado aún más, para poder dominarlos y evitar un cuerpo a cuerpo, disparó sobre Spencer, ya que Marlowe, escudado en él, sacaba una mano armada con la pesada «Luger». Una maniobra del «gángster» llena de astucia, que a Peel le hubiera costado muy caro no ver a tiempo.

Spencer, herido en una pierna, porque así lo quiso Peel, en vez de matarlo, se inclinó cuando Marlowe disparaba sobre el agente federal.

Los clientes del bar, gritando, se precipitaron sobre la puerta, en una

huida tumultuosa. Los camareros, escondidos tras el alto mostrador, se escurrían hacia el otro extremo.

La bala disparada por Marlowe, en posición violenta, pues Spencer le empujó hacia atrás al inclinarse, herido, se perdió en el espacio, yendo a incrustarse en una pared, cerca de la puerta.

Peel recordó la consigna: «Tirar a matar en caso de agresión». Una consigna muy grave, porque casi siempre, en efecto, se mataba al agresor, y esto ponía suma cautela en los hombres del F. B. I. y hacían los mayores esfuerzos por no llegar a semejante extremo.

Peel disparó de nuevo, ahora sobre Marlowe. Su sombrero voló, porque el «gángster» pudo, empujando a un lado a Spencer, desviarse a tiempo. Y Spencer, rabioso, apoyado en una banqueta, disparó a su vez sobre el agente federal, que ya no estaba quieto, aceptando la lucha que le imponían. Se refugió tras el mostrador, en la curva que describía, por tener forma de herradura.

El bar había quedado sin clientes, y los camareros, escondidos tras el mostrador, gritaban, aterrorizados, que cesase aquel infernal tiroteo.

Marlowe quería escapar, dejando a Spencer, herido, cojo, que se las compusiera como le fuera posible. No le iba a ser posible, de no matar a Peel, escapar con aquel inválido a cuestas. Por eso deseaba salvar su propia vida, y esto cuanto antes.

Peel, dando la vuelta al mostrador, sin disparar, no perdiendo de vista la entrada del establecimiento, quiso sorprender a los maleantes. Spencer, aunque apoyado en la barra, sin poderse mover, con la pierna inmovilizada, no aceptaba que no pudiera salvarse. Si mataban a Peel, saldría a la calle, con Marlowe ayudándole, y a punta de pistola se pondrían a salvo.

En una de las puntas de la herradura, Peel se detuvo. Ni Marlowe ni Spencer disparaban. Debían de estar a la expectativa, sin saber dónde se encontraba el agente especial, temerosos de que pudiera aparecer frente a ellos o a sus espaldas. Inclinados, dándose mutuamente la espalda para repeler la agresión por dónde llegara, esperaban, las «Luger» preparadas.

El agente especial apareció de repente frente a Marlowe. En realidad, lo que el «boss» vio fue un revólver empuñado por una mano. Ciego de rabia, disparó sin precisar, avanzando un poco el cuerpo para atinar a la cabeza de Peel o a su cuerpo.

Esto le perdió. A tan corta distancia, unas seis yardas, y frente a un hombre que disparaba certeramente, como Peel, su acción equivalió a un suicidio.

El amplio local pareció estremecerse al sonar los secos restallidos del «Magnum» de Peel. Y Marlowe, que recibiera las dos balas en el cráneo, cayó hacia atrás, sobre Spencer, que le daba la espalda, con gran fuerza.

Chillaron los camareros, corriendo al otro extremo del mostrador y

derribando vasijas, botellas, cucharillas. Spencer se volvió con la rapidez del rayo, rechazando el muerto cuerpo de Marlowe y disparando como un demente, sin saber adónde, con la vana pretensión de alejar a Peel o matarlo.

—¡Spencer, ya no puede usted escapar! —le gritó Pee, escondido en la curva del mostrador—. ¡Salga con las manos en alto, y se evitará morir!

—¡Pruebe usted a salir, y verá lo que es bueno! —aulló el «gángster»—. ¡Salga, si puede, ya que se cree dueño de la situación!

Peel, aprisa, dio la vuelta a la herradura, deslizándose sin ruido. Oía jadear a Spencer, maldiciendo la estupidez de Marlowe, que lo había dejado fuera de combate y que ahora no podría ayudarle a escapar.

El agente especial se halló a espaldas de Spencer enseguida. Cautamente, asomó un poco la cabeza para divisarlo. Sí, allí estaba el maleante, dándole la espalda, apuntando con su «Luger» hacia donde creía se encontraría su, enemigo. Bajo él había un charco de sangre, procedente de la pierna herida.

—¡No se vuelva, Spencer, y levante las manos! —gritó Peel, sin querer aprovechar la sorpresa para matarlo impunemente—. ¡Tire la pistola!

Spencer se volvió, disparando ya como si fuese una ametralladora. Más las balas de su «Luger» rozaron el mostrador, perforándolo, sin dar en el blanco. Arrastrándose, exasperado, viéndose totalmente perdido por no poder moverse apenas, avanzó, arrastrando la pierna herida, en busca del agente especial, insultándole, desafiándole.

Cuando se apartó un poco del mostrador, volviendo a disparar, el «Magnum» de Peel sonó otras dos veces estruendosamente. Y ya no volvió a hacerlo más en aquella escaramuza mortal.

Spencer, como Marlowe, por haber asomado antes que nada la cabeza, buscando a su enemigo, recibió las dos balas en el cráneo. Como estaba inclinado, cayó hacia adelante como si le hubieran echado encima una losa de varias toneladas de peso.

Peel guardó en la funda su revólver y salió de detrás del mostrador, dando la vuelta.

—Todo ha terminado, muchachos —dijo a los aterrorizados camareros, que salieron de su escondite lívidos, temblorosos—. Lamento lo ocurrido, pero fueron unos locos, que prefirieron luchar.

En aquel instante, el sargento de la Policía local, con tres agentes más, entraron como un alud en el bar, revólver en mano. Se detuvieron, atónitos, al ver los cadáveres de Marlowe y Spencer.

—Estábamos al otro lado del barrio —dijo el sargento, excusándose—. No creía yo que pasara esto.

—Siempre hay que temer que ocurra, sobre todo cuando saben que, si se les detiene, lo más seguro es que vayan a parar a la silla eléctrica. Eran

dos asesinos, ahora exasperados al verse perdidos. Bueno, hagan el favor de telefonar pidiendo una ambulancia. Abriremos el atestado, y serán testigos los camareros. La banda ha sido destruida.

... ..

Eileen acudió a la puerta cuando el timbre sonó. Abrió, y ante ella apareció Peel, sombrero en mano, sonriente, que la tendió la mano en un gesto lleno de afecto.

—Hola, Nat —dijo ella, dejándole paso y mirándole con ternura—. Viene a darme noticias de lo ocurrido ayer con Marlowe y Spencer... Pase y siéntese. Tomaremos café, puesto que es de suponer que haya comido ya, ¿verdad?

—Si lo ha leído en los periódicos, poco hay que decir —repuso Peel, mientras recogía de manos de la joven la taza de café—. Solamente eso: que la banda ha sido destruida.

—¡Lástima que no lo fuera antes de producir el daño tan tremendo que ya conocemos! —exclamó Eileen, con honda tristeza—. Mi hermano y el sereno, muertos. Ellos mismos, aniquilados, cuando quizá hubiera sido posible no llegar a tales extremos. ¿No declararon nada Marlowe y Spencer antes de morir? Quiero decir algo sobre mi hermano...

—Nada. No tuvieron tiempo para nada. Puede asegurarse que cuando a uno le entran dos balas en el cerebro, no suele decirse nada. Y los dos cayeron así —contestó Peel—. Y de su hermano, no tiene usted que volver a preocuparse en absoluto respecto a su culpabilidad.

—Ha sido usted muy bueno conmigo, Nat —murmuró, limpiándose una lágrima de ternura, ella, que jamás lloraba—. Sin ser mi hermano, usted se está portando como si lo fuera...

—Tengo motivos para ser así con usted. Eileen —respondió Peel, en tono un poco confuso—. La quiero mucho...

—Yo también a usted, Nat. Somos amigos hace mucho tiempo, buenos amigos —la joven se ruborizó, rehuendo la mirada ardiente de él.

—Yo no la quiero como a una buena amiga. Eileen —dijo Peel, dejando la vacía taza sobre la mesita—. No sé si será momento oportuno para decírselo, pero me agradecería más que nada que supiera que la quiero como... para casarme con usted. Si no la molesta...

—No puede molestarme que me diga que me quiere con tal fin, Nat —repuso ella, sonriendo con ternura—. Siempre causa sorpresa saberlo, y eso es lo que siento, aunque... bueno, lo suponía. ¿Por qué, Nat, dos personas que se quieren, sin decírselo...?

—Pero ¿usted me quiere, Eileen? —preguntó Nat, cogiéndola ambas manos y besándoselas—. ¿Es cierto eso? Porque yo tenía cierto temor a que

solamente me estimara como a un buen amigo.

—No te hagas de nuevas, querido —murmuró ella mirándole fijamente—. Lo que pasa es que te gusta que te diga que te quiero, que te necesito, y ahora más, porque estoy muy sola. Tú serás mi marido, mi hermano... Todo en mi vida. Esto lo sabíamos los dos desde hace mucho tiempo, ¿no?



COLECCIONES DE EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

WINCHESTER

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gun-men.

Publicación semanal — 6 Ptas.

EXTRA-OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 6 Ptas.

AVENTURAS DEL F. B. I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F. B. I.

Publicación quincenal 1,50 pts.

MENDOZA COLT

Un valiente gun-man de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

Publicación quincenal 1,50 pts.

F. B. I. ¡LA COLECCION SIN RIVAL!